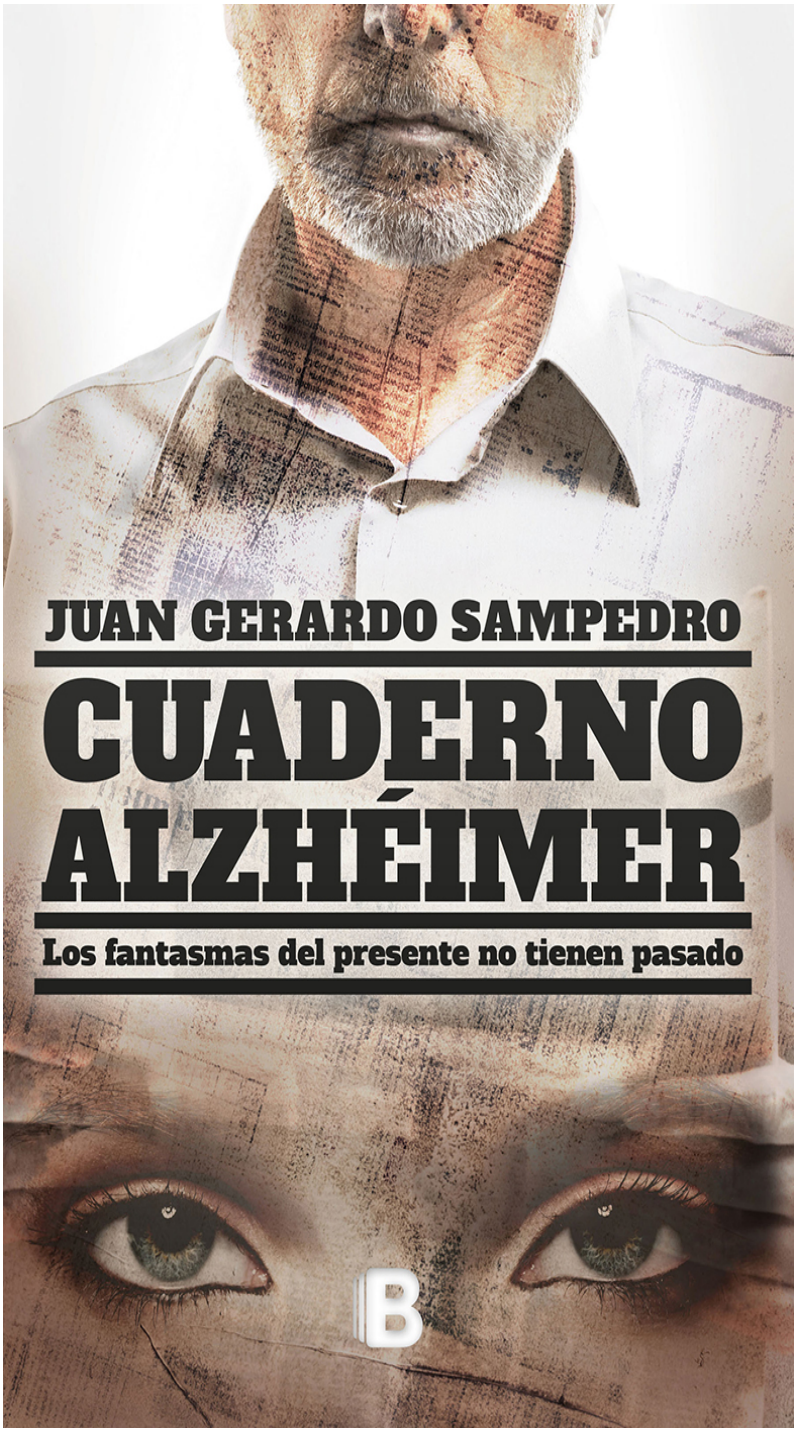
JUAN GERARDO SAMPEDRO
CUADERNO ALZHÉIMER
Los fantasmas del presente no tienen pasado

Cuaderno alzhéimer

JUAN GERARDO SAMPEDRO

CUADERNO ALZHÉIMER

Barcelona · México · Bogotá · Buenos Aires · Caracas · Madrid · Miami · Montevideo · Santiago de Chile

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleermex

@megustaleermex

Penguin Random House Grupo Editorial

A mi hijo Francisco Gerardo,
él comenzó a leer el principio de esta historia,
in memoriam

En la Tierra hay un lugar inmenso donde se sepultan los lamentos.
Pese a que la historia de la humandad es también la historia de la tristeza, casi nunca los lamentos encuentran respuesta…
Arnoldo Kraus, *Morir antes de morir. El tiempo alzhéimer*

Miro y de nuevo miro.
Allí está el silencioso y despejado mundo.
El olfato no capta la fragancia del cansancio.
Li Sang, «El espejo claro»

El novelista dice hacer ficción y hace ficción (…) el delirante dice no hacer ficción y, sin quererlo, hace ficción, de todo ello se deduce que ni novelista ni delirante mienten y por eso los tomamos en serio.
Carlos Castilla del Pino, *Temas*

Ø

1

«¿Y qué vida le espera en la próxima calle?», piensa Nelson y mira el auto que dejó mal aparcado, encima casi de la banqueta. «No tiene ningún seguro, pero quién puede robarse esta chatarra», vuelve a esa fija idea que quizá no importa en lo absoluto. Un día y otro más. «Se olvida de lo inmediato y lo peor es que intuye que algo no anda bien en él», y mira enseguida a Alonso, su padre, a quien lleva, torpe, hacia el consultorio del neurólogo J. Galindo. «Se olvida de lo inmediato», reflexiona.

El piso es irregular. Nelson sujeta a Alonso del brazo y advierte cómo de pronto el cielo se oscurece. En invierno los días son más cortos y a esa hora reaparece siempre, puntual, un ambiguo e impertinente juego de sombras. A Nelson le brincó el tiempo, casi sin presentirlo, como las densas nubes infinitas y los pájaros que se posan en los cables telefónicos. Ronda ahora los cuarenta, le parecen demasiados, vertiginosos. Entran, a semejanza de aquellas figuras de nado sincronizado, y se acomodan en un amplio y desteñido sofá situado al fondo, junto a la pared. Nelson toma una revista de espectáculos que reposa encima de un taburete, trata de leer pero no se concentra: «Se olvida de lo inmediato aunque mantiene aún fugaces momentos de conciencia. Lo intuye, sabe que algo comienza a sucederle —piensa para sí—. ¿Y qué le espera a la vuelta de la próxima esquina?».

—No lo entiendo, desconfío de estos lugares donde no hay una secretaria que responda las llamadas telefónicas —dice Alonso rascándose mecánicamente la cabeza—. ¿Qué es lo que lees? —lo mira confuso y espera una respuesta que no llega de inmediato porque Nelson continúa sumido en su notoria dispersión: «¿Qué va pasar con él? ¿Qué va a pasar?

No me lo imagino siquiera».

—Es una revista sin importancia —responde al fin.

—¿Datos policiacos?

—No, sólo rostros estúpidos —dice bajando el tono—. ¿Quieres echarle un ojo?

Nelson observa los diplomas mal colocados en la pared y cree que podrían desprenderse, venirse abajo. No hay nadie más ahí pero Alonso comienza a hablar de una mujer que según él lo observa.

—Mírala, Nelson, ¿es Marcia? Mira cómo revisa el reloj y se queja de una migraña —Alonso, compulsivo, se frota la nuca y la cabeza—. Tiene los ojos de higo.

Pero ahí sólo están ellos.

—Debe ser conocida de J. Galindo —se le ocurre decir a Nelson para no contrariarlo; se percata entonces de que a Alonso le escurre de entre la comisura de los labios un delgadísimo hilo de saliva. Se acerca y le pasa discretamente una servilleta.

Alonso Peralta abandonó, obligatoriamente, el oficio de reportero policiaco. La edad, y luego el principio del olvido, lo alejaron de los rotativos. Sin embargo, continúa escribiendo en su desgastada Remington, como puede, crónicas de la vida en la violencia cotidiana, aunque ya nadie se las publica.

Cuando Alonso Peralta se retiró, su hijo Nelson, su eterno aprendiz, lo suplió sin mucha gracia en el diario: nunca ha tenido los lectores que sí tuvo su padre.

—¿Qué pasa? ¿Vendrá el doctor? —lo interroga Alonso—. ¿Podríamos regresar otro día? Aquí no hay una secretaria que atienda el teléfono, no me está gustando nada esto, deberíamos irnos a tomar un café, en serio… —concluye levantando una mirada confusa, como lo hacen casi siempre los cachorros extraviados.

«¿Café? —se sorprende Nelson—. ¿Café…?». Pero hace tiempo nunca se le hubiera ocurrido mencionar esa palabra al Alonso Peralta lleno y entero de vitalidad. No mencionó siquiera una cerveza ni habló de un trago de ron añejo.

Alonso se dejó crecer el delgado cabello hasta que pudo, luego lo perdió paulatinamente, aunque igual deja que le crezca el resto y se lo ata utilizando una liga.

En realidad *eso*, el consultorio, ya no lo es por una anticipada decisión del neurólogo J. Galindo. Agotado de presenciar tanto daño humano, lo externó él mismo, decidió dedicarse a la investigación sobre medicina legal. «Un tema apasionante». Él es amigo de la familia y a Alonso lo respeta y admira, no lo abandona: se ha convertido en uno de sus pocos y exclusivos pacientes. Años intercambiando ideas y lecturas, años, muchos.

Nelson le llamó en la mañana: «Alonso amaneció raro, demasiado inquieto, gritaba el nombre de Marcia», le explicó. Entonces J. Galindo le pidió que lo trajera en la tarde. Él es un neurólogo preparado. Sin hacer alarde propio, ha leído una gran cantidad de novelas, le interesan igual los temas policiacos. Y todo el tiempo, incluso antes de conocer a Alonso personalmente, rastreó la nota roja de los diarios. Así se conocieron: a él lo leyó en la columna que mantuvo por mucho tiempo, «El día de los hechos», firmada bajo el pomposo y ficticio nombre de Alonso Peralta.

Manías y retos de amigos. El doctor Jorge Galindo Robles abrevió su nombre en una placa de latón clandestina que conserva en el consultorio: J. Galindo, nombre que, de acuerdo a un juego de apuestas, le quedaba bien. «Es algo así como el nombre de un personaje de novela negra», le habría sugerido Alonso:

DR. J. GALINDO
Neurólogo y criminalista

Aun así luce la placa, ya sin brillo, en el sillón de mimbre que compró en un bazar del centro para que le diera un poco de realce al consultorio. Pero nunca la exhibió: un médico no puede hacer uso de otra afiliación, así como así; en cambio, un periodista de nota roja no tiene problemas de ningún tipo; cambiarse el nombre es como una pequeña licencia. Es por eso, además, que sólo unos cuantos muy allegados lo conocen así, como el doctor J. Galindo.

Juan Gerardo, en cambio, se olvidó definitivamente de su nombre y de su apellido cuando un maestro en la preparatoria le dijo que si se iba a dedicar a redactar para los

«exagerados medios policiacos» le aconsejaba adoptar un seudónimo. «Muchos lo hacen…». Fue la época cuando a todo el mundo le dijo que estaba tomando un curso por correspondencia que lo convertiría muy rápido en detective privado y dibujante de retrato hablado. Ésos eran cursos que aparecían como plagas de insectos en las contraportadas de las historietas de amor y de los cómics en los quioscos de revistas.

Pasado el tiempo, entró a trabajar como linotipista y dibujante en la única imprenta de ese tipo en Zacatecas. Era muy joven. Tomó dos cursos: «Sea usted un detective privado» y «Aprenda la técnica del retrato hablado». Se mantuvo ahí, en la imprenta, como parte de un aprendizaje mientras estudiaba los primeros semestres de la frustrada carrera de Leyes, misma que abandonó, sin pensarlo mucho, para trasladarse a Puebla en 1977, ya unido a Lorena, una muchacha dipsómana a la que sin embargo amaba, y con Nelson, su único hijo de pocos meses de nacido. De inmediato se integró a *El Portal*, un medio nuevo para él. Pronto en esas planas su columna, «El día de los hechos», se popularizó porque tenía la habilidad de recrearlo todo como si echara mano de inimitables recursos cinematográficos. «Escribo todo lo que puedo atestiguar y todo lo que me imagino», confesaba.

Una de esas tardes rojizas en el firmamento, como él las llamaba cuando el sol iba desapareciéndose poco a poco más allá de los edificios que rodeaban la sala de redacción, elaboró una de sus primeras ficciones basada en un hecho que leyó en un boletín de prensa: «Roja es la neurosis», la intituló. Al personaje central lo bautizó como Alonso Peralta: un tipo ligeramente desequilibrado para el pensamiento común del ser humano, quien atrapa a su novia dentro de un armario colocándole bloques de cemento y dejándole, a propósito, una especie de ventana por donde pudiera verla todos los días. Fue así que se le ocurrió firmar todo lo que habría de escribir posteriormente como *Alonso Peralta*, una manera de atender quizás el inolvidable consejo de aquel profesor que tuvo en la preparatoria. ¿Cuántas veces no logró Alonso convertir la cotidiana noticia transgresora en un verdadero texto literario? Algo ya habitual en él, algo que casi le exigían sus propios

lectores.

«Ése fue el personaje que me dio prestigio periodístico», remachaba cada vez que se le daba la opor-tunidad.

Y desde entonces nadie lo conoció ni lo llamó de otra manera que no fuera ésa: Alonso Peralta, Alonso, así. Tarde a tarde, esperaba paciente en La Concordia —una especie de céntrica cafetería y restaurante bar— los boletines de prensa que le enviaban de la Procuraduría, como deferencia y privilegio al mejor periodista de nota roja, hasta su mesa de café. Ahí mismo se dedicaba a escribir y reescribir sus breves apuntes, únicos e inconfundibles; ya casi al cierre de la edición, les mostraba a sus compañeros colegas la nota ficcionada y el retrato hablado. «Miren: esto debió ocurrir así en realidad y así debe de ser ese pobre infeliz cara de ladrillo», decía. «Caray, reparo ahora en que no he dibujado nunca jamás una sola expresión tierna», reía mostrando los dientes manchados de nicotina.

Una magnífica e innovadora idea la de él de llevar al plano de la ficción los hechos trágicos. Fueron años y años en el constante ejercicio; muchos aprendices de reporteros trataron de hacer lo que él hizo, pero cuánta razón le asistía a J. Galindo: el estilo es como la huella digital, no hay dos iguales en el mundo. A Alonso, en efecto, nadie lo igualó.

«No sabes darle tratamiento a los temas», le dijo alguna vez a Nelson a manera de un buen consejo, aunque percibió entonces la molestia de éste: «La nota no se reproduce, se recrea, tonto», insistió en la plena lucidez, perdida en tan poco tiempo.

—Mira, ¿es Marcia? —Alonso vuelve al tema.

—¿Marcia? —responde él—. No, no —concluye atropellando las palabras.

—Me recuerda a Marcia —insiste Alonso bajando la palma de las manos a las rodillas—. Sólo es eso… ¿Me comprendes? No, ¿verdad? ¿Y no te molesta, Nelson, que no haya aquí una secretaria que atienda las llamadas telefónicas? —interroga Alonso, necio.

—No lo había notado —responde él.

—Ve, ahí está Marcia —insiste e insiste y mira hacia el lado contrario.

Alonso imagina y busca una mirada de aprobación pero

Nelson permanece quieto y en silencio, como la rama de una planta casera que se encuentra cerca, marchita.

«Cada vez se confunde más y se olvida de todo», piensa Nelson.

Alonso continúa hablando mientras pone cuanta atención puede a los folletos de promociones médicas dispersos sobre la mesa de centro. No hay más que eso, trípticos de diversos laboratorios.

—Ah, mira, aquí hay algo que podría serme útil.

Le tiembla un poco la mano izquierda.

—Ella es Marcia —insiste Alonso.

—Calma, padre —Nelson sabe que él se refiere a un personaje de sus muy viejas notas publicadas en su columna y de la que hace una maniaca memoria desde el momento mismo que comenzaron los «pequeños olvidos». No tiene muy actualizada ya esa versión, la de Marcia o *su* Marcia, pero debió tratarse de algo terrible: sólo lo verdaderamente ingrato lo marcó de manera definitiva. A Marcia la menciona y la vuelve a mencionar casi todas las mañanas. Pero qué lejana se halla Marcia… Más bien, Marcia no existe sino en la evocación de Alonso.

Nelson le ha dicho «padre» y repara en que pocas veces lo hace, no tiene la costumbre. Desde que Nelson era un infante, Lorena, su madre, lo habituó a dirigirse a él por su nombre: «Alonso, Alonso; le gusta así».

Las palabras «padre» y «madre» no están contempladas en el lenguaje habitual de Nelson: Alonso y Lorena. Nada más.

«*Padre*, le he dicho *padre*», reflexiona al verlo cabizbajo y con la mirada triste, como si buscara alguna improbable respuesta reflejada en el mosaico del piso. Alonso narra algo que le brotó desordenadamente de la cabeza, como brotan los topos de sus guaridas.

—Calma, Alonso —le dice Nelson pasándole la mano por la nuca—. Aquí no está Marcia —agrega al fin.

—Vamos a buscar un café. ¿Tú has comido algo, Nelson? —externa Alonso.

—Como tú lo prefieras —Nelson se quita los anteojos y los deja a un lado, en el sofá. Él también comienza a creer que una posible eventualidad no le permite a J. Galindo llegar a tiempo. Lo impuntual no es lo suyo y se ha retrasado ya más

de cuarenta y cinco minutos.

—Quién sabe qué pueda haber pasado, hay tráfico —Nelson mira la hora: «Es raro: el doctor debería reportarse», se dice.

—Aquí no hay un teléfono ni una secretaria.

—Así es, sí, calma —responde Nelson. Se le ha perlado de sudor la cara.

«¿Cómo fue que Alonso se fue alejando del mundo y de las cosas?», continúa pensando Nelson sin explicárselo. Una mañana dejó abandonadas las llaves del estacionamiento en la heladera, otra vez alegaba que a la comida le hacía falta sal y el colmo fue cuando su olfato no pudo diferenciar un olor de otro. «Un pequeño ausentismo», dijo J. Galindo. Y los pequeños ausentismos crecieron sin control y se hicieron más y más lamentables.

Los años en la redacción del periódico lo comenzaron a transformar. Algunas veces aclaraba, sin gran esfuerzo, lo que a la propia policía le era sólo oscura pista recreando los sucesos de inicio a fin, como si tuviera ante sí el reto de otorgarle forma a un disperso y complejo rompecabezas, dibujando los rostros que los anónimos testigos le describían poco a poco. Y Alonso, el detective privado Alonso Peralta, alardeaba con falsa modestia de sus estudios por correspondencia, como si hubiesen sido exclusivos para él. El periodista Alonso Peralta se jactaba también de firmar sus retratos hablados: la única forma de registrar su autoría.

—Deberíamos de irnos, mañana o el fin de… —di-ce Alonso dejando inconclusa la idea.

—Mañana es complicado —Nelson se coloca los lentes y se los vuelve a quitar revisándolos como si estuvieran sucios—. Es importante que te vea hoy mismo J. Galindo.

—Comienzo a cansarme, ¿usted no se agota? —Alonso envía su vaga mirada hacia el muro y se dirige a quien imagina como Marcia—. Comienzo a cansarme —insiste.

—Esperemos un poco —Nelson trata de controlarse—. Si no llega en quince minutos te prometo que nos vamos, recuerda que dejé mal estacionado el auto.

Alonso lo admite moviendo levemente la cabeza de arriba hacia abajo.

Nadie dice nada, ven hacia todos lados y sólo entra el

poderoso ruido de la calle. Raro: remiten a una infeliz acumulación de situaciones cotidianas que se logran percibir intensas en lo que fue un minúsculoconsultorio médico: chirrido de llantas, vendedores de un té callejero e insípido que se sirve en antihigiénicos trastes de barro y gritos de personas persiguiéndose unas a otras, miedosas de quedarse involuntariamente solas, así sea sólo por un momento. Con un brazo más corto que otro y miope casi de nacimiento, Nelson trabaja en el monitoreo de la nota roja para un diario local y conoce las técnicas del retrato hablado. Poco la ha practicado, ni la sombra del estilo de Alonso. Bruno, su hijo, es un adolescente a veces de duro carácter y bastante apegado a Norma, su madre.

Bruno cuida de Alonso, en ocasiones a regañadientes, pero lo cuida. Y Alonso lo quiere: es su único nieto y habla mucho con él. Y él lo deja que hable lo que le venga en gana. «No le cuenta historias propias de un muchacho normal, sino sus perversiones de policía», le reclamó una vez Norma. «Los jóvenes deben aprender, en la vida se enfrentarán a toda clase de violencia, ya lo verás», le respondió Alonso, seguro y poderoso dueño de sus palabras.

Entonces Norma le pidió que dejara de hacerlo, «Bruno es aún muy joven, ¿no se da cuenta?», concluyó, tajante.

De cualquier manera, Alonso sigue viendo a Bruno a pesar de que Norma se opone. «Este pobre será un delincuente por todo lo que le mete en el cabeza tu padre», le dijo a Nelson. Pero a Bruno parece no incomodarle. «Son los misteriosos cuentos del abuelo», opina. Lo cierto es que Alonso nunca vuelve a un argumento: son datos y personajes variados que provienen del fondo de una mezcla de realidad e imaginación. Bruno es un tanto maduro, lo escucha y cree que no le afectan demasiado esas historias, no como lo piensa Norma. Lo cuida y lo oye a regañadientes, pero lo hace.

—Del sur llega la mala brisa ataviada de corbata oscura y gabardina gris —dice Alonso al ver que entra por fin J. Galindo—. Ya nos íbamos —sonríe.

—Tranquilo, no pasa nada —J. Galindo saluda a Nelson y lo mira directo a los ojos como preguntándole qué está pasando. Luego vuelve el rostro hacia Alonso y lo inspecciona discreto—. En un momento los atiendo, pasen —dice.

Entran al privado, Alonso camina torpe, lento, muy lento.

J. Galindo es desordenado: encima de su escritorio y entre un buen número de cajas de muestras médicas hay libros y muñecos de plástico y relojes luciendo el nombre de los laboratorios: Roche, Efexor, Pfizer, etcétera.

—Aquí el polvo se acumula más de la cuenta —dice J. Galindo hurgando hasta el fondo de un cajón del escritorio.

—¿Y tu secretaria? —pregunta Alonso.

—¿Quién? ¿Anita? Ah, Anita… —J. Galindo se percibe como un roedor buscando algo bajo la tierra—. Anita está de vacaciones —continúa y por fin encuentra el manómetro—. Ponte cómodo, voy a tomarte la presión —le pide a Alonso. Luego voltea hacia Nelson—: ¿Pasa algo? Te noté un poco inquieto a la hora que me llamaste. ¿Cómo se ha comportado? —señala volviendo la mirada a Alonso.

—Bien en lo general, aunque esos lapsos de ausentismo, esos pequeños olvidos son cada vez mucho más frecuentes —dice Nelson.

J. Galindo se frota las manos, reflexivo.

—¿Esa mujer que está ahí esperando afuera es Marcia Galván, verdad? —inquiere Alonso.

J. Galindo apenas escucha el ritmo cardiaco de Alonso porque el estetoscopio no está funcionando bien. Lo halla normal, noventa pulsaciones por minuto. Lo corrobora: noventa/ochenta y cinco por minuto: tranquilo, normal. Observa el mercurio del manómetro: ciento veinticinco sobre ochenta. Perfecto. «Bien, bien, muy bien», anota algo en el historial, un par de hojas amarillas sobre una base metálica y un sujetador que lleva impreso y en bajorrelieve la marca de un medicamento: Relpax 40 mg.

—¿Es Marcia Galván?

—No, no es Marcia, no hables, aguarda. Ve, Nelson: su presión y ritmo cardiaco están bien, muy bien.

—No veo, he olvidado mis lentes, los dejé afuera —dice Nelson y sale del privado.

Sin gafas, Nelson percibe todo como maquetas de terracota.

Entra de nuevo y revisa los datos que arrojan los estudios.

—¿No es Marcia Galván? Ojalá me estés diciendo la verdad —dice Alonso.

—No lo entiendo, él hace cosas inexplicables —Nel-son le pone la palma de la mano encima del hombro a Alonso, quien apoya los antebrazos sobre el escrito-rio.

—Son sus crisis de ausencia, ya te lo expliqué. Y te advertí, y te recomendé, que se lo hicieras saber a Lorena, aunque sé que ya no lo frecuenta.

—Mi madre entró a una casa de oración, dejó de beber y eso me tranquiliza un poco —Nelson no le quita la mano del hombro a Alonso.

—Creo que habrá que aumentarle la dosis del irrigador cerebral que se está tomando. Debes estar muy cerca de él. ¿Te ha dicho algo tu esposa?

—Norma se resiste a dejar a Bruno solo cerca de Alonso porque si tiene la oportunidad, él le mete historias de policías y detectives en la cabeza que a ella no le gustan. En realidad le platica lo que escribió cuando comenzaba a redactar sus ficciones de nota roja.

—Algunas las conozco de sobra —dice J. Galindo.

—Todo es tan extraño —dice Nelson.

—¿En qué piensas, Alonso? Mira esto y dime qué es, dímelo, por favor —le pregunta J. Galindo.

—Es un llavero —contesta Alonso.

—Ahora dime otra cosa: ¿esto a qué huele? —le acerca una esencia de guayaba.

—Es ajenjo, qué más —responde Alonso empujando el frasco que sostiene J. Galindo, alejándolo de su nariz—. ¡Es Marcia Galván, no lo niegues! —grita.

—¿Qué ves aquí? Dímelo… —le muestra una cartulina que lleva estampada una tipografía negra de dieciséis puntos: 3A.

—¿Dice treinta y cuatro?

—¿Estás seguro, Alonso?

—No lo sé —responde.

—Debe someterse a nuevos estudios, habrá que programarlo —J. Galindo mira a Nelson perlado de sudor. «Resonancia magnética de cráneo, medio de contraste dosis simple (Gadovist)… Biometría hemática y química sanguínea…»—. En cuanto te den resultados me los traes para valoración.

Alonso no lo entiende, sólo abre muy grandes los ojos

cristalinos, como de hurón fugaz y noctámbulo. Nelson sabe de la gravedad del caso, sabe lo que son esas «pequeñas ausencias». Además él es quien pasa el mayor tiempo a su lado.

—Dile al doctor que a veces escribes, Alonso —Nelson le da un masaje leve en la nuca—. Tiene en orden sus relatos, ya no los extravía.

—Cualquier cosa que veas digámoslo… más anormal, me llamas. Ah, y pues habrá que andar cerca de él, siempre cerca, lo más cerca que se pueda.

—Hay días que se la pasa muy bien, no tiene problemas.

—Esto así es —sentencia J. Galindo—. ¿Cómo te sientes ahora, Alonso?

—Tengo hambre, quiero una empanada y un café…

—Ve a buscar tu empanada y tu café y luego descansa un poco.

—No puedo, ¿quién va a escribir mis notas?

A J. Galindo se le abultó el vientre y la barba le creció entrecana al ritmo de los misterios novelescos.

—Ah, seguiré tus instrucciones. Si alguien lo conoce bien eres tú —Nelson le extiende la mano a J. Galindo a manera de despedida.

—Me pones al tanto, por favor, a la hora que sea —agrega J. Galindo.

—Hay dos cosas que no me gustan de todo esto —murmura Alonso, incorporándose—. ¡Tú proteges de la justicia a Marcia!, ¿no es así? ¿Y por qué no viene Anita?

—A dormir, Alonso: no todo es policiaco en esta vida —J. Galindo lo despide en la puerta—. En otra ocasión te haré la reseña de una novela que acabo de leer. No es de misterio ni nada que se le parezca pero te va a gustar, ya verás, te la hago llegar y si quieres la lees.

—¿Qué novela? —pregunta Alonso remontándose, confuso, a la época en que compartían lecturas.

—*Pánico al amanecer*, es de Kenneth Cook, un loquísimo australiano: la percepción de una sociedad insensible, inhumana.

Otra vez Alonso parece no comprenderlo. Se rasca la mejilla y busca un punto a lo lejos. Reflexiona, no halla las palabras, no se expresa:

—¿Inhumana? ¿Eres médico o crítico literario? —pregunta.

—Las dos cosas quizá, pero creo que soy sólo un lector y nada más.

—¿Dónde está Lorena? —Alonso busca inútilmente.

—A veces pregunta por Lorena, pero a ella no le interesa lo que a él le ocurre, dejó de interesarle hace mucho tiempo —dice Nelson.

Toma la receta y la guarda en el bolsillo trasero del pantalón. J. Galindo eso lo entiende a la perfección:

—Más méritos le haría a Dios si ayuda en algo a su exmarido, pero lo veo más que imposible —y agrega—: Ah, dale lecturas o asegúrate de que escuche noticias, y fíjate bien en todo lo que retenga, no dejes de hacerlo, un buen ejercicio de memorización, su cabeza se siente bien en otro lado.

Nelson sólo asiente.

Salen, la calle está oscura y al fondo los mira una pálida luna semejante a una quieta pelusa de algodón. Sus sombras se tiran al piso de un golpe, como si fueran retazos de alfombra.

—¿Dónde dejaste el auto? —pregunta Alonso.

—Allá está —señala hacia adelante.

Caminan juntos, a pasos cortos. Nelson creció un poco más que Alonso, algunos centímetros. De niño, al ir caminando cerca de Alonso, éste le parecía terriblemente alto, enorme. Nelson retrocede al tiempo y recuerda que a él le gustaban las anécdotas de Alonso. Si tuviera un registro de todas esas notas aparecidas en los medios que el Alonso maniático y perfeccionista escribió en distintos y distantes momentos de su vida, quizás ahora se propondría la tarea de reescribirlas, pero Lorena todo lo extravió y no tuvo forma de explicarlo: «Oh, qué escándalo, como si no hubiera hemerotecas», dijo. Ella bebía demasiado entonces. Alonso lo lamentó y le pareció que buscarlas sería una de las más ingratas tareas. «¿A quién le interesan esas ficciones de policías y delincuentes faltos de malicia?». Pudiera ser que algún despistado estudiante de criminología se abocara a rastrear una que otra para alguna tesis sobre el género. Pero a veces, casi involuntariamente, todavía se acuerda: son las mismas historias que le platicaba a Nelson, las que le narra ahora a

Bruno. Hay días que se levanta muy temprano y escribe. No lo hace como acostumbraba, aporreando las teclas redondas de la Remington a gran velocidad. En efecto, Alonso Peralta, el detective privado, el dibujante de retrato hablado y reportero de policía, se olvida de lo inmediato aunque es capaz de acordarse de tantas cosas que pasaron por su vida como las palomas lo hacen abajo de las nubes.

—¿Vamos a casa? —le pregunta a Nelson.

—Pensé que iríamos a un café.

—¿Café? —dice—. ¿Café? —remata.

—¿No tienes hambre, Alonso?

—¡Dios! Si te parece, vamos a La Concordia.

El auto requiere la atención de un mecánico. No arranca al primer intento. Eso pone de mal humor a Nelson. Uno, dos intentos, tres, hasta que comienza a moverse un poco, destrabándose, como tosiendo. «*La Concordia*, ha dicho *La Concordia*», piensa Nelson. ¿Desde cuándo no van a ese restaurante de la 6 Poniente? Alonso se hizo amigo de una vieja mesera que se las arreglaba bien para enterarse de la vida privada de todos los clientes. Todos se dirigían a ella como la Dama. Ese café, La Concordia, era casi el despacho de Alonso: ahí le llegaban los boletines de prensa, ahí le llamaban si había alguna noticia de última hora: era como una extensión de su casa. Ahí escribía a mano, en una gruesa libreta, sus ficciones rojas. Su letra era menuda, casi sin errores, sepia, el color de la tinta que usaba en la Sheaffer. Luego, ya en casa, las transcribía en la Remington. Nelson no deja de imaginarse lo que le espera a Alonso. «Si por lo menos el tiempo se hiciera más lento, lento… que nunca se diera cuenta…», reflexiona. Va despacio, cuanto se lo permite la maquinaria del Chevy plateado, un modelo de neumáticos tan delgados que parecen casi propios de un triciclo. Conduce cuidándose de no caer en un bache de los que hay en casi toda la ciudad. Alonso va en silencio, observando los detalles de las fachadas, la vestimenta de las personas que ve desplazándose de un lado a otro, «igual que las hormigas», realiza una obvia e ingenua comparación. «Somos como los bichos —anota en su cabeza—, nos movemos como insectos».

Antes a Alonso le encantaba rematar sus frases exclamando «¡Jo!», algo que aprendió del personaje de *El*

guardián entre el centeno de Salinger. ¡Jo! Pero ya no lo hace, lo olvidó. Es Nelson ahora quien de vez en vez lo suelta porque creció escuchándolo de él. ¡Jo! El auto hace pausas, una y otra. A Nelson no le gusta forzarlo: se impacienta, continúa ansioso pero deja que las cosas, al final y simplemente, ocurran.

—¿No tienes algo de música? —pregunta Alonso.

—Espera, primero déjame ver qué hago para que esta chatarra funcione como debe. ¿Qué le estará fallando? Y lo malo es que a esta hora no hay ya un taller abierto. Me dan ganas de quemarlo. ¿Y si lo dejo aquí y tomamos un cabrón taxi, Alonso? ¿Pasa algo?

—¿Por dónde andamos? —pregunta Alonso.

—Aquí, a sólo un par de cuadras del consultorio del doctor J. Galindo, lo acabamos de ver… Lo sabes, ¿verdad?

—Me asombras, te lo juro. Claro que lo sé.

El auto por fin retoma su paso. Alonso quiere oír algo de música y le pide a Nelson que ponga ahí, en el aparato ése, lo que le dé la gana. Al azar Alonso toma un casete: *Canciones que marcaron una década/1970*. Ya el sonido está viciado, el pobre estéreo no da para más.

—Ahí está, para que no te aburras.

Tony Orlando y Dawn: *Toca tres veces*.

—¡Ah, el esplendor! ¿Y ahora de dónde habrá llegado tanta violencia? —pregunta Alonso.

—¡Sigues siendo un fresa, Dios! —dice Nelson—. Te ha cambiado la cara, Dawn no es fresa, es súper fresa, Alonso.

—¿Y tu generación qué es? No tienen ídolos, nada saben de música.

Nelson percibe un poco de lucidez en Alonso: «Malo, viene una tormenta más», piensa porque él ya lo conoce e intuye cuáles son los momentos cruciales en los que su padre pierde completamente la compostura. «Es desconcertarte, vendrá lo peor».

—Creo que hoy te llevaré conmigo —dice para cambiarle el tema.

—¿Qué? Nada, me dejas en mi departamento. Norma no me tolera.

—Norma no tiene problemas —dice Nelson aunque sabe que a Alonso le asiste razón.

—¿Soy hipocondriaco o soy un paranoico? —contesta—. Apresúrate que tengo hambre.

A los amigos de Alonso les parece que en ocasiones habla como escribe. El tiempo lo fue alejando de la Remington y ahora Nelson admite que él continúa expresándose igual a como escribía cuando firmaba sus notas policiacas y sus ficciones basadas en la nota roja, bajo el nombre de Alonso Peralta. Lorena, en un mal momento, las echó a la basura, pero sí conserva uno que otro de los retratos hablados, los que realizó durante la época que estuvo como perito en la Procuraduría General de Justicia. Los resguarda bajo llave en algo así como un forro de cartón. Decidió meterlos a una cómoda con el fin de que no corrieran la misma suerte que «mi colección de notas que tiró la irresponsable de tu madre», le dijo una vez a Nelson. Luego saca los retratos hablados para que los vea Bruno, «¿quién puede decir que él no se interese en el aprendizaje?», lo repite y la molestia de Norma sube de tono al oír esos comentarios. «No es grave, no es nada grave», le dice Nelson tratando de calmarla. Bruno no es tonto, es casi un adolescente que lo absorbe todo, como las antenas parabólicas. Nelson atribuye los grandes conflictos familiares a las desavenencias que mantienen Norma y Alonso, «no piensan igual acerca de cómo debiera ser la educación de Bruno». Nelson se ha convertido en un mediador, «que más me queda», se ha dicho. A veces cree que Norma tiene un poco de razón, «Alonso no debería meterle tantas ideas locas a Bruno»; no puede apartarlo de él pero Bruno se aleja paulatinamente de Alonso porque se va llenando, día a día, de nuevas necesidades y caprichos. Algo natural, quizá. Incluso Bruno ha comenzado a resentir el hecho de que Nelson lo obligue a cuidar de Alonso justo cuando él quiere irse por ahí, con sus amigos. «El tiempo corre y brinca como los conejos y los ciclos están cerrándose», medita Alonso en esa frase y la repite en voz alta:

—Anótala, Nelson. Apréndetela de memoria, así voy a iniciar mi columna de mañana.

Nelson se lleva la mano a la frente y le indica que sí, que la ha anotado, aunque sabe muy bien que Alonso no volverá a la redacción del periódico.

—Se va a leer, ya verás.

—Lo creo, tú ya tienes tus lectores —Nelson nunca lo contradice.

—Creo que amanecerá lloviendo, mira cómo está el cielo. Hay inviernos que traen la lluvia y eso no es un buen augurio. ¿Sabes algo, Nelson? Siento que las horas se me están acortando.

«Sus pequeños ausentismos, sus pequeños olvidos —se dice Nelson—. Se da cuenta de que algo no anda bien en él, se da cuenta».

—Yo escribo siempre aquí —dice Alonso—. Así como tú, mira y escucha bien. Aquí, aquí y nada más aquí —toma una pluma fuente y se da unos pequeños golpes en el oído—. No es que esté distraído, sólo estoy en la creación de mis personajes, ¿me entiendes, verdad?

—Perfecto, Alonso.

—En apariencia, Nelson, tú me comprendes, sólo en apariencia.

Alonso dejó aquella libre exclamación, el ¡Jo!, y de pronto hizo suya una frase que se convirtió en costumbre: «En apariencia» o «aparentemente». Jugaba y conocía bien el juego del dominó. Una tarde de cada semana, se encaminaba a El Taurino con sus compañeros de oficio periodistas y buenos maestros en el manejo del linotipo. Entonces se las arreglaba para ir ganando las partidas de dominó. Voluntarioso como lo ha sido, se levantaba de improviso luego de beber muchos tragos de «ron derecho», presumía, sin agua, sin Coca-Cola, «así, que raspe la garganta». Y mientras veía las fichas comentaba las historias policiacas que reconstruía como quien lo va haciendo con un edificio, desde los cimientos, en constante revisión de los personajes, lo que él nombraba como «la lógica, la credibilidad de los hechos». Alonso se distraía hasta que lo obligaban a pisar tierra: «Oye, ¡a lo que estás, carajo…! Fíjate en lo que tiras, me ahorcaste una mula». «Ah, en apariencia», era su forma de respuesta y de regaño. Cuando dejó la redacción del medio abandonó igual el dominó, El Taurino, La Concordia y a los amigos. «Pero seguiré escribiendo, así sea para mí», confesó.

Ø

Nelson deja aparcado el Chevy sobre la 6 Poniente y bajan haciendo el mismo movimiento, como nadadores de sincronizado, cada uno por su respectiva portezuela. Caminan media calle. Poco ha cambiado esa atmósfera. Es un territorio violento, lleno de establecimientos que actúan en la clandestinidad. Alonso todo el tiempo vio rostros amargos e infelices sobre las banquetas y en las esquinas de la 6 Poniente. «Mariposas nocturnas y terribles ensombrecen las fachadas», escribió Alonso cuando trabajaba en un diario de nula circulación que se llamó alguna vez *Nueva Época*. De ahí lo echaron pronto debido a que a los directivos no les parecía nada bien que Alonso trabajara la nota roja como si ésta fuera una ficción. Una buena cantidad de lectores buscaban los textos de Alonso Peralta pero los directores de los medios suelen ser caprichosos. Y sin aviso *Nueva Época* dejó de publicarlos.

La Concordia, esa mezcla de café, restaurante y bar, se mantiene casi íntegra, salvo los cambios de la sillería. Al fondo, muy visible, se halla el mismo viejo aparato de sonido y los mismos espejos en los que se reflejaba la Dama, dándose sus retoques de colorete durante las pausas que le robaba a la clientela. «Se conserva casi todo», Alonso recrea el espacio. Se sientan al fondo, cerca de la enorme barra de granito. El nuevo personal ya no conoce al detective privado, al cronista de nota roja, al Alonso Peralta de los retratos hablados.

Nelson no entiende por qué Alonso ahora ha elegido La Concordia. Su padre es un hombre de ideas fijas, de un tiempo acá no le interesaba ni pisar el primer escalón de ese lugar. Además sus amigos cercanos abandonaron la ciudad y todos se fueron olvidando de todos, como sucede cuando los ciclos se cierran. La vieja Concordia y sus recuerdos y sus mesas se habían esfumado de su cabeza.

Por eso se detiene y cambia de parecer:

—Oye, escúchame un poco, ¿y si mejor nos vamos a El Taurino? —pregunta.

—Ahí no sirven alimentos, necio.

Entran, siempre acompasados, dejando afuera, abandonadas, las tenues sombras que proyectaba sobre el piso la débil iluminación de la calle.

—Bien, bien, tranquilo. Yo tomé de pretexto al hambre

porque necesito hablar algo contigo. Odio quedarme en mi departamento y si se me antoja regreso a la redacción. Ya sabes, me siento ahí cada vez más solo y encerrado, hay días que ni el sol veo. Me canso y necesito ocuparme de algo —pide una empanada y café a la mesera—. Y en estos meses, en sólo estos últimos cuatro o cinco meses me siento el hombre más inútil del mundo. Además no quiero depender de nadie, no quiero ser una carga ni para ti ni para Norma y menos para Lorena, ella nunca abandonará al inútil Pastor. Sé que debo olvidarme de tu madre pero ha sido duro. Tú no sabes ni entiendes las cosas, parece que le hablo a la pared, por Dios. ¿Me estás escuchando? Yo podría seguir redactando mis notas, me siento aún en condiciones de hacerlo. Es por eso, porque me mantienen ahí adentro del departamento, sin mover un solo dedo, que me siento ansioso. Camino en las mañanas en el parque y hago lo que me recomiendan, todo lo hago. ¿Y ustedes qué hacen por mí? Pienso que Bruno se aburre, quiere una novia, amigos, y no hacerse cargo del ser inservible en el que me he convertido. No intentes interrumpirme: ¿Lorena no se ha convertido en una fanática cristiana? Ella tampoco quiere saber qué está pasando conmigo, no es nada fácil… Nada fácil, al contrario, es muy complicado levantarme y enterarme de que me espera la misma rutina. ¿Anotaste lo que te dicté?

—¿Qué me dictaste? —interroga Nelson.

—Algo del paso del tiempo y los conejos.

Nelson no retuvo la frase. Todavía está ansioso: «Se da cuenta aún de muchas cosas pero no de esas pequeñas ausencias —piensa—. Me asombra y me entristece su frágil lucidez».

—¿No lo retuviste? Era una magnífica entrada para la edición de mañana. Si acaso lo hubiera anotado en la libreta. ¡Ah, mañana regreso al trabajo! —exclama.

«¡Dios! Está en un extraño proceso, se acuerda y menciona los detalles del pasado, pero olvida lo que me dice ahora», se dice repetidamente Nelson.

Ya hace tiempo que él comenzó a notar los acelerados cambios de ánimo y de conducta de Alonso Peralta, el mismo que tuvo la ocurrencia de llevar los hechos sangrientos al plano de la ficción y que se hizo, sin pensarlo, de una fama

inesperada. Alonso es un hombre de hartas y variadas lecturas. Sí, voluble pero agradable cuando quiere. Fue haciéndose, al paso de los años, de una amplia e intensa biblioteca.

Y sin esperarlo (¿quién espera lo adverso tan de repente, tan sin aviso?), una mañana salió a caminar descalzo, sin darse cuenta. Luego y de inmediato casi perdió la noción del tiempo y del espacio, «los pequeños olvidos, las pequeñas ausencias», diagnosticó su amigo, el doctor J. Galindo, el mejor de los críticos de Alonso. «Y esto será progresivo», lo remarcó ante Nelson, quien lo miró aterrorizado.

Muchas lecturas acumuló Alonso Peralta, el detec-tive. Y así se ostenta. Enmarcó la constancia de aquel inverosímil curso por correspondencia. Mira hacia los lados. El café está casi vacío.

—Acuérdate, acuérdate de lo que te dicté hace un momento —pide Alonso.

—Tú tienes la capacidad de imaginarte lo más poético del mundo —dice Nelson.

En efecto, Alonso aún conserva una muy coherente manera de organizar su discurso. Habla y escribe lo correcto, no usa muletillas, nada de contradicciones internas, nada de un adjetivo fuera de su sitio. Pero sí, comienza a olvidarse de lo inmediato. Él lo intuye y por eso aceptó abandonar la redacción del medio periodístico. No quiso meterse en problemas ni confrontarse con los demás.

Rememora que al recrear los hechos de la nota roja, en algunas ocasiones, llegó a resolver el tenso conflicto pero de vez en cuando, desde la misma Procuraduría, le llegaba la indicación de detenerse, de no continuar. Sabe, lo supo siempre, que en el país no hay una cultura ni una buena estrategia que conduzca a una objetiva investigación de un hecho criminal. A él lo dejaban que indagara cosas pero bajo la idea, la consigna de «no te metas hasta el fondo, pisa el lodo precavido porque de lo contrario a todos nos irá mal», ésa era la recomendación final. No más: hasta aquí.

«Los malditos jodidos, los que no pueden defenderse, son los que pronto serán víctimas —opinaba—. Así es, estoy en lo correcto». Lo dijo sólo dos meses antes de abandonar el rotativo.

La mesera deja el café y Alonso se le queda mirando triste a la humeante taza.

—¿Te hubiera gustado un tequila de El Taurino? —pregunta Nelson.

—Creo que sí.

Nelson bebe a pequeños sorbos una Coca-Cola. Es posible que no hubiera imaginado antes a Alonso ante una insípida empanada y un café. Observa cómo se limpia los labios y cómo unas cuantas migajas se le quedan adheridas a la camisa de franela. Alonso también se ha dejado crecer el bigote ralo. Su ánimo es como un electroencefalograma. Vuelve la vista hacia el aparato de sonido, la vieja rockola que trabajaba echando hacia atrás y hacia adelante una mano mecánica para trasladar los acetatos de cuarenta y cinco revoluciones a la tornamesa. Y luego sola otra vez los regresaba a su sitio.

—¿Aquí ya no viene la Dama, Nelson? —pregunta.

—No, la jubilaron, ya no caminaba de aquí a dos metros —miente para no explicarle que ella, la Dama, murió atropellada por la distracción de un microbusero irresponsable. Nunca supo que mató a una leyenda, a una tradición de la 6 Poniente, a una imagen que se identificaba bien con la asidua clientela de La Concordia.

—Aprovecho para decirte algo, se comenta que… tú ya sabes cómo es la gente…

Hace una pausa.

—Te escucho, Alonso, qué diablos se dice.

—¡Ah! Nada que tenga que ver contigo, no te preo-cupes.

—Te escucho… ¡Venga! —deja la mitad de la Coca-Cola en el vaso, empujándola al centro de la mesa. El lugar es húmedo, lo ha sido desde que lo construyeron.

—¡Ah!, esto sólo debe quedar aquí, entre nosotros, ¿me comprendes? No quiero líos.

Nelson sabe que Alonso está entrando a lo profundo de esos pequeños olvidos que se le presentan como un torrente de inconexas ideas para luego y de pronto dar paso al prolongado y terrorífico silencio. Nelson sabe que antes del pequeño ausentismo del que habla J. Galindo, Alonso narra la ficción de un hecho real que resguarda celosamente aunque éste se haya dado hace años, quizá muchos.

¿Quién lo conoce mejor que Nelson? ¿Quién lo ha acompañado en estos últimos meses de confusión y de angustia? ¿Quién es el único que sabe en qué momento brinca del claro pensamiento a la incoherencia?

Alonso se separó de Lorena y se fue a vivir a un departamento que rentó en el centro de la ciudad, en la 7 Poniente. Ahí afuera colocó la placa metálica:

ALONSO PERALTA
Detective Privado

Al poco Lorena conoció a un usurero cristiano y ahí sigue, «soportando al hipócrita Pastor», dijo Alonso, aunque sabe que es un asunto que a él ya no debería corresponderle. Si ella se compadece entonces así, sin que nadie se lo pida, lo busca o pregunta por él, cosa cada vez mucho más rara e infrecuente. «De dipsómana a cristiana, suele suceder», se lo dijo Alonso a ella misma alguna vez. Así que su relación es ahora casi nula; sólo se frecuentan si es completamente necesario.

—Creo que hoy te llevo conmigo —dice Nelson—. No te dejaré solo.

—Yo no me iré de aquí a ningún otro lado que no sea mi casa.

Nelson pide la cuenta a la mesera porque intuye que viene lo peor, logra rastrearlo en los ojos de Alonso: fijos y opacos. Saca del bolsillo de su pantalón la receta que le extendió J. Galindo. Lo mismo pero en dosis mayores: un potente vasodilatador y un ansiolítico. J. Galindo es amigo de la familia. Él le dijo a Alonso, casi desde el principio del tratamiento, que no hay nada más, que no existe otra medicina indicada para los síntomas que padece. Le vienen a Nelson las palabras del médico detective J. Galindo: «Entrará a una etapa dura, no lo dejen solo… Necesita control, nada más que control».

—Antes tendremos que pasar a la farmacia —dice Nelson.

—¿Qué dice esa receta? Deberías hacerla pedazos, yo no confío en J. Galindo. ¿Qué me ha mandado? ¿Cómo debo confiar en quien no tiene una secretaria pendiente de las

llamadas telefónicas? No le creo gran cosa.

—Te voy a llevar conmigo, Alonso. Mañana que te sientas bien tte irás como si nada a tu casa. Estoy seguro de que a Bruno le dará gusto que le cuentes una de tus historias.

—Pero si yo me siento perfectamente, ustedes son los únicos que me enferman —responde Alonso—. Sólo escucha esto y verás si no tengo algo de razón: hace un momento te decía que…

Nelson paga la cuenta.

—¿Me lo podrías platicar en el camino? —pide—. Vámonos de aquí.

—Se trata de J. Galindo. Óyeme y luego nos vamos a donde te dé la gana —Alonso no se mueve pese a que Nelson se incorpora—. Siéntate un poco, tranquilízate.

—Dime qué piensas de J. Galindo.

—Es algo simple, sencillo, pero nadie lo sabe, nadie lo nota. J. Galindo es allegado a un cirujano plástico de pocos principios y…

—¿Y a qué viene todo esto? —lo interrumpe Nelson—. Vamos, hay que ir a buscar el medicamento —le muestra la receta.

—Eso puede esperar a mañana, no urge —dice Alonso.

—Okey, te oigo, venga… J. Galindo conoce a un cirujano plástico ¿y…?

—Déjame seguir, esa desagradable costumbre tuya de arrebatarme las palabras.

—…

—En el consultorio de J. Galindo, tú mismo eres testigo, estaba Marcia Galván —dice Alonso—. Era ella, transformada, sí, pero se trata de la misma mujer sobre la que investigué y escribí cuando asesinó de la misma manera a sus tres distintos maridos. Ve cómo son las cosas: J. Galindo la conoció. Él leyó lo que entonces publiqué y la buscó, no sé por qué pero la buscó. Pienso que J. Galindo no es un buen detective. Es un aficionado, un hombre poco enterado y ya, ¿me doy a entender? —se detiene y mira a Nelson.

—Te sigo, te pongo atención, pero creo que éste no es el lugar indicado para que me platiques todo esto.

—¡Por Dios, Nelson! —dice Alonso—. Te juro que voy a denunciar a J. Galindo: protege a una mujer que e-vadió la

justicia. Marcia se fugó y yo hice el retrato hablado. Ésos los conservo, ésos no los tiró tu madre como mandó a la basura mis notas periodísticas. Ahora mismo buscaré ese retrato, ahí debe de estar. Marcia no se me puede olvidar. Y te juro que es ella la que estaba en el consultorio, la misma que asesinó a esos tres pobres cabrones que se unieron a ella.

—¿En el consultorio? ¿Y en todo caso qué diablos tiene que ver J. Galindo en este laberinto? —pregunta Nelson, aun sabiendo de sobra que Alonso imagina y que lleva las cosas demasiado lejos.

—Sencillo, muy simple. Yo supuse que tú mismo lo habías advertido y veo que no. Tú trabajas en un diario especializado en nota roja como lo hice yo mismo. Te falta olfato, experiencia —Alonso se rasca la nuca.

—¿Tú crees entonces que J. Galindo está coludido en algún lío?

—Aparentemente —contesta Alonso.

Nelson aprende a descifrar el delirio. Lo aprende en el discurso de Alonso.

Salen. Caminan a pasos largos, juntos. Está nublado y hace frío.

—¿Vamos entonces a la farmacia? —pregunta Nelson antes de abrir la portezuela del Chevy.

—No, para qué demonios si dices que me recomendó la misma tontería. Aún tengo en casa. Si quieres mañana lo compramos —Alonso ordena como puede sus ideas.

«En apariencia», se dice Nelson, como el mismo Alonso repite a cada instante.

—Como tú me digas pero hoy irás conmigo, a mi casa.

—Ya no discuto, todo está bien, me quedo en tu casa si no me echa antes Norma.

—Ella no dirá nada.

—¡Ah, qué cosas! J. Galindo involucrado en un acto impropio —dice Alonso observando la nubosidad del cielo a través del parabrisas—. Ahí esconde a Marcia, quién iba a decirlo cuando han pasado tantos años. Ve lo que hizo él que se cree tan zorro, tan médico detective. Él instruyó al cirujano plástico para que transfigurara a Marcia. No supuso que yo iba a descubrirlo y por mera casualidad. Yo si soy un detective privado, nadie lo duda. Hay situaciones que faltan

por aclarar. Por ejemplo, no entiendo qué interés tuvo J. Galindo para prestarse a todo esto. Al final, acuérdate, nada queda oculto. Lo voy a saber más rápido de lo que te imaginas. Espera: vamos a mi departamento, necesito un retrato hablado que hice de Marcia y voy a ver si hallo el historial del caso, si es que no lo mandó Lorena a la basura. Llévame a casa, sirve que me tomo el medicamento.

Se hace un silencio largo dentro del auto.

Nelson trata de aprender a desentrañar el discurso de Alonso.

—Va a llover —dice Nelson.

—Aparentemente —responde Alonso.

Ø

2

«Este país se está convulsionando», medita Alonso al leer el periódico. Le encanta mancharse los dedos de tinta. «Todos los días salen muertos o desaparecidos por aquí y por allá», pero él asegura y confía en que las cosas mejorarán. Lee la sección de policía, mira atento los encabezados. Está habituado a leer esas notas que él reconstruye para sí mismo.

Esos pequeños olvidos ante la vida se le fueron haciendo cada vez más intensos. A Alonso le duele la cabeza, siempre le duele la cabeza. Es por eso que se toca la nuca y se la oprime mientras respira profundo. Es la única forma en que el malestar desaparece un poco. Hay momentos incluso en que la luz lo daña: la náusea, los destellos que son como el confeti, atrás de sus párpados. Termina de leer y toma el medicamento que le prescribió J. Galindo. Le tiemblan las manos, o sólo es su percepción porque nadie se da cuenta, ni Nelson, ni Bruno y mucho menos Norma. Lorena, su exmujer, le decía «el Hipocondrias», una manera de desentenderse de él, su único mecanismo defensivo. Alonso deja el diario sobre el piso y luego lo vuelve a levantar. Retoma la sección roja y busca: no aparece la colaboración de Nelson, su hijo. Los lectores son crueles cuando se lo proponen, le han mandado a Nelson anónimos al diario diciéndole que no heredó el talento de Alonso Peralta, su padre, el reportero policiaco que desde finales de los setenta comenzó a darle un verdadero tratamiento literario a las noticias transgresoras de la ley: suicidios, crímenes pasionales en los moteles de mala muerte, parricidios… Y luego, por si fuera poco, la ola de secuestros, de desaparecidos y de ejecuciones. «Pero ya a nadie le extraña, la violencia diaria se hace adicción en la gente, en los lectores, es como los fármacos que se usan para conciliar

el sueño y controlar la ansiedad», es la idea que Alonso no se puede desprender de la cabeza.

Está reposando en el porche, siente el aire frío en la cara pero no le incomoda. Repasa una a una las planas de la sección porque a veces lo que escribe y envía Nelson a la redacción lo dejan mal editado por ahí, medio escondido. Una plana y otra: no hay nada. Se detiene entonces en un encabezado que le llama la atención: «Madre envenena a sus tres hijos», luego lee los balazos: «Antes le reclamó infidelidad a su pareja/Tomó la fatal decisión». No había reparado en esa noticia cuando le dio el primer repaso al diario, así que la revisa toda, de principio a fin. «Lugares comunes», se dice. Avienta lejos el diario. Reposa echándose hacia atrás, en un viejo sillón de madera que puede reclinarse. Se coloca una almohada para sentirse más cómodo. Su último y mordaz pensamiento, antes de caer en un breve letargo, es Marcia. La fijación en *su* Marcia y lo que supone la complicidad de J. Galindo en el proceso del cambio de personalidad: «Ya es otra y es la misma», cierra los ojos mientras escucha el sonido del Universo. En eso cree él.

El invierno arriba, la tarde aquí y más allá el eco del Universo.

Ø

«Es como si perdiera el sentido», piensa Nelson cuando entra y lo descubre ahí, como una pasta de cantera.

—Está respirando, mira su pecho —le explica Bruno innecesariamente a Nelson—. Alonso duerme, déjalo.

Ni Norma ni Nelson pensaron en algo más que no fuera eso.

—Déjenlo así, ya se despertará él solo —indica Norma quitándose un pasador que carga en un abundante mechón de pelo que se le forma arriba, como una pequeña torre de estambre. Norma tiene los dedos largos y los ojos plenos, de un brillo desconcertante—. Mientras ayúdenme a sacar las cosas de la cajuela y preparar algo para la cena —ordena.

El sonido del Universo se hace intenso y Alonso despierta. Percibe un zumbido momentáneo como de abejorro adentro

de los oídos. «¿Qué es esto?». El abejorro se aleja. Alonso se levanta y va y toma dos bolsas de plástico que habían quedado dispersas en la cajuela del auto.

—Deja ahí, abuelo —le dice Bruno.

Alonso lo ignora. La bolsa lleva latas, pasta de harina y mantequilla. Se queda, sin embargo, inmóvil y en silencio, abriendo grandes los ojos. Luego deja las bolsas sobre el mosaico del piso y va por el diario. Lo levanta, lo extiende:

—No aparece tu colaboración, Nelson.

—Descansé, no fui a la redacción —dice Nelson.

—¿Ya viste esto? Mira el caso de esta pobre mujer, ella misma envenenó a sus hijos —le extiende las planas maltratadas del diario a Nelson.

—Leí el boletín de prensa, Alonso.

—Qué espanto.

—¡Hey! Alcánzame esa bolsa que has dejado en el piso —pide Nelson.

Alonso obedece:

—Hambre y celos… Por eso se han cometido tan-tas locuras en el mundo —dice y ve cómo Nelson le da la espalda, alejándose, pero alcanza todavía a escucharlo—: ¿Y qué se dice de los sacrificados y desaparecidos en el país? Se ha escrito mucho del tema, hasta el hartazgo y nadie mueve un dedo.

Quizá por eso Nelson comprende el poder de la imaginación de la que hablaba Alonso, «la única defensa ante la maldad humana». Por eso Nelson le permite que siga escribiendo, ya desordenadamente, ficciones sobre una realidad adversa y cotidiana. «Que las escriba como pueda», repasa Nelson.

Entra a la cocina detrás de él Alonso y se detiene justo entre Nelson y Norma.

—No puedo abrir ese refrigerador porque me estorbas, Alonso —dice Norma, agobiada.

El tiempo que Nelson se lleva con él a Alonso, a Norma se le hace eterno. «Es comprensible, a lo mejor», medita él cuando percibe ese tipo de reacciones. «Estorbas», le ha dicho ella. «Estorbo», piensa Alonso. Se le enciende la cara, se le ve de un rojizo elevado como las tardes cuando el sol se va clavando a lo lejos, sobre las montañas. «Estorbas, Alonso»,

repite. «Estorbo como estorbaba ya en la redacción del periódico», piensa. Mete las manos a los bolsillos y no dice nada, parte del pequeño ausentismo que les explicó el médico J. Galindo. Largo, largo… se le hace largo y marchito el tiempo. Luego de ese periodo del pequeño ausentismo, Alonso se las entiende para ir reconociendo poco a poco otra vez su entorno, su espacio. Es como si despertara, como si su mente se aclarara, como si saliera de una profunda oscuridad. Toma conciencia y se cubre los ojos con la palma de las manos. Se hace a un lado hasta que otra vez escucha a Norma pidiéndole que le deje espacio:

—Estorbas, Alonso.

Nelson la mira y, sin palabras, le suplica que lo deje en paz. La toma del brazo y la aleja de su padre:

—¿Puedes tranquilizarte? —dice él.

—¡Dios! Ahora no, Nelson —dice ella.

Él trata de explicarle que Alonso está enfermo pero eso es volver a lo mismo, sólo a lo mismo, al disco vuelto a escuchar cien mil veces. «Dame tiempo, veremos pronto qué determinación se tomará», piensa decírselo a ella pero se escabulle antes de que a él le dé la oportunidad de hacerlo. Nelson baja la guardia:

—Entiéndelo —dice apenas.

—Entiéndeme tú —contesta Norma—. Yo no soy una enfermera.

Ø

Alonso Peralta, el detective privado que hizo estudios por correspondencia hace años, cuando vio la convocatoria en la contraportada de una historieta, ha sido, en términos justos, un autodidacta. Tiene la facultad (o la tuvo a decir del director del periódico que lo retiró casi contra su voluntad), de poseer una desbordante imaginación. Tardaba más en leer los boletines de prensa que le enviaba la Procuraduría General de Justicia —incluidas las fotos de los implicados— cuando ya él había creado su versión de los hechos. Insólito. Sabe que el apego a la verdad es vital en estos casos: la nota roja no es igual a la que aparece en la sección de sociales, no.

Pero Alonso, en su poder de inventiva que estallaba brillante como la pólvora en el cielo, supo también, desde que se inició en el oficio, que casi en todos los hechos dados como verdad se esconden muchas cosas que el poder, así lo dijo, no permite que el común de los lectores se entere. «Falsean las cosas», solía expresarlo a los estudiantes de las nuevas generaciones cuando lo invitaban a dar una charla en cualquier escuela de Comunicación. Y entonces él daba a conocer el contenido de la información pero enseguida recreaba los sucesos. Al inicio la novedosa idea tuvo una demanda inesperada: se leía bien. Nelson fue aprendiendo porque Alonso lo preparó para eso. «Si alguna vez me largo, me muero, tú seguirás en esto». Pronto supo que Nelson, su propio hijo, sería reportero de nota roja, sí. Y ya: de ahí no pasaría. «No vas a cruzar esa avenida de la invención nunca», se lo reprochó Alonso. Nelson, simplemente, no lograba crear personajes ficticios, otorgarle a *eso* que le enviaban como verídico el llamado «beneficio de la imaginación». Alonso Peralta fue lo contrario. «Todo culpable puede que no lo sea» y lo ejemplificaba. Y de ahí lo demás, la historia, la para él verdadera historia, escondida en lo más profundo del alma humana. Él mismo, en sus pesquisas como aficionado detective, corrió los velos que cubren la impunidad. No lograba cambiar las cosas pero «la supremacía de la imaginación rompe las barreras de la injusticia», redactó en su pequeña libreta de cubierta negra y en tinta sepia, su tinta favorita, la de la pasión.

Terminan de cenar algo ligero y Norma levanta los trastes, no mira a nadie. Bruno dice que se va a dormir y Alonso le pide que se quede un rato más con él.

—¡A dormir! —le ordena Norma.

Afuera aún está nublado.

—Así estará estos días, según el meteorológico —dice Nelson.

—¿Cuándo me llevarás a consulta? —pregunta Alonso.

Nelson no oculta su asombro: «Se está olvidando de lo inmediato, se olvida de lo inmediato».

Norma termina de levantar la mesa y se acerca hacia Nelson para decirle bajando el tono:

—No se acuerda de nada… Será mejor que duerma ahora,

¿comprendes por qué te digo que debes buscarle un centro de ayuda o un albergue?

—Quisiera irme a mi casa, Nelson —dice Alonso.

—Mañana temprano estarás allá. Mira la hora, es tarde.

—Aparentemente —responde Alonso.

Ø

Amanece.

Entra la luz a través de las persianas. Alonso enciende la radio. «¿Por qué no habrá un televisor en esta miserable recámara?», piensa. Cambia una y otra vez la sintonía. Le da un repaso a todas las estaciones de AM y luego hace lo mismo con la FM. Nada. «¿Qué pasa?, ¿qué pinche mañana es ésta que no me da una sola noticia criminal?», se dice sentado en la cama, acicalándose el pelo. «No puede ser que los minutos sean blancos como los glóbulos», ríe. Busca y no encuentra nada: deportes, política, incluso cultura… Escucha por fin: mutilados, hombres y mujeres mutilados. El país en la violencia extrema, en la inseguridad total. Él no recuerda, en el pasado reciente, algo parecido. Busca un lápiz y una hoja de papel entre los objetos de Bruno y copia como puede lo que oye:

Fueron hallados los cuerpos mutilados de cinco personas sobre una carretera al norte del país. La Policía explicó que algunos de los cuerpos localizados en la madrugada se encontraban en bolsas de plástico y otros al descubierto. Alrededor de las (...) ¿cuatro de la mañana? arribaron al lugar las autoridades y, según el Servicio Médico Forense, del total de las víctimas tres son hombres y dos mujeres. El hallazgo generó la movilización de todas las corporaciones de seguridad, incluidos el Ejército y las policías federal, estatal y municipal, que mantuvieron cerrada la zona para el levantamiento de los cadáveres.

Aunque escribe lo más rápido que puede, busca luego la

ampliación de la noticia. No encuentra nada. No hay constancia del lugar exacto en el que se descubrieron los cuerpos, dejan los datos incompletos…

Oye afuera un ruido de pasos. Es Nelson, quien llama a la puerta:

—Alonso, levántate, debo llevar a Bruno al colegio y vamos a tu casa por el medicamento.

Alonso entreabre y lo mira confuso, como lo mira estos últimos días.

—Me duele la cabeza y más con estas noticias —le extiende el escrito a Nelson—. Puedes usar todo eso para el periódico, esa nota es reciente, yo me enteré por la programación de la radio —dice Alonso.

Nelson lee de corrido:

—¿Tú has escrito todo esto?

—¿Quién más? —le dice Alonso—. Quién más…

«A lo mejor el diagnóstico de J. Galindo es erróneo, Alonso es más coherente que cualquiera de nosotros», piensa. Y recuerda, otra vez recuerda: «Son pequeños ratos de ausencia, de olvidos; tendrá otros muchos más de extrema lucidez, pero irá olvidándose de lo inmediato».

Se quedan en silencio.

—Una muestra más de que este país es un polvorín —dice Nelson con la idea de que Alonso no se sienta inútil y de que crea que de algo le ha de servir lo que él ha escrito—. Cámbiate porque nos vamos. Veremos qué desayunamos en el camino.

Nelson baja por la escalera, Bruno lo espera.

—Se hace tarde, abuelo.

—Ya voy, aguarden.

Nelson deja el escrito sobre una mesa que está en la estancia, abajo de una lámpara que usa como pisapapeles. Atrás viene lento Alonso.

—Abuelo, no me dejarán entrar al colegio —dice Bruno.

—En apariencia —responde él—. ¿Me vas a llevar mi casa, verdad? Me urge hallar el retrato aquél de Marcia y no descansaré hasta que lo consiga o lo rehaga —se dirige a Nelson.

Norma prefiere no salir de la recámara y a Nelson regresa como de lejos esa sentencia: «Yo no soy enfermera».

«¿Qué tal si buscas ya un centro de ayuda?», le dijo anoche Norma, un poco antes de que se quedara dormida. «No tengo dinero y sería inhumano —le respondió—. Estará lo menos que se pueda aquí, en casa, te lo prometo», concluyó Nelson.

Alonso tiene el periódico donde se enteró del asesinato múltiple de una mujer a sus hijos por hambre y celos. Antes de salir se lo entrega a Bruno:

—Date cuenta de lo que dice ahí, después piensa que no todo es verdad y escribe una ficción pensando en lo que pudo suceder y que nadie más que tú conoce. Es decir, escribe tu propia versión de los hechos. ¿De acuerdo? Te lo dejo de tarea, tú sí serás un buen reportero y escritor, ya verás.

—¡Otro periodista en la familia! —sonríe Nelson—. La verdad, Alonso, me ha dejado muy inquieto tu resumen de los mutilados, déjame ver qué más encuentro para escribir algo.

—Ya deberíamos estar tan adaptados a la violencia como a los sismos, ¿no lo crees?

Mientras, Bruno guarda el diario en la mochila y dice que en cuanto pueda redactará lo que Alonso le ha recomendado.

—Ha salido el sol —dice Nelson—. Hoy no va a llover.

—En apariencia —contesta Alonso mirando hacia el lado de las calles.

—Ah, Alonso, creo que te retiraste a tiempo, están desaparecidos dos reporteros que cubrían la fuente policiaca en un medio de la Ciudad de México; debo hoy monitorear la noticia. Me encargaron ésa y otra más de una banda de pedofilia.

—Y habrá más ejecutados, creo. Vivimos en la violencia y en la impunidad. Aquí tienes un título para tu colaboración de mañana: «Entre las tinieblas de una ingrata noche violenta» —dice Alonso—. ¿Y nunca te acordaste de la frase que te dicté ayer? Era perfecta.

—Haré memoria, Alonso, haré un esfuerzo.

—¿Qué sabes de tu madre? —Alonso cambia abrupto el tema de la conversación.

—Está bien, dijo que vendría.

—Si se lo permite el Pastor chantajista.

—El doctor J. Galindo quiere que ella te acompañe a consulta, te juro que no sé para qué —dice Nelson.

—No creo que el metiche de J. Galindo pretenda que ella vuelva a casa. ¿Cuándo me van a llevar? ¿No podría ir yo solo?

«Ayer estuviste en su consultorio», está casi por decírselo Nelson pero se contiene. Esas pequeñas ausencias, esos pequeños vacíos.

—Ahora que dejemos a Bruno vamos a desayunar algo. No has tomado el medicamento. Mientras yo me voy a trabajar te quedas en tu departamento, no te vayas a ningún lado más.

—Aparentemente —dice Alonso.

Bruno entrecierra los ojos, los tiene irritados, consulta el reloj y toma la mochila, están a unos minutos de distancia del colegio. La mañana se sigue abriendo.

Ø

«Un asilo, un pinche asilo, un cruel argumento de Norma», piensa Nelson. «Está bien, no puede ni tolerarlo», sigue metido en esas reflexiones que le llegan como si se tratara de una defensa ante los ingratos momentos que van apareciendo.

Alonso mete la llave a la cerradura y no logra darle la vuelta. «Le hace falta algo de aceite», piensa. Abre y de inmediato se dirige al baño a lavarse la cara. Odia no hacerse el aseo. Deja abierto el grifo de la llave y se echa encima el agua tibia, se remoja el pelo. Se ve en el espejo: «Ahí estás, Alonso. Aquí estás, Alonso, ya en tu casa», se dice.

Nelson aguarda afuera.

—No me iré hasta que te tomes el medicamento, Alonso —alza la voz.

—No hay problema, sólo alcánzame esos frascos que están por ahí, búscalos…

—¿No tienes inconveniente de que venga a visitarte Lorena?

—No, no lo hay, aunque casi estoy seguro de que le pondrá trabas ese inútil e hipócrita Pastor —dice Alonso secándose los labios con una minúscula toalla.

—Olvídate de una vez por todas del Pastor.

Cuando Alonso calla es porque sus ideas comienzan a extraviarse. A Nelson lo asusta esa mirada de pájaro

indefenso y esa respiración y su pecho que salta como una libre en el campo. «Quizá no debí tocarle el tema en este momento», se arrepiente Nelson pero ya no puede remediarlo. Espera sólo la respuesta:

—Ojalá venga —dice Alonso.

—Va a venir en un rato más. Esperaré a que Bruno salga del colegio y te llamo, es seguro que Lorena andará por acá.

—Aparentemente —dice Alonso—… ¿Y a qué viene?

Ø

Mientras espera a Lorena busca, en lo que le queda de los viejos retratos hablados, el de Marcia. Ahí debe de estar, traspapelado. Tiene muchos recortes de nota roja. Las suyas, las propias, las tiró a la basura Lorena poco antes de abandonarlo para irse al lado del Pastor, como lo bautizó él. No intentó detenerla: «Los ciclos se cierran», se lo hizo ver a ella. Él tampoco se sentía ya a gusto a su lado. Un breve lapso de tiempo mantuvo una relación medio tortuosa con una reportera que cubría la fuente de sociales en el mismo medio: incompatible para él, para un Alonso Peralta que le llevaba casi treinta años. Dejó de verla y se quedó solo. Solo. Y al poco le comenzaron a llegar las pequeñas ausencias, los «olvidos que cualquiera puede llegar a tener», dijo defendiéndose del dictamen de J. Galindo. «Y Nelson tiene además miopía cerebral, todo lo cree de J. Galindo», pensó Alonso.

Y los pequeños olvidos se hicieron más frecuentes al paso de los días.

Fuera de esos malos momentos, su salud es buena. Le han prohibido las cosas que más le gustan y, de acuerdo con él, están haciendo más alharaca de la que se debe. Pero no es así, Nelson está preocupado.

Alonso sigue sacando fotos y documentos de un armario: muchos retratos hablados, una que otra ficción policiaca, unas cuantas notas periodísticas, «las que olvidó echar a la calle Lorena», piensa y las ordena poniéndoles un clip.

«Ese cabrón retrato se perdió», Alonso es obsesivo.

Se le ocurre entonces que debe regresar con J. Galindo

antes de que llegue Nelson. Sabe bien dónde vive, ahí mismo tiene su improvisado y polvoriento consultorio. No pierde nada. Es posible que no lo halle, al mediodía J. Galindo está metido en sus libros de neurología o de medicina legal o en una novela policiaca, a esa hora no recibe a nadie.

Alonso siente que los minutos pasan. Espera, decide esperar un poco más. «Si no llega Lorena tomo un taxi y me largo de aquí», se dice el obsesivo Alonso Peralta.

Se entretiene releyéndose en los muy pocos viejos impresos de su autoría.

Pareciera que nunca se le va a olvidar que Lorena, una tarde que bebió de más, echó a la calle todos sus recortes periodísticos. «Contrata a un adjunto para que los busque en todas las hemerotecas», le dijo. Tarea ardua, imposible: Alonso Peralta trabajó, en variadas épocas, en distintos medios.

Revisa todo lo que tocan sus manos: no aparece por ningún lado lo que busca.

Desiste: «Aquí no encontraré nada». Toma un lápiz Carbone Conté 722B y traza unas tímidas líneas en una libreta cuadriculada, el papel ideal para realizar un retrato hablado. Esa cara que busca, la de Marcia, la tiene nítida, presente. «Buscaré a J. Galindo, él debe darme más datos», piensa.

Guarda de nuevo todo en el archivero, en desorden. Nelson no le dejó los diarios del día, algo grave para su enfermiza rutina de leer hasta los obituarios. Antes que nada siempre toma la nota roja; de lo otro puede prescindir. En el puesto de revistas, ahí cerca, en la esquina, consigue los diarios atrasados, sólo que la prisa hizo que Nelson se olvidara de recogerlos. Decide entonces ir a buscarlos él mismo.

Sale, se da cuenta abajo, ya en la calle, que no le echó el pasador a la puerta. El mediodía está nublado. Se detiene un segundo, piensa en regresar porque es peligroso no haberle puesto seguridad a la chapa. Luego se convence de que nada habrá de suceder. Camina rápido entre el neurótico movimiento de la gente. Siente que le tocan la espalda, siente una palma sobre él.

—¿A dónde vas? —lo interroga Lorena.

Ha cambiado un poco. Nelson nota que se pintó el pelo y trae una larga falda morada con la que casi levanta el polvo del pavimento.

—Voy por el diario, aquí cerca, no tardo, si quieres espérame en la casa; la puerta está abierta, sólo empújala —le ofrece, de cualquier manera, las llaves.

—Iré contigo —dice ella.

—Tendrás líos con el Pastor.

—Vamos, no quiero que comiences otra vez…

Ø

—Fíjate bien si nadie entró a robarse mis cosas —Alonso le explica que dejó la cerradura sin la adecuada protección.

—Parece que todo está en orden —Lorena repasa el entorno—. Me dijo Nelson que J. Galindo quiere que te acompañe a verlo, ¿qué querrá explicarme?

—No lo sé, yo no he visto a J. Galindo.

—Nelson me llamó ayer mismo y me dijo que habían ido a su consultorio.

—Lo soñó, yo creo.

«Dios, es verdad, se le olvidan las cosas», piensa Lorena.

—Hay algo que quiero que sepas, siéntate —dice él restregándose los párpados, un tic nervioso—. J. Galindo ya no es mi amigo porque se dedica a los negocios ilícitos. Hace un momento pensé en ir a verlo, debo decirle que podrá engañar al mundo si quiere, sí. A mí no me engaña. Hace tiempo una mujer llamada Marcia Galván… ése es el escaso dato que hallé… —re-gresa al archivero—. Sí, ella, Marcia. Recordarás que yo me ocupé del tema en varias entregas que hice allá hace mucho, mucho tiempo.

Lorena trata de opinar algo pero él no lo permite.

—Deja que termine y luego me dices lo que te venga en gana: esa impecable dama, esa mujer, mató de la misma manera a varios hombres. Ya sabes, el mismo método que no le fallaba. Huyó de la justicia, lo escribí una y otra vez, lo relaté como si fuera un cuento y me pidieron los directivos del diario que dejara el asunto en paz. Recibí amenazas, muchas. Y seguí hasta que me cansé, hasta que me di cuenta

de que nada podía hacer. Marcia nunca se fue de la ciudad: J. Galindo conoció el caso y la llevó a un cirujano plástico para que le cambiara los rasgos.

—¿Cómo sabes todo esto? —alcanza a preguntar Lorena.

—Marcia estaba en su consultorio. Ahí estaba.

—¿Cuándo la viste?

—No lo sé, no lo recuerdo. Apenas busqué el retrato hablado que entonces hice yo de ella pero no lo encontré. No sé si lo tiraste como mis notas periodísticas.

—No me lo vas a perdonar nunca —dice Lorena.

—No puedo olvidarlo —dice él.

—He venido a preguntarte si quieres que te acompañe a que consultes al médico.

—Quisiera ir a verlo, me interesa que me dé datos de Marcia.

—Nelson me dijo que apenas lo vieron pero yo no tengo problema en ir contigo otra vez. Si quieres le llamo ahora mismo.

—Te interrogará el Pastor —responde Alonso.

—Déjate de cosas y dime qué prefieres —dice ella.

—Ahora quiero leer el diario y hacerte el amor, ya no sé ni lo que es eso.

—¡Dios, Alonso! Ésas son sandeces.

—Perdón, sé que no te debo hablar de esto —dice él y se dispone a revisar los diarios. Plana por plana, las repasa nervioso—. Ahora sí, aquí está el reportaje de Nelson. Inocuo, no se me hace interesante y se lo diré en cuanto lo vea. Esta mañana le di un resumen de una buena noticia que escuché en la radio: debe darle seguimiento a la noticia ésa, una cuestión compleja acerca de unos cuerpos mutilados que aparecieron, aparentemente, en una ciudad del norte; no capté donde, dieron la noticia incompleta. Y esto que publica hoy Nelson no tiene gran interés.

Lorena se prepara un café.

Alonso continúa metido en la lectura, deja en un cesto de mimbre los anuncios clasificados, la sección de sociales, los anuncios de línea blanca, todo lo que no es de su interés. Le echa un vistazo fugaz a la sección deportiva y selecciona lo policiaco. Nelson, su sucesor en los medios, publica de tres a cuatro notas diarias. «Se dedica a reproducir los boletines de

prensa, no es creativo», piensa él.

Casualmente, Alonso encontró una rara investigación en una librería de viejo. Es un texto que consulta seguido porque, a pesar de que fue editado en un tiro de cien ejemplares en 1962 como motivo de tesis, sigue vigente. Nelson tiene una copia que él le dio. Alonso le da el crédito como debe de ser. Es particularmente singular ese material que lleva por título *Catarsis de la nota roja*. Su autora es Elva Szclar de Bialostozky. No hay mayores datos, es como un misterio más a resolver. *Catarsis de la nota roja* lo publicó la Universidad Femenina de México pero Alonso no sabe si esa universidad lo sigue siendo, de existir por ahí extraviada en algún punto de la ciudad, mínimo un par de ejemplares deben andar escondidos en sus archivos.

—Mira, fíjate en lo que Nelson publica hoy —di-ce Alonso.

Lorena deja la taza encima de la mesa y lee: «No, no tiene gran interés», piensa ella. Abandona el periódico, sigue tomándose el café.

—Y dime, Alonso, ¿qué día te viene bien para la consulta médica?

—No creo que te importe mi salud; no quiero volver a un consultorio médico donde no hay una secretaria que atienda las llamadas telefónicas. J. Galindo es un caso —responde Alonso—. O sí, corrijo: sí voy a verlo pero para que me diga, que me lo confiese, dónde diablos esconde a Marcia. ¿Te imaginas que sea yo, Alonso Peralta, quien dé la primicia? ¡Bah!, se morirían de coraje y de envidia mis colegas. De cualquier forma hoy mismo comenzaré a escribir lo que recuerdo. Es una lástima que hayas tirado mis notas a la basura, ahí estaba todo lo de Marcia. No me mires así, igual todo lo tengo aquí —se toca la frente—. Puedo redactarlo de nuevo.

—Eso es un asunto cerrado, Alonso —dice Lorena—. Ya no pierdas tu tiempo.

—Será una gran noticia —contesta él—. Un caso reabierto. Aparentemente.

Ø

Lorena se lleva bien con Alonso. Son amigos, las costumbres son como las adicciones. Se conocieron jovencísimos, vivieron juntos hasta que vieron crecer a Nelson. Y un día se percibieron distintos y distantes, sin cosas en común. Lorena dejó de beber porque no tuvo otra alternativa. Se vio mal, enferma. Le dio miedo el futuro. Pero ya no tenía tampoco nada qué hacer al lado de Alonso, incompatibles irremediables, incluso en la intimidad. Alonso, el reportero Alonso Peralta, conoció a una periodista que lo inquietó más de lo que él mismo suponía. Y Lorena se largó sin cargos de conciencia al lado del Pastor, Alonso así lo bautizó, quien en su momento la ayudó a sobrevivir sin alcohol. Cuando se separaron, Alonso anotó en su libreta los versos de un poema de Gaspar Aguilera:

> no te preocupes amor mío
> aquí no ha pasado nada
> como dos pájaros salvajes que coinciden un instante
> en el mismo alambre a contemplar la tarde y el
> paso de los trenes

Y ya, de algo los salvó a ambos la separación, no llegaron a los niveles de las parejas que se atan para destruirse poco a poco.

Lorena se levanta, piensa lavar los trastes que Alonso tiene acumulados pero él le dice que deje eso como está, que no es su sirvienta.

—Déjame, por lo menos les echo agua —insiste.

«Se ha teñido el pelo, horrible», piensa Alonso.

—Me debo ir —dice Lorena.

Entonces él se le acerca y le besa la mejilla:

—Me doy miedo, me da miedo el mundo —dice Alonso.

—Debo irme —insiste ella.

—¡Dios! Debo *aporrear* la Remington —responde Alonso.

Ø

Alonso tiene sueño, pasó una mala noche en un territorio que no es el de él, no está habituado a dormir en otra habitación o en otra cama que no sea la suya. Despertó a breves intervalos, inquieto. Luego ya no pudo concentrarse. Sus técnicas de relajación, sus «anacrónicos métodos de respiración», como dice J. Galindo, fallaron. Duerme menos ya, se llega a una edad en la que se va durmiendo menos. Habitualmente, Alonso enciende el televisor a las seis de la mañana, enciende lo mismo el radio y espera, hace un poco de tiempo para salir, dar un paseo y recoger los diarios. Alonso tiene la habilidad de ver la televisión y escuchar la radio. Pone atención a todas las noticias de nota roja. Desecha las que no le sirven para levantar ficciones y deja las que, a su juicio, son interesantes. Tiene datos estadísticos: sabe en qué época del año se dan los mayores suicidios, incluso la forma en que la edad influye.

Pasó una mala noche, de vuelta en una cama impropia, en una casa ajena. No le gusta la insistencia ni quedarse en la casa de Nelson. Él dice que puede arreglárselas solo. En casa de Nelson no se siente bien, percibe el rechazo de Norma y de eso ni Nelson ni Bruno tienen la culpa, es ella la que simple y llanamente no quiere saber de él. «Tampoco tiene por qué fingir nada», piensa reclinado en un sillón de la sala. Hay desorden, mucho. Los diarios abiertos en el piso, los trastes apilados, algunos libros fuera de su lugar. Tiene sueño, levanta los diarios y vuelve a repasar las notas de Nelson. Es probable que Nelson hubiera preferido otra profesión, otro oficio, pero Alonso lo encaminó, lo hizo reportero policiaco desde que estaba en el vientre de Lorena. «El tonto no pudo hacer retrato hablado, ya se verá si Bruno lo logra», piensa. Busca la mitad de una tableta de Rivotril, ese medicamento lo relaja. Otra vez (las obsesiones son malditas) le viene la evocación de Marcia. «Si voy e interrogo a J. Galindo lo pondré en alerta: no puedo ser tan torpe», se dice y va quedándose dormido. La mirada acuosa de Lorena lo ha dejado inquieto. Repara, antes de caer en un sueño ligero, que toda su vida gira en torno a un eje, lo policial: noticias, personas, familia. Todo: un médico detective como J. Galindo, un hijo reportero de nota roja quizá sin habérselo propuesto, un nieto como Bruno a quien trata como si tuviera

más edad y a quien quiere hacer un especialista del reportaje y el retrato hablado. «Debe tener cierta razón Norma, puede que no sea lo de él», cae en uno de esos estados donde no existe el sueño, donde tampoco nada es real.

Afuera hay tanta violencia.

Mueve las manos, se ve los dedos: «Debo aporrear la Remington», piensa. Piensa

(OJO/ Título pendiente)* * *
Columna: El día de los hechos
17 de enero 2012
Por Alonso Peralta

UNO
La noche del martes miércoles (corroborar fecha), la policía federal descubrioo en un paraje del perteneciente a Torreón, Coahuila, una estado del norte del país los cuerpos dellogados de tres reporteros, dos de ellos cubrían la fuente sindical del diario BCD, según se desprende la de las primeras investigaciones.

Los nombres de los reporteros son Julián García Soto, quien tenía tiempo cubriendo la noticia para BCD, lo mismo que Abraham Tenorio Ramos. Al tercero, reportero gráfico, se conoció en los medio como Bundy, así firmaba sus grabados aunque su nombre era Armando Espinosa García. Los cadáveres se hallaróon después de una semana de que se había denunciado su desaparición.

El macabro hallazgo (evitar macabro, lugar común)
El hallazgo fue accidental, ya que se debió a que un miembro de una familia que paseaba pr por el lugar notó la presencia de una mano ya con necrosis a flor de tierra, además del hedor que de ahí se desprendía y de las moscas que inundaban el lugar como una sombra verde (así se llama una canción de Luis Arcaraz).

No hay culpables, la investigación continúa (revisar los boletines de prensa de la PGJ). Los avances se darán a conocer en cuento cuanto los forenses entreguen su reporte del caso. (sólo dejar su reporte).

Independientemente del avance de las investigaciones,

México sigue sumido en el terror, en el miedo.
(PAUSA, informarse de hechos violentos pasados contra trabajadores de la información)

1*. ( )
La Fiscalía Especial creada contra delitos a los periodistas, ya ha tomado el caso, mientras nos preguntamos: ¿Qué sigue? ¿Qué nos espera?

(OJO) ANEXO (Colocar luego del párrafo que indica PAUSA):
1*. ( ) Los mexicanos no debemos perder la memoria histórica: en sus distintas épocas y dentro de su estilo, las administraciones del pasado han sido represssoras terriblemente represoras. En la década de los cincuenta los grandes movimientos sociales fueron reprimidos: el Movimiento de los Ferrocarrilero, el Movimiento Médico y el Movimiento Popular Estudiantil de México en 1968 tuvo una única respuesta: las bayonetas y las balas que Díaz Ordaz, el presidente de la república, mandó disparar en contra los manifestantes. En esta época hubo también persecución a los diarios y a los los periodiosyas periodistas independientes; silenciaban las voces críticas.

DIOS DOS
Después de varias denuncias anónimas fue capturado un hombre que se dedicaba a violar y a robar a las mujeres solas que se encontraba en los parques de las inmediaciones de la zona del Centro Histórico. Aprobechaba Aprovechaba la oscuridad para esconderse atrás de los árboles cubriéndose la cara con una máscara de orangután. En su declaración preparatoria confesó su participación en lso los hechos y dijo que al verle la máscara las mujeres se desmayaban, indefensión que él aprovechaba para llevar a cabo sus propósitos. Conocido como el Violador del Centro, ya se encuentra recluido en el CERESO.

TRES
Quemado vivo: luego de una discusión en un taller mecánico al sur de la ciudad, uno de los trabajadores, bajo el influjo de las drogas y fuera de sí, le echó encima la gasolina que tenía cerca a su víctima y le prendió fuego para darse a la fuga con el auxilio de sus amigos. Ya lo busca la policía. Su nombre es Romeo López Ramírez.

Alonso se da cuenta de que le han brincado encima los minutos. Entran Nelson y Bruno. Él extrae las hojas de la Remington. Sin necesidad de que se lo pregunten, explica:

—Es mi columna para mañana.

—¿A dónde la vas a enviar si ya no colaboras en ningún lado? —pregunta Nelson.

Entonces Alonso baja la mirada y no sabe qué responder.

Bruno sólo abraza al abuelo.

—No pude hacer la tarea que me dejaste, Alonso —dice.

—Me imagino que vino a verte Lorena, ¿no es así? —lo interroga Nelson.

—Lorena… sí, vino a verme, sí —dice Alonso.

—¿Se pusieron de acuerdo en algo?

—No, en nada.

—¿Te llevará a consulta? —pregunta al tiempo de limpiar sus lentes.

—No lo creo, puedo ir solo.

Nelson sabe bien que él no podrá ir solo.

Alonso deja las hojas encima de la mesa y Nelson le pregunta si se siente bien. Alonso está sudando.

—Después me traes la tarea, Bruno. Sí, me siento bien, me quedaré aquí. Aquí. Igual saldré a comer algo, no te preocupes, no pasa nada —dice—. Ah, eso lo escribí para no perder la costumbre ni el oficio, nada más…

Nelson lee lo que Alonso acaba de escribir:

—Esa manía tuya de meter letras de canciones. ¿Esto lo has copiado de algún lado? —pregunta.

—Lo redacté yo mismo, ¡por qué no puedes creerlo!

«Hay lucidez y pequeños olvidos —piensa Nelson—. Ojalá hubiera en él más y más lucidez».

Ø

3

Alonso sale de noche. Le gusta la noche pero no sabe a dónde va. Camina solo. Nelson suele llamarle antes de irse a la cama para cerciorarse de que las cosas vayan en orden. Y Alonso no lo ignora y se acuerda. Momentáneamente pero se acuerda. «Ojalá piense que no quiero responder». Se olvida de lo inmediato, a veces se olvida de lo inmediato.

Sigue caminando.

No sabe por qué va a la 6 Poniente, a La Concordia, al mismo lugar a donde lo llevó apenas Nelson un día antes.

—¿En dónde demonios se mete la Dama? —le pregunta a la mesera.

Ella le responde que tiene poco trabajando en el café y que no conoció a nadie así, como la Dama.

—¡Dios, necesito hablarle, se llama Delfina! —di-ce Alonso.

—Lo siento pero ya le dije que no conozco a ninguna Dama.

Alonso se sienta junto a la rockola. Ya no funciona, es un simple adorno de la casa.

—Hace ya mucho tiempo que no había entrado a este sitio —dice Alonso—. La última vez que lo hice traje a cenar a Lorena. Y de ella me separé hace tanto que ya no lo recuerdo. ¿Usted conoce a Lorena, verdad?

—No señor, tampoco a ella la conozco —responde la mesera, inquieta.

—Todo está de cabeza, pero aquí se puede estar tranquilo, aparentemente, mientras no disparen cuernos de chivo desde allá afuera.

—¿Cuernos de chivo? —la mesera se desconcierta y toma la orden.

—Sí, de chivo. Café, un café. No me tome a loco… Los ajustes de cuentas… Aquí mismo… Mire, para su conocimiento yo soy Alonso Peralta, reportero de nota roja y dibujante de retrato hablado. Y conozco demasiado de todo esto.

—Pues por eso habla así, ya lo voy entendiendo —dice la mesera y se aleja, no tarda: lleva el café. Es tarde. Alonso se lo toma caliente, rápido. ¿Café? Si nunca toma café. J. Galindo le prohibió el trago: «Ni una gota, te hace daño», le dijo.

Los años ya pasaron y ya nada es igual, todo ha cambiado. Alonso se acuerda de cómo era La Concordia a finales de los setenta, cuando él llegaba ahí saliendo de la redacción a tomarse una cerveza y la Dama lo consentía.

La mesera lo observa de lejos. Él la llama otra vez:

—Quiero más café, señorita —le dice y le pregunta cómo se llama.

Ella responde: «Carmen», y da media vuelta.

—No tarde, Carmen.

—Enseguida, señor —dice ella, y antes de irse—: Señor, ayer usted estuvo aquí —se atreve a recordarle.

—No lo creo. ¿Dónde se esconde la Dama? ¿La rockola ésa funciona? Le puedo decir qué discos tiene. Todos los he escuchado.

A ella se le hace raro, muy raro. Sin embargo decide ya no comentar nada y finalmente se va.

La Concordia tiene una barra enorme, de granito. Ésa es la misma. A los lados las mesas de superficie verde y las tazas grandes, blancas y rotas de los bordes. Le traen el segundo café a Alonso y él comienza a tomárselo más tranquilo, volteando la cara hacia los lados. Se le ocurre fumarse un Marlboro. No debe hacerlo pero busca una cajetilla en el mostrador, atrás de la barra. Fuma. «Aquí sólo falta Julio Jaramillo», se dice. Es el único establecimiento que permanece abierto toda la noche.

Él dejó de ir a La Concordia porque le dolían las evocaciones, las noches que lo acompañaban Lorena y los amigos de oficio. Y de pronto se explica el por qué ha regresado: lo que le lastimaba como un clavo en la piel se ha tornado nostalgia. ¿Quiere recuperar acaso a Lorena?

«Eso es tarde, imposible», se dice.

No le fue bien el tiempo que estuvo unido a la joven que conoció casi sin esperárselo, sin planteárselo. Esa relación duró lo que un rayo en el firmamento. Luego se quedó solo; Lorena lo veía de vez en cuando hasta que el Pastor, tal y como lo llama Alonso, se lo prohibió sin rodeos: un hombre celoso y atormentado. Lleno de contradicciones internas, cambió de modo de ser y por completo a Lorena, al grado de que durante un buen tiempo ella dejó de visitar a Nelson y a Bruno. Lorena pocas veces ha hablado con Norma, jamás hubo empatía.

Alonso se da cuenta de que está solo, escandalosamente solo. «Llega el instante en la vida del hombre en el que uno comienza a sentir el terror al silencio, a los espacios abiertos, a las alturas. Y alguna vez habremos de quedarnos solos, inevitable destino», escribió en una bitácora. Y ahora desea recuperar a Lorena. «Se nos agotan las opciones, a mí ya no me quedan muchas», piensa.

Ø

«Un par de cervezas a nadie le caen mal», se dice Alonso cuando ve la taza vacía, sin café. Él nunca se imaginó tomando café. ¿Café? No, un ron añejo, sí. O un Hornitos derecho también. O una Coca-Cola, todo menos café. Se toma dos y quiere pedir un tercero porque lo único que no desea es regresar a casa.

«Se olvida de lo inmediato», Nelson lo dice para sí a cada momento.

Alonso de pronto recrea ese espacio: ahí tiene otra vez a la vieja Concordia, a sus clientes, el barullo y el humo de tanto cigarrillo. Y ahí va pasando Delfina, la Dama, acomodándose los redondos y minúsculos lentes y él escucha *Fatalidad* en la rockola, en la voz de Julio Jaramillo.

Pide una cerveza, ya sin pensarlo mucho:

—Una, sólo una, no me deje beber más —le indica a la mesera.

Le basta un sorbo profundo para exigir la otra y la otra. Se toma tres y decide por fin irse a casa. No lo hace porque sigue

recreando mentalmente, como lo hacía en sus ficciones policiacas, a La Concordia de las «páginas del pasado», como el título de un programa radiofónico. Y al registrar sus bolsillos toma un segundo de conciencia y se da cuenta de que no tiene encima un centavo. Salió sin dinero. «Alguien entrará a salvarme, Dios es grande», piensa.

Se levanta y se encierra en el baño, avergonzado. Luego regresa a la mesa y pide más cervezas. «Total, lo que pase me tiene sin cuidado, a estas alturas de mi vida me tiene sin cuidado». En la puerta del establecimiento se ha detenido husmeando como un roedor el aire del entorno, uno de sus añejos amigos.

—¡Dámaso! —exclama Alonso—. ¡Dámaso, hace mil años no te veo! —dice.

Él avanza a paso lento e inseguro hasta que llega a la mesa.

A Dámaso sí lo conocen en La Concordia. Le llevan cerveza. La Concordia tiene permiso del ayuntamiento para que ahí se ofrezca servicio día y noche/noche y día.

—¿Dónde te metes, Alonso? No sabía nada de ti ni de tus notas, ¿ya no publicas en los periódicos? ¿Qué te pasa? —le pregunta.

—No lo sé, no entiendo ni por qué me corrieron. Me pensionaron, me jubilaron y el último en enterarse fui yo. Nelson está ocupando mi plaza, quizá lo habrás leído, él es reportero como yo y pronto lo será también Bruno, mi nieto.

Dámaso es un hombre alto que usa trajes a la usanza de las películas de los cincuenta. Siempre anda cargando una maleta llena de papeles que no sabe ni para qué le sirven. Es, o fue, abogado. Dámaso es un informador de todos los reporteros de nota roja. Cobra bien y se la pasa de oidor de un lugar público a otro. Tiene todos los contactos del mundo, se sabe todos los vericuetos del bajo mundo. Y su carácter no es de lo mejor: es irascible, de pocas pulgas, pero a Alonso lo respeta y lo defiende.

—Supe que no estás bien, que te enfermaste —di-ce Dámaso.

—Patrañas, son inventos de J. Galindo —responde Alonso —. Él me quiere enfermar, que es distinto. ¿Tú me ves mal?

—No, no, para nada, y eso que la cerveza hace lo suyo.

—Dámaso, tú me puedes aclarar algo… ¿Te acuerdas de esa mujer que siempre traía un cabrón turbante encima y que se hacía llamar Marcia? Su nombre real es…, déjame ver —saca la libreta que lleva escondida bajo el vientre, sujetándola con el cinturón—. Se llama así, Marcia Galván.

—¡Ah! Alonso, ¿y eso a quién le importa ya cuando ha pasado tanto tiempo? Alonso, olvídate de eso y bébete otra cerveza.

—No tengo dinero ni para pagar lo que he consumido.

—Yo te invito, es un honor poder pagar la cuenta del reportero policiaco y detective privado más prestigioso.

—Lo de Marcia tiene una historia larga. Nunca se fugó de la justicia. Te vas a ir de espaldas cuando escuches esto, ella se cambió el rostro: J. Galindo, o más exactamente, un amigo cirujano plástico de J. Galindo lo hizo porque él se lo pidió.

—Estamos borrachos, Alonso —dice Dámaso.

—Un poco, no es para tanto —Alonso bebe de un sorbo la sexta cerveza—. El asunto es que J. Galindo ya se dio cuenta de que yo ya sé que él esconde a Marcia. Mañana le diré a Nelson que no tomaré más sus medicamentos. J. Galindo me está matando.

—Estamos muy borrachos, cabrón —repite Dámaso.

—¡Dios mío! ¿En dónde se metió Lorena? Estaba aquí conmigo.

—No la vi para nada —responde Dámaso.

—Oye, Dámaso, aquí estaba la Dama, no me digas que tampoco la viste.

—Estamos borrachos, Alonso. Definitivamente perdidos. Delfina, la Dama, murió. Fue un descuido, dio un paso en falso fuera de la banqueta y la mató la imprudencia de un retrasado mental que conducía un microbús. Ya tiene mucho, Alonso.

—Maldita sea, no te lo creo, pídeme otra cerveza.

—¿No te separaste de Lorena? ¿Me entiendes ahora? Estamos borrachos, ya no más. Vámonos ya de una vez, se hace tarde.

Dámaso se incorpora.

—Estamos muy borrachos —dice y se va.

Ø

Alonso bebió unas cervezas de más y se quedó dormido.

Entra la madrugada con una oscura humedad. A Alonso le duele la cabeza y no sabe exactamente dónde está hasta que poco a poco reconoce el entorno.

—Se quedó usted dormido, señor —dice Carmen, la mesera.

—Me voy, me deben andar buscando —dice él.

—Si, señor, se quedó dormido, bebió mucha cerveza y…

—Lo sé, lo sé perfectamente —dice—. ¿Y Lorena?

—Usted llegó solo, estuvo solo y se emborrachó solo. Un amigo suyo le hizo compañía, bebió algo, un par de Coronas, y se fue. Ni él ni usted han saldado la cuenta, señor.

—Alonso Peralta, detective privado a sus órdenes, señorita —dice.

Busca en los bolsillos o simula buscar algo en los bolsillos: ni un centavo, nada. No tiene dinero y Dámaso no pagó un peso.

—Me comprometo a regresar a pagarle en menos de media hora, o que alguien me acompañe por dinero, creo que no vivo lejos de aquí. Le dejo mi reloj, es buena marca — hasta entonces se da cuenta de que no lleva reloj. Le pide la hora a Carmen, la mesera.

—Seis treinta de la mañana.

—Qué procede, señorita, dígamelo usted.

—Vendrá la policía.

No puede dejar de soltar una carcajada que se escucha estruendosa en todo el salón La Concordia.

—Vaya, hábleles, todos ellos son mis amigos —di-ce Alonso—. Sólo pido que le llame a mi esposa también, debe andar escondiéndose en el sanitario. Es más, dígale a la Dama que venga, ella sí me conoce…

Ø

Nelson está parado afuera de la puerta de la policía preventiva. «Alonso no tiene remedio», piensa. Le avisaron

porque fue el número telefónico que hallaron entre sus ropas. A pesar de que saben de él, no quisieron dejarlo ir solo. Él es conocido ahí porque iba casi a diario a buscar información. La preventiva era otra de sus fuentes.

Nelson entra y lo ve sentado en una banca de madera, sucia. Tiene los ojos inyectados. No habla, sólo se mira obsesivamente las palmas de las manos, como lo hace cuando le crece la angustia en el pecho. Y no habla porque sabe bien que si lo hace de seguro se pondrá a tartamudear. Tiene frío. Nelson se quita la chamarra y se la pone encima. Alonso baja la mirada.

—No hay mayor problema, puedes llevártelo —le indica un oficial—. Armó un escándalo en La Concordia, dicen que él llegó solo pero que luego alguien estuvo con él un rato.

—¡Dámaso! —dice Alonso en un momentito de lucidez—. Y Lorena me abandonó —explica entrando al horrible terreno del delirio.

—Ya pagué la deuda que dejó en el café —dice Nelson.

—A tu padre lo conocemos, pero si se pierde así será mejor que le pongan una placa aquí —se señala el cuello—. O algo que lo identifique, una pulsera, por ejemplo.

—Yo no me voy sin antes levantar una denuncia contra el doctor J. Galindo porque él le da protección a Marcia Galván. Yo tengo el expediente del caso. Él le cambió la identidad para que no la atraparan, no me canso de decirlo.

—Si quiere puede hacerlo en la PGJ, aquí no se levantan esas denuncias, señor detective privado —le dice burlón el oficial a quien apodan *el Ringo*.

—¿Y a ti porqué te dicen Ringo? De aquí iré para allá, Ringo, ya verás que lo haré, lo sabrás pronto, pronto. Lo sabrán todos, lo prometo.

—Vamos a casa, no perdamos tiempo, debes darte un baño —dice Nelson.

Ø

—Piensa en lo que te he dicho, Nelson —dice Norma—. Hay centros de ayuda para enfermos como tu padre que sí podrás pagar. Él ya no puede estar solo.

—Ya se tomó el medicamento, hay que dejarlo descansar —responde Nelson—. Que se meta a la regadera y que descanse. Le llamaré a J. Galindo, él me dirá qué hacer. Yo tengo que trabajar y tú no eres enfermera, espero que entonces no te opongas a que se quede con él Bruno el fin de semana, sólo unas cuantas horas —dice Nelson.

—Me da miedo. Se empeña en aconsejarle tonterías.

—Bruno es un chico inteligente —dice Nelson.

Alonso no los escucha, no habla.

—…

—¿Estás cansado?

—Un poco, sí —responde Alonso.

Ø

4

—Pero hace años uno investigaba, nos mandaban a buscar en las fuentes —le dice Alonso a Bruno—. Yo leía mucho antes de proporcionar la información. No te lo tomes tan en serio, tú eres muy joven, demasiado joven. Yo te voy a ayudar a hacer la tarea que te encargué, espera. ¿Te pedí que escribieras una ficción? Bien, vamos a escribir un cuento hoy mismo entre los dos, entre tú y yo, sólo que no se lo digas a Norma, ya ves que ella se enoja. Cuando tengas más edad ya sabrás a qué dedicarte. Si el oficio te gusta, pues lo sigues y ya. Es divertido y se llegan a esclarecer datos que la policía ni se imagina. Muchas veces ellos mismos, hablo de los de allá —sube el índice señalando el techo—, los que están arriba, no de Dios sino en el poder, te ordenan que no sigas, que le pares porque, lo explican, hay intereses poderosos que no sabemos. En pocas palabras: la ficción de la noticia policiaca es un peligro, ¿te has dado cuenta? Dame la nota y acércame la máquina de escribir, vamos a aporrearla juntos, veme leyendo lo que está escrito ahí.

Alonso parece entero. Nelson dejó al cuidado de Bruno a Alonso para que no se saliera otra vez. Se tomó su medicamento temprano y está lúcido. O está en los límites: muchas situaciones del presente las olvida, recuerda nítido el pasado y al final los límites se pierden. Bruno le acerca la Remington y le da hojas de papel revolución. Alonso tiene los ojos irritados y la barba crecida y descuidada.

—Listo, Alonso —también aprendió a llamarlo Alonso, pocas veces lo llama abuelo—. Me quedé aquí para cuidarte, no dejaré que te vuelvas a emborrachar.

—¡Ja!, hace mil años no lo hacía. ¿Es por eso que no fuiste al colegio? —pregunta Alonso—. Me sé cuidar solo y no lo

acaban de comprender.

—Es fin de semana, los domingos nadie va al colegio —responde Bruno.

—Aparentemente —dice Alonso—. Resume la noticia, vamos.

—Aquí se habla de una mujer que envenenó a sus hijos porque no tenía para darles de comer, su marido la dejó abandonada. Eso dice.

—Vamos. Mira bien lo que debes hacer: anotas acá el título, luego el nombre de la columna, así:

> Mata a sus hijos desesperada, por hambre (OJO, 14 puntos, cabezal)
>
> Columna: El día de los hechos
> Por Bruno Alonso Peralta
> Domingo 22 de enero

Se escucha en el silencio el ruido de las teclas al golpear sobre el carro de la vieja máquina de escribir.

—Éste será tu nombre de reportero, la tradición es importante —dice Alonso—. Confirma solamente si los datos son correctos.

Bruno contesta: «Sí», «No», «Sí, sí», etcétera. No contradice a Alonso pero lo hace a regañadientes. Se aburre porque él quisiera estar en la cancha de futbol con sus compañeros. Pero Nelson le pidió que se quedara ahí un rato, «unas cuantas horas», le dijo.

—¿Qué sigue, Alonso? —a Bruno se le está haciendo gruesa la voz.

—Debes resumir la noticia, díctame y verás cómo hacerlo. Yo iré transcribiendo, te escucho:

> Laura "Z", una mujer abondd abandonada por su esposo y víctima de violencia intrafamiliar (así se dice) la mañana del día :::::::::::: viernes 13 de enero, decidió envenenar a sus pequeños hijos de 10, 7 y 3 años de edad. Ella misma luego intentó quitarse la vida pero el veneno que ingirió no le hizo efecto, despertó cuando al momento que entró la señora

> “X”, su suegra y descubrió la hooorrible horrible horrorosa escena.

—«Es-ce-na», así se escribe —le pide a Bruno que se acerque a la hoja de papel—. ¡Mmmh! A todas las personas que aparecen aquí les vamos a llamar presuntos, o presuntas, hasta que no se diga que han confesado su participación en los hechos. E*sc*ena, con ese y ce, así. Seguimos, continúa…

Alonso se ve más lúcido que nunca. «Es deprimente ver cómo pasa de la euforia a la tristeza y luego de la lucidez al delirio», le dijo Nelson a Norma cuando ella insistió en que debían ir pensando en un centro de ayuda para ese tipo de enfermos o algo parecido, un albergue porque «esas pérdidas se harán más y más frecuentes, cada vez más frecuentes», dijo ella.

En cambio Bruno apenas sí se da cuenta de esas pequeñas ausencias que avanzan hacia un diagnóstico de alzhéimer, según J. Galindo. Pero Alonso está suspendido aún del péndulo: del olvido a la lucidez, de la alegría al derrumbe.

—¿Seguimos entonces, Alonso? —dice Bruno, poco entusiasmado.

—Espera, vamos a hacer una acotación —responde Alonso —. Eso quiere decir que aquí nos hemos de detener y aprovechar el espacio y meter, sin forzarla, una opinión personal. ¿Qué se te ocurre? Piensa mientras voy por agua.

Deja a Bruno frente a la Remington y no tarda en regresar con un vaso de agua y un sombrero negro que mantiene siempre encima de un ropero.

—Pensé que eras otra persona, Alonso.

—Nada, es sólo un sombrero de un detective privado. Voy a buscar esos cursos que tomé para que los veas y aprendas algo. ¿En qué estamos?

—Pues dijiste que ibas a poner ahí una *cotación*…

—Acotación, tonto, acotación, apréndetelo. Veamos si así queda bien:

> No basta la violencia en la que está el país sumido inmerso. Todos los días, al abrir las páginas de un diario, hay terror; personas que mueren, que son torturadas y desaparecidas

sin que hasta el momento los culpables sean castigados y (por el contrario) gocen mantengan impunidad.

—Hasta aquí la acotación, Bruno, seguimos. ¿Vas captando cómo se escribe una nota policiaca? Las fuentes, la información, tonto, no me mires así, lo que vas a informar, lo que vas a decir, la encontrarás en los boletines de prensa que tú mismo buscarás en la Procuraduría General de Justicia, en el Ministerio Público, en el Centro de Readaptación, etcétera… Hay varias partes, incluso entrevistando a los vecinos que conocían a las víctimas, a personas que trabajaron cerca de ellos, se logra obtener información. No sabes, hay mucho de donde recabarla, lástima que a mí ya no me dejan publicar nada pero tu padre y ahora tú seguirán en esto; seguirán en los medios los Peralta.

Nelson está consciente de los problemas que Alonso comenzó a tener en el medio periodístico al redactar sus ficciones porque, a decir del jefe de redacción, cada vez iba más lejos de sus propios límites. Lo jubilaron sin su consentimiento pues, amparado en la ficción, argumentaba cosas que simplemente a veces le era imposible probar pero que eran creíbles. Era como entrar a los dos planos, al de la vida cotidiana, al del espanto criminal y al plano de la fantasía donde viven los personajes auténticos. Y ya no más.

Nadie había advertido que su salud mental comenzaba a sufrir un deterioro. Al Alonso Peralta, el reportero policiaco más leído en los años setenta en la ciudad, se le prohibió la entrada a las oficinas del diario. «Crueldad de los amos», se dijo Nelson. Y en efecto, Alonso encontró una especie de estúpido consuelo al asegurarse de que su hijo Nelson seguiría en su oficio, «aunque nunca segundas partes fueron buenas», pensó Alonso.

Contradictorio: teniendo tantos lectores, los medios aplicaban la ley mordaza a Alonso Peralta cuando sus ficciones dejaban al descubierto lo más bajo de la vida ordinaria.

Quien llamó a la policía fue la señora “X” pues dijo que al tocar a la puerta como lo hacía usualmente nadie respondió,

lo que se le hizo sospechoso. Fue entoves entonces que el forzar la cerradura, auxilaiada auxiliada por una vecina, ahora presentada en calidad de testigo y de nombre Rosa "Y", se extendió ante su atónita mirada el macabro cuadro terrorífico. (Quitar macabro, lugar común).

—Esto es lo que pasó, Bruno, ahora hay que preguntarse qué hay detrás de todo esto, ¿estás comprendiendo? —dice Alonso.

—Lo entiendo.

—Entonces pregúntate qué pudo haber sucedido, algo que no sepamos, lo que los noticieros hayan callado —dice Alonso —. Toma tú mismo la máquina y escribe.

—No, Alonso, tu escríbelo —dicta Bruno—: «La señora "X", la abuela, derribó la puerta a golpes cuando no le abrieron y entonces los vio a todos ya muertos. Bueno, la asesina, Laura "Z" despertó cuando oyó los fuertes golpes contra la madera y…».

—Espera —lo interrumpe Alonso—. Eso no es verosímil.

—¿Verosímil?

—Ajá, nadie lo va a creer, mejor escribámoslo así:

En realidad todo transcurrió así:
En la realidad todo sucedió como a continuación relato:

La señora "X", abuela de los niños, odiaba en secreto a Laura "Z". Es por eso que la señora "X", bajo el pretexto de cuidar a sus nietos y llevarlos a la escuela en la mañana, pidió quedarse ahí, en el dormitorio de la vecindad (fue en una vecindad___del centro donde los hallaron). Entonces se levantó en la madrugada y preparó el desalyyu desayuno que ella misma sirvió a Laura "Z" y a los niños. Nadie se hubiera imaginado que esos alimentos estaban preparados con un raticida que compró la señora "X" un día antes en un supermercado cerca del lugar donde se dieron los hechos. Los investigadores descubrieron su culpabilidad al revisar un video donde se le ve pagando el raticida en el súper mercado.

Además, ademásss
se encontró la nota en sus ropas y cayó en contradicciones

> al declarar ante las autoridades correspondientes.
> Se encontró el ticket de la compra en sus ropas y cayó en muchas contradicciones al rendir su declaración ante las autoridades correspondientes.
>
> Una venganza de "X" ya que antes le dio un sedante en agua a Laura "Z" para que ésta se quedara profundamente dormida. En pocas palabras: "X" es cómplice del marido de Laura "Z" a quien le han arruinado la vida para siempre. La justicia no hace nada y parece que no hay manera de que Laura "Z" pueda defenderse ya que ni a un abogado defensor le han asignado...

—¿No vas a meter otra *cotación*, Alonso?

—Acotación, Bruno, a-co-ta-ción: apréndetelo —dice—. Parece que esto no te interesa demasiado pero bueno, sí: una última acotación, déjame pensarlo. Ya está:

> Mientras todo esto altera la viida la vida de los habitantes de la ciudad, el país entero está en crisis,la inseguridad nos asfixia de a poquito.

—Qué opinas, Bruno.

—Mmmmm, está bien, como tú lo digas.

—Aparentemente —dice Alonso.

∅

—Nelson va a tardar un poco más —le dice Alonso a Bruno—. Veo que no le tomaste importancia a la nota y a la ficción que estuvimos trabajando y tú ya no estás para jugar a los soldaditos o a los coches de cuerda. He buscado el retrato hablado de Marcia Galván. Ella es una asesina serial de finales de los años setentas. Marcia dio muerte a varios hombres a quienes embobó, les quitó su fortuna, los mató asfixiándolos con un cable de esos de electricidad y luego se dijo que huyó: nunca cayó en manos de la justicia. Necesito ir al consultorio de J. Galindo. Él la identifica a la perfección

porque le ayudó a transformarse el rostro. Así es, resulta que Marcia no huyó: J. Galindo y un colega cirujano plástico la hicieron otra. Hace tiempo que fui a su consultorio y estaba ahí Marcia. Nelson no lo cree. Se lo dije pero no lo cree. Desconfío de J. Galindo: no tiene ni una secretaria que responda las llamadas telefónicas.

—Pero no hace mucho fuiste a ver a J. Galindo, Alonso.

—Hace rato que no voy. J. Galindo se ha vuelto loco.

—Qué raro, mi padre le dijo otra cosa a mi mamá —dice Bruno.

—¿Qué le dijo a tu madre?

—Te harán estudios pronto, eso dijo —contesta Bruno.

—Olvídalo, no es verdad. Lo que quiero es que me ayudes a realizar otra vez el retrato hablado de Marcia. Yo no podré jugar contigo a las canicas. Es más probable que te interese la técnica de cómo se realiza un trabajo como éste. No quisiste escribir hace un momento, vamos a ver si el dibujo te interesa.

Busca en su armario un pequeño manual fechado en 1955. Se llama *Antecedentes y evolución del retrato hablado* y es de un autor anónimo.

—Y eso cómo se hace —pregunta Bruno.

Alonso toma la libreta cuadriculada y comienza de inmediato a explicárselo:

—«Se trata de un tipo de identificación criminal o judicial, una identificación que toma en cuenta las características físicas de un presunto delincuente» —lee en voz alta un párrafo del manual—. «Esto se hace de acuerdo al testimonio de los testigos oculares».

Bruno parece no comprender nada pero Alonso le pide que se acerque y que tome el lápiz al carbón que él mismo usa continuamente.

—Vamos a dibujar, espera que me acuerde. Los trazos se hacen ligeros, que no se noten mucho. Marcia tenía abundante pelo negro. Espera, trazos delgados: así, de frente, cara redonda. Ve dibujando, Bruno —ha-ce una pausa y le guía la mano—. Ojos grandes, así más o menos, sí: ahí va. Nariz un tanto chata, labios gruesos y mirada turbia. Cejas pobladas. Eso es, mirada turbia y sanguinaria. Ahora escribe al margen:

Datos: PGR / Área de retrato hablado / Marcia Galván / Presunta asesina serial / 165 m / Robusta 80 k

—Ahora sí, remárcale los rasgos, usa el carbón. Dale un buen sombreado, Bruno —dice Alonso—. Pues no quedó mal, así era Marcia, sólo que J. Galindo le dio otra cara, como si él fuera un Dios que todo lo puede. Qué raro… Déjame seguir aporreando la máquina, escribiré una denuncia que enviaré en cuanto pueda a la *Procu*. Vete a ver la televisión o duérmete un poco, necesito concentrarme, no me interrumpas, te estaré agradecido, Bruno —concluye.

Ø

Escribe con dificultad:

Domingo 22 de enero
Al Procurador General de Justicia del Estado
P R E S E N T E:::

Informe confidencial de
Alonso Peralta

ASUNTO: Verdadera identidad de Marcia Galván
DELITO: Asesina serial / Actos cometidos a finales de los años setenta

Yo, periodista, detective privado y dibujante de retrato hablado, oficios que aprendí por correspondencia desde mi adolescencia y ahora habiendome habiendo advertido, luego de años de minuciosa investigación, que la así autonombrada Marcia es la misma asesina serial que busca la policía desde 1977, tengo a bien declar declarar lo que sigue a fin de que en su caso se pueda reabrir el expediente para que no se queden esos delitos en la impundad impunidad:

Ese mismo año, en 1977, me incorporé a un mdio medio periodístico en calidad de reportero cubriendo la nota policiaca. Gracias a la invitación de mi amigo don Gabriel

Sánchez A., entré a su periódico Portal ubicado en la 2 Sur y ahí la hice de todo me desempeñé en todos los oficios. Fui linotipista, publicista, reportero de nota roja, de política y de cultura, ésta última fuente que menciono fue la peor, nunca entendí a los arristas artistas. [* * *]

[Entre ellos mismos se pegan como pueden y se traicionan igual, en este terreno hay mucha simulación envidia e hipocresía, eso es otro asunto.

Total————: trabajé cubriendo la nota roja, sí. Mi información era muy amplia porque mis fuentes provenían de muchas partes: a donde quiera que iba me entregaban datos que otros reporteros no conseguían. El tratamiento que yo le daba a los temas le interesó a un buen sector de lectores. Por eso, lo dijo Sánchez A,, me hice de un buen público que buscaba mis escritos. Luego cambié de medio y así transité casi por todos. Ahora mi hijo sigue el oficio,estoy orgulloso. Espero que mi nieto que a veces es desobediente, también siga los pasos de su abuelo y de su padre. Ya le estoy enseñando cómo redactar una nota policiaca y cómo elaborar un retrato hablado.

Yo creoo creo que esta historia a usted no le interesa demasiado sino lo otro, lo que pienso narrarle aquí: en 1977 aparecieron, uno seguido de otro, varios cadáveres, no sé ya cuántos, que tenían algo en común: se habían relacionado con la misma mujer, su nombre es Marcia Galván, Marcia. Se pensó en un asesino serial sin entrar en muchas deducciones o tontas hipótesis (*). A todos ellos los asfixió utilizando un cable de esos que usan los electricistas al poner sus instalaciones. Como reporteer0 reportero tuve acceso a los instrumentos que usaba Marcia.

Pues bien:

Marcia fingió huir de la justicia en cuanto supo que era sospechosa y que ésta le seguía la pista. Se fue, aparentemente se fue. En ese tiempo además yo trabajaba en un breve (pequeño) despacho como detective privado. El reportero Alonso Peralta, el dibujante de retrato hablado, poseedor de un diploma que así lo dice, se dedicaba a ratos a la investigación que hace todo detective privado: revisar huellas digitales, escuchar a los testigos, dibujar una y otra vez el mismo rostro hasta que más o menos acertaba en los

rasgos. Revisar el calibre de las balas en los orificios de las víctimas, hablar de presuntos mientras no se demostrara lo contrario, enteder meterse al asunto de la balística y un poco a la medicina legal, tantas cosas... Creo que trabajaba más de la cuenta y yo me exigía mñás más de lo permisible. Mi tiempo lo distribuía milagrosamente entre Nelson, mi hijo y Lorena, mi esposa. Luego se hartó y se fue, se largó a media noche dejándome solo. Se fue con un cristiano, un Pastor. que huele a incienso, el hipócrita/////

Me metí horas enteras, días y noches, a investigar el caso de Marcia porque en sí se trató de un asunto que desconcertó a la sociedad entera: una asesina serial en una ciudad pacífica. No sé cuántos casos ha habido, lo cierto es que en los archivos judiciales no se tienen muchos. tamnpoco Tampoco esto tampoco tiene nada de especial. Es decir, cualquier lugar tiene en el catálogo a sus seres marginados que merecieran estar en las postales como las catedrales.Ésos que los cuerdos llaman indigentes, locos, carniceros asesinos, abarroteros maltrechos, dueños de panaderías y cafés de prostitutas. Así que no veo la razón para que una ciudad no tenga por igual un identificable asesino serial. O bien, mínimo un sociópata, de esos que los hay hasta para meterlos, si fueran miniaturas, en costales de harina.

Rápido explico el concepto:
(Es necesario):
(Luego vuelvo al informe):

[Es muy probable que usted ya lo sepa muy bien, señor procurador pero igual se lo explico aprovechándome de su tiempo y de estas líneas que no quiero que se extiendan mucho, trataré de no distraerlo mucho.]

Permítaseme entonces el paréntesis. Tomo como base el documento de ::::::::::::::

Alonso se levanta y busca en el librero. Bruno ve un programa de la televisión.

—¿Qué buscas, Alonso? —pregunta.

—Un libro que debe estar acá —revisa uno a uno los títulos. Urga en los lomos—. No lo hallo…

—Te ayudo si quieres —sugiere Bruno.
—No, tranquilo, estás bien ahí —dice Alonso.
—No hay nada en la programación de la tele.
—Aparentemente —dice Alonso—… Aquí está.

La biblioteca de Alonso es más o menos grande, un cálculo arroja que debe tener más de cinco mil volúmenes. Entre sus autores de narrativa, los lee y los relee, tiene a Osvaldo Soriano, a Raymond Carver, a John Kennedy Toole, a Patricia Highsmith o Harper Lee. Conoce a la perfección los textos del Güero Téllez, su ideal de reportero de policía, y los de Alfonso Quiroz Cuarón, un ejemplo de la criminología contemporánea.

R E S U M E N:

El documento de Robert K. Ressler (agente especial del FBI y especialista en perfiles criminales) define al asesino serial como aquel que repite una conducta, una manera de la misma forma de actuar. Cuenta mucho e l radio de acción y las pistas que vaya dejando a su paso. Es importante tomar todo esto en consideración al hablar de Marcia: los tres hombres asfixiados aparecieron en terrenos valdios baldíos por los que rondaba Marcia, casi siempre solitaria. Escribe también que (tomo el dato del libro Asesinos en serie) este tipo de personas elige a sus víctimas de su propia especie y de parecidas y determinadas características. Hay preguntas que no se pueden responder a la ligera: ¿Cómo se llega a se ser así? ¿Por qué elige ciertas maneras? ¿Cómo se puede capturar a un asesissno asesino serial?

Sin más rodeos:
Luego que han pasado largos años ahora sabemos dónde está Marcia. Trataré de descifrar el misterio que no logré en 1977. Lejos me encuentro de traicionar a un amigo como el doctor J. Galindo, pero entiendo también que es mi deber denunciar lo que he descubierto: Marcia nunca anduvo prófuga de la justicia. No me pregunten cómo lo dupe supe pero el doctor Jorge Baldomero Robles, neurólogo, médico detective y aficionado al esclarecimiento de delitos comunes, conocido como J. Galindo, la auxilió para que se cambiara el rostro. El domicilio de J. Galindo es :::::::::::: (preguntárselo a Nelson o conducir directamente a la

policía en caso de ser necesario hasta el consultorio del médico detective)...

Continúo: J. Galindo le pidió a un cirujano plástico que hiciera el trabajo sucio de modificarle el rostro a Marcia, como lo dejo aquí por escrito. Marcia ha vivido entre nosotros, burlándose de la justicia, desde que cometió los terribles horribles asesinatos en 1977.

Si les interesa encontrarla y reabrir el caso yo mismo puedo conducirlos a donde la esconde J. Galindo.

No sé si mi denuncia sirva de algo. HAY ASUN Hay asuntos de mayor gravedad en el país, lo sé:

Ojalá esta denuncia que hago llegue a importarles algo.

(*) Este caso histórico lo trató no hace mucho José Luis Durán King en su columna Vidas ejemplares, (no tengo el registro de la fecha ni el nombre del medio que lo publicó).

Atentamente:

Alonso Peralta

Alonso deja de aporrear la Remington, extrae la última de las hojas tamaño carta, papel revolución, y corrige con un lápiz. Pareciera que no advierte el caos en el que ha redactado lo que piensa que es una denuncia dirigida al procurador y a la PGJ.

—La llevaré ahora o mañana mismo —se dice.

—¿Terminaste, Alonso? —le pregunta Bruno.

—Así es, aunque no sé si deba pasar todo esto en limpio.

—O sea, ¿tiene acotaciones? —dice Bruno.

—Vaya, ya aprendiste, acotaciones. No, no tiene muchas, sólo una que otra.

—Entonces quedó como lo has pensado.

—Voy a salir, voy a la Procu, requiero una infor-mación que sólo ellos tienen, no tardaré, Bruno, aquí me esperas.

—Nelson dijo que te vigilara —protesta Bruno.

—Regresaré antes de que llegue Nelson —responde

Alonso.

Bruno mira el reloj que cuelga de la pared: se está poniendo roja la tarde.

—Será mejor que esperes a Nelson —sugiere Bruno.

—Está bien, lo haré para demostrarles a tus padres que eres un buen muchacho responsable. Agarra mi libreta para que me ayudes a dibujar otro retrato hablado.

No le da tiempo a Bruno. Nelson entra acompañado de Norma.

—Veo que todo está bien —dice.

—Bruno me ayudó a redactar mis notas y a dibujar un retrato.

Norma lo desaprueba mirando furiosa a Nelson pero opta por no discutirlo.

—Qué prefieres, Alonso: te vas con nosotros o te quedas aquí.

—Me quedo, aún debo corregir unas planas que he escrito —dice él.

Nelson dejó, como acostumbra, mal estacionado el Chevy.

—Vámonos —dice Norma.

Bruno toma su mochila y se encamina a la puerta.

—¿Seguro te quedas, Alonso? No hagas locuras ni te salgas —dice Nelson—. ¿Estás bien?

Afuera, otra vez rondan los pájaros sobre el rojizo infinito del cielo.

—Aparentemente —responde Alonso.

Ø

5

Durante la madrugada es casi imposible que alguien llame. A Nelson no deja de preocuparle la insistencia, lo ha despertado el timbre del teléfono. Él no levanta el auricular y al momento suena otra vez y vuelve. Norma le pide que lo deje descolgado pero Nelson presiente algo. La ansiedad es casi ya una constante en él. «Puede tratarse de una situación grave». Son las cinco y media de la mañana, levanta la bocina y reconoce la voz, la inconfundible voz de Alonso, la misma que ha escuchado desde que era un niño. Tapa la bocina con la palma de la mano y le dice a Norma:

—Es mi padre.

—¿Alonso?

—Espero que no sea un asunto serio —responde él.

—Sólo te quiero informar, a ti que tanto confías en J. Galindo, que dejaré de tomar el medicamento ése, ya te lo dije —escucha decir a Alonso.

—Tranquilízate. ¿Pasa algo?

—No. Voy a salir, debo hacer algo —contesta.

—Espérame, no te muevas, iré a verte —Nelson comienza a cambiarse.

Cuelga y el teléfono vuelve a sonar insistentemente. Entonces responde Norma.

—Ya le dijo Nelson que va para allá —dice ella.

—¡Dios! Sólo le quiero pedir a Nelson que me acompañe aquí cerca, eso es todo.

—Ya va, señor, ya va —dice ella y cuelga.

Norma oye cómo corre el agua del grifo en el baño. Nelson sale secándose la cara.

—No tardo, regreso, despiertas a Bruno para llevarlo al colegio.

—Deberías de ingresar a tu padre a un centro de ayuda, esto será cada vez peor.

Lo que Norma le ha dicho a Nelson es que ahí, en su propia casa, es improbable que Alonso viva. Él ya lo sabe, ella se lo ha manifestado una y otra vez.

Nelson abre el porche y saca el Chevy.

Conduce lo más rápido que puede y piensa —el presente es obsesivo— en los pequeños olvidos.

Hace frío. Es invierno y llega la madrugada.

«¿De dónde atrapas estas ideas, Alonso, de dónde? Es raro todo esto», se dice.

Ø

«Un centro de ayuda, un albergue», lo ha dicho de nueva cuenta Norma. «Imposible, él no lo merece», piensa Nelson. «Hay varios albergues para enfermos de alzhéimer, puedes pagarlo», parece escucharla.

Sube ágil las escaleras que van del primer piso al departamento de Alonso. Los cajones del escritorio y del armario están abiertos. No tiene que echar mano del duplicado de la llave, la puerta está entreabierta. «Algo estuvo buscando», Nelson revisa las hojas desordenadas junto a la Remington. Se da cuenta de que trató de redactar algunas cosas pero ya no pudo o ya no le interesó. Dejó sólo frases sueltas con errores, en hojas distintas.

Es peligroso que Alonso se salga, se desconecta del mundo, de la ciudad y de las personas. Nelson deduce que Alonso está en La Concordia. «Es necio y busca a la Dama». Ve los archivos que están dispersos, engrapados o sueltos, escritos a máquina, llenos de correcciones en tinta sepia. Tiene muchos recortes de periódicos, «el maniático los ordena y los guarda». Muchas notas y nada más algunas cuantas de su autoría. Nelson tampoco olvida que Lorena, irresponsable, mandó a la basura lo mejor de Alonso, años de su vida impresa en las planas de los diarios.

Le llama la atención un escrito que se repite, en varias versiones, en hojas sueltas. Nelson lee: «J. Galindo se hizo de un hospital clandestino; un lugar perfecto porque ahí realiza

las cirugías plásticas con su cómplice».

No comprende (o lo comprende poco) qué quiso decir Alonso. Hay varias versiones y un mismo contenido. «Es parte de algo más», se dice Nelson y comienza a atar cabos. El mismo texto lo recortó Alonso varias veces. Quizá por eso Nelson piensa en Marcia, la obsesión de Alonso.

Toma el teléfono, le marca a Norma y le pregunta si ya se levantó Bruno.

—Déjame hablar un poco con él.

Norma, sin decirle nada, le pasa el teléfono a Bruno:

—¿Qué pasa, Nelson?

—Alonso no aparece por ningún lado —dice él—. ¿Recuerdas si dijo algo ayer? Alguna otra cosa…

—Dijo que iría a la Procu. Luego siguió escribiendo casi hasta que tú llegaste por mí.

—Voy a La Concordia, ojalá lo encuentre. Regreso luego para llevarte al colegio —dice.

Ø

—No se ha aparecido ni por los alrededores para nada —le dice la mesera—. Ni él ni su amigo que le hizo compañía la otra noche.

Nelson se preocupa, no tiene idea de dónde pudo haberse metido Alonso. Se está aclarando la mañana, poco a poco. Va de regreso a casa, tiene que llevar a Bruno al colegio. Debía haberle colocado una placa metálica a Alonso o debía haberle puesto una pulsera con los datos de identificación. «No durmió, estuvo buscando algo», se dice.

Bruno está esperándolo en la sala, dormitando. Nelson no tiene el ánimo para discutirle nada a Norma, él ya sabe lo que le va a decir: volverá a lo mismo, ella tiene también sus ideas fijas, sus ingratas obsesiones.

Le pide a Bruno que suba al auto y que recuerde bien, sin equivocarse, qué fue lo que le dijo Alonso antes de que lo dejaran solo.

—Lo hubieras traído a casa.

—Él no quiso, se sentía bien, dijo.

Bruno da un repaso a lo que lleva en la mochila y saca el

periódico que Alonso le dio para que escribiera una ficción.

—Alonso escribió una historia sobre una señora que envenenó a sus hijos, luego me pidió que no lo distrajera y se puso a escribir todo el tiempo. Eso fue lo único que hizo, escribir y romper hojas y más hojas. Las rompía y las mandaba al cesto. Así estuvo. Al final se quería salir a la Procu, así dijo.

Nelson revisó todo menos el cesto de basura. No quiso hacer ninguna denuncia hasta que pasara un tiempo razonable pero luego de que no lo halló en La Concordia le brincó al pecho el desasosiego. No quiso molestar a J. Galindo. «Tendré que hablarle, si no lo encuentro tendré que hacerlo», piensa.

—¿No recuerdas alguna cosa más, Bruno? —lo sigue interrogando Nelson.

—No, nada.

—Pero te habrá leído lo que escribió.

—No, sólo me iba leyendo el cuento de la señora que envenenó a sus hijos.

—Tendré que volver al departamento de Alonso, es muy probable que ya esté ahí, por lo menos eso quiero pensar.

—Es probable, sí —dice Bruno.

—Entonces te dijo que iba a la Procu —dice Nelson.

—Así es, eso dijo.

Son casi las ocho de la mañana. Llegan justo al colegio, ya cuando están entrando los escolares tardíos. Bruno baja de prisa y se pierde entre los demás, a quienes Nelson compara con los roedores que corren en el campo. Y se acuerda del cabezal que le dictó Alonso y que le pidió que no olvidara: «El tiempo corre y brinca como los conejos y los ciclos están cerrándose». Rara asociación de las ideas. «El recuerdo es tan cruel como el olvido».

Ø

Nelson regresa, vuelve al mismo punto. La puerta está cerrada, como él la dejó hace apenas unas cuantas horas. «No ha llegado», piensa. Entra y va de inmediato al cesto de basura. «Dijo que iría a la Procu». Encuentra los originales

que Alonso consideró que no servían, tienen sus propias acotaciones. Hay un escrito dedicado a la violencia donde narra el aparatoso ataque de «un pobre hombre que no hacía más que tomar un desayuno en compañía de su familia, en un restaurante del centro». Entonces narra que ellos estaban ocupando una mesa cercana a una ventana enorme, cubierta con un vidrio especial, grueso pero no blindado. «En este país ocurre de todo, la tragedia es más grande que los placeres», escribió Alonso. «Otro más de sus registros llevados a la ficción», sonríe Nelson olvidándose que está ahí para buscarlo, que la gran tragedia de Alonso es que se olvida de lo inmediato y que al mismo tiempo lo sigue y lo marca el recuerdo, «todo el recuerdo» de su pasado.

Encima del escritorio Nelson ve los recortes de los diarios. Noticias que Alonso convierte en ficciones. Muchas.

«En este país ocurre de todo…», lee, sintetiza, la historia que ha dejado Alonso en una libreta:

> *Ninguno de ellos imaginó que apenas unos minutos bastarían para quitarles la vida. Los miembros de la familia, de apellido Garcés Luna, llegaron a eso de las 9.30 de la mañana del pasado sábado al restaurante llamado La Aurora, ubicado en el Centro Histórico de la ciudad. Buscaron una mesa que tuviera visibilidad hacia la calle y apenas les habían servido los platillos ordenados, una ráfaga que atravesó los cristales los dejó sin vida. Las primeras pesquisas arrojan que el jefe, el patriarca, don Antonio Garcés, era rastreado (cuentas pendientes, se dice) por grupos de la delincuencia organizada. Ya deberíamos estar habituados a todo esto que se da a lo largo y ancho del territorio. Nos sentimos inseguros, miedosos. Pero la verdad es otra, lo que no se ha dicho (intereses ocultos, ya lo sabe el lector) es que esa familia asesinada y el jefe, el señor Antonio Garcés, eran los más ignorantes e inocentes de todos cuantos estaban ahí en ese momento. Los delincuentes, en efecto, dispararon desde un Ford sin placas y huyeron como lo saben hacer: la impunidad predomina.*

Nelson conoce el estilo de Alonso. «Éste es apunte de una

ráfaga de lucidez», piensa dejando la libreta donde la había tomado.

Entre todos los papeles rotos, rehaciendo el rompecabezas, Nelson descubre la carta que Alonso le dirigió al procurador de Justicia. Es un borrador, pero eso le basta para tomar conciencia de que él, su padre, cada día que pasa está peor. Lee cuidadoso: involucra a J. Galindo, habla de Marcia y del hospital clandestino. Nelson tiene ganas de llorar y los lentes se le cubren de una misteriosa neblina que le opaca la visibilidad.

—Dijo que iría a la Procu.

Toma el teléfono para buscar a J. Galindo.

Le explica lo que sucede.

J. Galindo le pide que se vean en el mismo lugar que él sigue llamando *su* consultorio, a pesar de que nadie levanta el polvo y no hay siquiera una secretaria que responda las llamadas, como lo critica el obsesivo Alonso Peralta, el detective privado, el reportero de policía y el dibujante de retrato hablado, grados obtenidos en los imprescindibles y lejanos cursos por correspondencia que ya no se ofertan.

Ø

J. Galindo escucha el noticiero radiofónico de la mañana. El pronóstico sobre el tiempo no es de lo mejor: lloverá. Se habla de más desaparecidos, de ejecutados, algo que ya a J. Galindo no le asombra.

—Me atreví a buscarte porque es tu amigo y como médico sabes por lo que está pasando. Se perdió en la madrugada. La vez pasada bebió de más en La Concordia pero llegó solo a su departamento —dice Nelson—. Bruno me platicó que a él le dijo que iría a la Procu y yo encontré esto en la basura. Velo tú mismo.

—¡Dios! Me ha convertido en el cómplice de una asesina serial que tiene vida sólo en su cabeza. En primer lugar no creo que esto lo reciba el procurador, qué credibilidad puede tener —J. Galindo arruga el papel sin darse cuenta—. Es parte del proceso, ya te lo había comentado, para mí no hay sorpresa pero lo que no calculé es que se aceleraran así los

síntomas, en tan poco tiempo. Es el principio de alzhéimer… Y te dije que no lo dejaras solo.

J. Galindo advierte lo que Nelson le quiere decir por la forma de mirarlo:

—Ya lo sé, te juro que lo sé: Norma se opone a que lo lleves contigo, a tu casa. Es tu relación, lo entiendo, pero también se trata de tu padre y de mi amigo, ¿qué piensas hacer ahora? —concluye J. Galindo: «Mal pronóstico del tiempo, mal augurio para Alonso».

—Norma insiste en que debo internarlo en un centro de ayuda o en un albergue para enfermos de alzhéimer, pero yo…

—Me parece una ingratitud, Nelson.

—Ella no quiere ni que se le acerque a Bruno, nadie le quita la idea de que lo hará un delincuente porque le enseña a escribir nota roja y a dibujar retratos hablados, tú ya lo conoces. A mí no me hizo delincuente. Yo crecí acompañándolo a la redacción del periódico y no pasó nada. Pero a Norma quién puede quitarle esas ideas de encima.

—Es su temor, puede ser justificado.

«Son las nueve y media», escucha J. Galindo en la radio.

—No entiendo a Norma —dice Nelson—. ¿Tienes una pluma y un papel? Quiero anotar una idea antes de que se me borre, es para Alonso, se la entregaré en cuanto lo encuentre.

Nelson anota: «El tiempo corre y brinca como los conejos y los ciclos están cerrándose».

—¿Crees que Alonso se haya atrevido a llevar esto a la Procuraduría? —pregunta J. Galindo.

—Es muy probable, es capaz —responde Nelson y termina tallando sus empañados lentes.

—Sí, es muy probable —dice J. Galindo mientras busca un título en el librero—. Pensarás que no es el momento apropiado pero esto es para Alonso, es la novela de la que le hablé. No tengo mucho tiempo pero te acompañaré a buscarlo.

Ø

6

«Habrá que esperar setenta y dos horas», piensa Nelson al tiempo que observa a Norma comentándole algo a Bruno. Otra vez y a cada momento se le empañan los lentes. Marca y vuelve a marcar a casa de Alonso: existe la posibilidad de que él responda en uno de esos intentos. «Setenta y dos horas a partir del reporte de su desaparición para que la policía lo comience a buscar», se dice Nelson.

En la Procuraduría les informaron que, en efecto, Alonso había estado ahí. A Nelson y a J. Galindo les dijeron que llegó y que se fue. Sólo entregó una carta dirigida al procurador y una solicitud para reabrir un expediente del caso de una asesina serial.

—Aquí están, son escritos que no contienen nada en realidad —les dijeron.

A Alonso lo ubican bien, de ellos obtenía parte de la información que utilizaba en la página roja del medio periodístico. Se les hizo extraño:

—Llegó en la madrugada, cuando la guardia aún no entregaba su informe. No estaba en sus cabales.

«¿En qué momento Alonso perdió la brújula?», se pregunta Nelson. Supo, a través de un dictamen médico que le entregó J. Galindo, que ese tipo de cuadros clínicos se le pueden presentar a cualquiera y que no hay datos que puedan arrojar algo como para reconocer que las piezas de la maquinaría se están desajustando. Simplemente sucede y no hay más remedio que afrontar lo que venga. «Creo, como amigo de ustedes, de Alonso y de la familia entera, que deben prevenirse: lo que viene será el infierno», le dijo J. Galindo a Nelson. No permitió que respondiera nada, sólo le dejó otro número telefónico por si se presentaba una emergencia mayor

y le ofreció apoyo: «Estaré al pendiente, Nelson, llámame en cuanto sepas algo».

Nelson ve la portada de *Pánico al amanecer*, la novela de Kenneth Cook: un hombre camina solo atrás de su sombra, lleva una maleta en la mano izquierda debajo de la intensidad del sol. «Es como Alonso, se parece a Alonso», piensa.

Alonso comenzó a desplomarse el mismo día que Lorena se fue a vivir al lado del Pastor. La convenció y ella se fue con él, simple. A Nelson le dolió la separación de sus padres. Luego Alonso consiguió un departamento en la 7 Poniente, donde instaló su despacho de detective privado. Nelson —el miope Nelson, el muchacho tímido de un brazo más corto que el otro— jamás escuchó a Alonso proferir, ni por error, algún agravio en contra de Lorena. Y a Alonso, al impulsivo Alonso, se le ocurrió unirse a una joven reportera que jamás lo quiso.

Tiene fija la mirada en el teléfono. Nelson les dejó el número a los propietarios de La Concordia, quién puede saber si de pronto Alonso se aparece reflejado en los mismos y enormes espejos que no han cambiado. Va comprendiendo por qué Alonso regresó a ese café de la 6 Poniente. Una vez él mismo le platicó que fue ahí donde pasó largos e inolvidables momentos de su vida. Le era un sitio familiar, la extensión de su oficina. La Dama —Delfina, la Dama— le entregaba los boletines de prensa que le iban dejando del área de comunicación de la PGJ, de los juzgados o del Ministerio Público. Tardes enteras ahí leyendo sobre «la cultura del horror». Alonso no se explicaba cómo un ser humano logra volcarse a la delincuencia: «la mentira nació de la infelicidad», como lo escribió la autora de su libro de cabecera *Catarsis de la nota roja*, Elva Szclar de Bialostozky. La tesis de sólo cien ejemplares que tanto les ha servido en la práctica a Alonso y a Nelson.

J. Galindo tiene una copia de esa tesis en el cajón de su escritorio, donde se han acumulado por igual muchos recortes periodísticos.

Regordete y bonachón, J. Galindo investiga asuntos de medicina legal, de raras enfermedades y sólo consulta ya a los amigos de mucha confianza. Él fue el primero que supo que Alonso se olvidaría de lo inmediato. Y dijo que no se daría cuenta.

«Alonso está extraviado y no podemos sino esperar», piensa Nelson.

J. Galindo repasa en voz alta y de memoria un fragmento de *Pánico al amanecer*:

—Ahora comienzo a ver con mayor claridad la ingenuidad que puede hacer que un hombre se convierta en una persona ruin o en otra grandiosa bajo idénticas circunstancias… lo que no consigo ver es por qué me está permitido seguir con vida y saber estas cosas.

—Espero que tengamos noticias muy pronto y que no sean malas —dice Nelson.

Ø

Nelson no deja de sorprenderse de algunas publicaciones que Alonso le mantuvo en secreto, incluso ocultas. Ahora que se ha dedicado a revisar sus cosas personales, encontró uno de sus textos que apareció en una revista de circulación nacional. Se lo mostró a J. Galindo, es como una introducción a un estudio más amplio, supone Nelson. Alonso es un detective de cursos por correspondencia que leyó todo cuanto pudo. Más aún si se trataba de temas «escabrosos y policiacos», decía. Rememora Nelson que Alonso preparaba un libro pequeño que reuniría algunas de sus ficciones. Ya no pudo ser. Pero Nelson halló accidentalmente, como sucede con todo aquello que lleva el poder del asombro, el texto donde él se introduce al proyecto, una especie de explicación general de lo que pretendía. «No logro olvidarlo, es probable que no le perdone nunca a Lorena el haber tirado a la basura mis escritos», lo decía casi a diario. Y es que a Alonso no le interesó nunca rescatar los originales que entregaba al diario. No se quedaba con una copia, sólo conservaba los recortes de su columna «El día de los hechos». Y Lorena se lo echaba en cara: «Te morirás aplastado en papeles». Y otra vez la fijación, la ingrata fijación de Alonso cuando opinaba que el rescate de sus escritos, metiéndose en las hemerotecas, sería un trabajo arduo e inútil.

Entre todos los diarios y hojas de papel amontonados, Nelson se topó con esa publicación que relee y con un

original limpio, casi sin correcciones, que Alonso intituló *Fragmentario*: pequeñas confesiones de su vida, de sus miedos y de sus fobias. Pequeñas confesiones, como sus desafortunados y más frecuentes olvidos. Los dos textos los resguardó:

Nota roja y ficción
Por Alonso Peralta

Debo la malsana costumbre de leer cotidianamente la nota roja de los diarios, no sé por qué alguien me dijo que ese hábito es malsano, a una vecina conocida como "La señora de la nota roja", estoy seguro de que fue ella quien me dio a leer esa sección de los diarios.

Luego, con el tiempo, uno va creciendo lentamente, al cumplir apenas trece años, a mi tía la nombraron Agente del Ministerio Público. Nunca entenderé cómo es que ella me llevaba, en ocasiones contra mi propia voluntad, a las diligencias para las que era requerida. Me sacaba de las sábanas a la una o dos de la mañana. Presencié lo que normalmente no acostumbra atestiguar un niño de trece años: levantamiento de cadáveres y autopsias. El olor a formol, el penetrante olor a formol, me mareaba y me producía náusea. Comencé, y no sé por cuánto tiempo lo hice, a recolectar la nota roja. Llené una petaca con recortes y más recortes, de las propias y de las ajenas hasta que Lorena, mi esposa de entonces, las echó a la basura. Sin embargo pronto me di cuenta de que los casos, las infracciones de las que da cuenta la nota roja, se repetían: suicidios, secuestros, robos o delitos contra la salud. Ya no asombra a nadie la cotidianidad de la violencia.

Cuando inicié mi trabajo para un rotativo en la sección de policía, pasé a recrear las notas o los boletines de prensa que encontraba. Comencé por hacer ficción de los hechos transgredidos.

Quien comete una infracción, una transgresión, no sabe lo que son los "sentimientos de culpa". Se me hace tan endeble eso que suele reconocerse como "transgresión" que prefiero dejar la palabra entre comillas. Los límites entre la "transgresión" y lo que no lo es son demasiado frágiles y

pueden confundirse fácilmente.

Distingo y marco la diferencia entre dos tipos de nota roja. La primera registra la cotidianidad de la violencia y ya no impacta a nadie; la otra es la que puede --y lo logra sin grandes esfuerzos-- alterar, aunque sea sólo momentáneamente, puesto que los hechos se olvidan rápido, la paz de una comunidad completa. Aquí están los grandes crímenes colectivos, o los actos que registra para la historia un asesino serial. Todos nosotros hemos desayunado ante un diario abierto en la página roja. Y no pasa nada.

Feggy Ostrosky-Solís, en Mentes asesinas, a manera de advertencia, opina que todos somos psicópatas en potencia. Si de entrada y para muchos la vida cotidiana es una pesadilla, lo es más en esta época en la que el mundo se halla en plena violenta conmoción. Aún no sabemos a ciencia cierta qué mecanismos dominan la mente de los asesinos o de los infractores. Quizá por eso yo hice ficción de la nota roja y supe de su relativa proximidad con la literatura: hay una historia, personajes, ambientes y un movimiento que puede ir hacia arriba y hacia abajo y que desconcierta a veces.

Debo a mi tía y a la ahora anónima "Señora de la nota roja", cuyos rasgos físicos los tengo en el olvido, el acercamiento y el descubrimiento a las páginas policiacas. Y a ellas les debo también el volver ficción las tragedias que cargan siempre sus personajes.

Lo que sigue es la recreación de la ficción que vivimos. No sé del todo si sus límites están claros.

Abril / 2009

«Alonso no escribía mal».

Nelson espera paciente a que transcurran rápido las horas. O espera la llamada telefónica que habrá de quitarle la incertidumbre. «Las incógnitas son como la perversión», piensa.

Ø

7

Fragmentario
Por Alonso Peralta

Diciembre 2009
Martes 01 / 11:06 pm
A veces pienso que algo no anda bien en mí. Soy un hombre ansioso. O me confieso ansioso. Eso es lo correcto: Yo me confieso. Y hablo conmigo mismo: "Anda y dile a tu otro Yo lo que quieras decirle". Parece que no hay reglas concretas para dirigirse a uno mismo. Me digo entonces: ¿Qué te estta está pasando, Alonso? Eres tonto Alonso, muy tonto, dejaste que se fuera Lorena. Estoy viendo la televisión. Tengo una cultura televisiva impresionante. Me lo envidiaría cualquiera. No hay nada interesante de interés en ningún canal aunque la violencia sigue siendo noticia única. Parece que todo es violencia en la cotidianidad. Hoy, hace sólo unos minutos, dejé de consumir el Rivotril, un ansiolítico que me tiene sometido. Hace años no concilio el sueño sin las milagrosas tabletas que lanzó al mercado el laboratorio Roche.

Ø

Miércoles 02 / 09:54 am
Me ha dicho ayer el neurólogo J. Galindo que baje la dosis de Rivotril. No sé si lo logre de la noche a la mañana. Ayer, por ejemplo, me fue imposible conciliar el sueño. Tengo un remedio infalible que leí de Stephen King: en lugar de contar ovejas me platico a mí mismo una historia y le doy vueltas en la cabeza hasta que casi me la aprendo de memoria. Así voy adquiriendo el sueño. Hay otro recurso

del que puedo echar mano de vez en vez; me auxilio de un radio de transistores a bajo volumen cerca de mi almohada. Eso me permite soñar de madrugada, ya cuando el día clarea. Hace un par de horas salí a caminar un poco a un parque que tengo acá muy cerca de donde vivo. Desde muy temprano hay movimiento ahí. Hwe He visto escolares mirando hacia allá, donde el sol comienza a herir los ojos. Y he visto a muchos caminando igual que yo. Regularmente escucho el noticiero matutino en la radio. Hay tanta violencia en el mundo, tanta ruindad... Hay que hacer nuestro el buen consejo de Stephen King pero no sólo para dormir: tratemos de contarnos historias durante la vida diurna, en silencio y encima de lo malo. Es divertido. A la cotidianidad le hace falta --mucha falta-- la fantasía que puede estar oculta más allá de la esquina o de un portón. Hoy está nublado, dice el estado del tiempo que se debe al frente frío número catorce. Sigue la vida allá afuera. No se disipan las nubes. Ayer por la tarde llovió. La lluvia me inquieta un poco.

Ø

11:17 am
En todas las sociedades, en toda la historia, se ha necesitado del mal en contraposición al bien. De ahí parten otras muchas vertientes que nos hacen pensar en la fragilidad humana.

Ø

03:33 pm
Se ha despejado un poco el cielo. No sé por qué pienso en la muerte. Lo curioso es que ya es un sentimiento que no me dice nada. No me da miedo. Ahora he de tomar una siesta. No he de llevarme estos pensamientos a la cama, será mejor volver a soñar con el cielo muy abierto hacia el infinito.

Ø

Jueves 03 / 01:30 pm
Ayer en la tarde me tuve que desplazar al centro de la ciudad.Durante el trayecto,que no sobrepasa en tiempo los diez minutos, si así lo permiten los semáforos, se treparon tres personas a solicitar lo que ellos dicen es “una ayuda”. Me sorprendió un hombre que al tiempo que hablaba rapidísimo, como si su voz proviniera de un fonógrafo, se llevaba a la boca --rapidísimo también-- un taco de arroz. Dijo textualmente, lo transcribo porque lo grabé en mi memoria: “No quiero abusar de ustedes, pasajeros, pero ando pidiendo su ayuda para sepultar a mis esposa que acaba de morir porque le han cortado la cabeza”. Lo dijo comiéndose su taco. Unas jóvenes que viajaban en el camión se comenzaron a reír. Nadie le dio un solo peso al hombre. Transcurridas un par de horas, lo volví a encontrar en los portales, sucio y desgarbado. La crisis económica de este país está obligando a muchos a hacer ficción para obtener unos cuantos pesos. Todo depende de los parámetros de credibilidad. La vida a veces no los tiene.

Ø

07:01 pm
Estoy leyendo el extraordinario libro de Ralph Waldo Emerson, La conducta de la vida. Sus páginas están llenas de ejemplos vitales para cualquier hombre. Es un tema contemporáneo a pesar que fue escrito hacia 1860. Ser y mantenerse honesto intelectual y moralmente es ahora --frente a tanto desatino-- un logro tan infinito como la Osa Mayor. Pienso que es verdad, que infancia es destino, tal y como lo sostienen los psicoanalistas. Yo crecí cerca de un padre que vivió sin ostentaciones, humilde y maravillosamente generoso. Y crecí admirando a una madre llena de un humor fantástico. Ellos nunca me enseñaron que la maldad debe aplicarse a semejante alguno. Creo en lo que cita Emerson de un manuscrito de Balzac: “La mirada, la voz, la respiración y la actitud o el paso son idénticos. No obstante, como no le ha sido dado al hombre el poder de estar en guardia a la vez sobre estas cuatro expresiones simultáneas y diferentes de su pensamiento, observad la que dice la verdad y conoceréis al hombre completo”. Una enseñanza de mps más entonces para conducirme en el mundo.

Ø

07:21 pm
Debo decir que siempre (toda mi vida, desde muy joven) he odiado la simulación. Ante los simuladores no podré nunca ser cómplice. Simplemente no logro convivir con ellos. Sé que eso es una desventaja en este mundo, pero a esta hora... Ni modo.

Ø

Viernes 04 / 02:36 pm
Acabo de llegar. Se me ocurrió ir a pagar mi recibo telefónico como cada mes lo hago, a uno de esos impersonales cajeros que se instalan ahí para que supuestamente uno no tenga molestias. Era larga la fila y me dio un vértigo tremendo. Me han dicho que soy hipocondriaco pero eso es una gran mentira, cada quien sabe lo que tiene y lo que carga de acuerdo a su Karma. Yo trato de estar bien, sólo que al tratar de inclinarme y meter en la ranurita ranura el billete sentí el piso moviéndose como si me hubiera metido una botella entera de licor. Acabo de llegar a casa, tuve que tomar un taxi porque creí que no podría desplazarme caminando. Me recosté un momento aunque eso es, en ocasiones, peor. Con todo revisé luego un viejo artículo que escribí para el diario en el que mantengo una columna hace tiempo. Ese texto hace una reflexión sobre la hipocondría y desórdenes mentales. Creo que no ha variado mucho mi pensamiento. Éste es un pequeño resumen: “He de defenderme de la hipocondría: es mi reto. Casualmente me topé con un libro del Dr. Thuillier,, El nuevo rostro de la locura, editado en 1981. Explica el autor que la ansiedad y la depresión se asocian a los factores desencadenantes de la hipocondría, cuadro que no es nuevo y que existe, según los especialistas, desde siempre. Yo que siempre he dedicado parte de mi vida al estudio de los así conocidos trastornos de la personalidad, he leído con atención este volumen del Dr. Thuillier. Hay comportamientos que los trabajadores de la salud no se explican. Me asustan los casos que se narran en las páginas de El nuevo rostro de la locura. Pero hay una importante lección acá: quien ve en los demás la locura no reconoce la

suya propia. Sin embargo, en la vida cotidiana, una relación de dependencia puede trastornar a los más débiles. Eso sucede, simplemente: no hay etiología. Se le llama a este síndrome 'el veneno de la mente' y los afectados traicionan y maldicen a sus amigos pero defienden a sus verdugos. Dios, líbrame de esta hipocondría y de todos aquellos que sufren de 'el veneno de la mente'". Voy a recostarme un momento. He de volver a estas páginas.

Ø

Sábado 05 / 09:12 am
Otra vez veo, a través de la ventana, las nubes arriba. Aquí vienen las palomas todas las mañanas. Vivo en la parte posterior de una escuela secundaria, en un pequeño departamento de paredes irregulares, céntrico. Estos adolescentes alumnos que tengo tan cerca, pueden llegar a enloquecer a cualquiera, todo el día ensayan canciones en versión banda. Si fuera tortura ya hubiera confesado lo inconfesable. He pensado mudarme a cualquier otro lado pero no puedo. Espero que vengan tiempos mejores. El mundo está con los pies hacia arriba.

Ø

Domingo 06 / 02:03 pm
Escribo un fragmentario porque es íntimo, personal. Anoche me invitaron un par de tragos. Ya no bebo mucho ni con la frecuencia que lo hacía porque me hace daño y sé -- entiendo-- que debo cuidarme aunque sé también que me voy a morir algún día. Hoy me quedé leyendo en la cama hasta que decidí meterme a la regadera, luego fui por el diario, acá a la esquina. He leído tanto sobre la violencia que ataca al país y aún no tengo la capacidad de quedarme frío como tantos que pueden desayunar al tiempo de enterarse de tantas y tantas atrocidades. Deseo que se alejen ya y de una vez por todas los espíritus dañinos que andan por ahí, poblando el aire.

Ø

06:05 pm
Trato de conseguir matrierall material sobre casos clínicos que hablen de la hipocondría porque estoy trabajando una ficción sobre el tema. Estoy creando a un personaje verdaderamente loco --como muchos los hay-- que se la pasa investigando todas las enfermedades existentes. No sé si clasificar a mi pobre personaje de loco, quizá no es la expresión que deba utilizar. Es un personaje más bien lúdico, inteligentísimo y dotado de un maravilloso sentido del humor, sólo que se lava las manos una infinidad de veces al día y se mete a la regadera otras tantas. Y en su fantasía no satisfecha es un asesino en serie.

Ø

07:25 pm
A medida que me adentro a este fragmentario mi dolor de cabeza --que es sólo mío y de nadie más-- pasa de largo como los tranvías.

Ø

07:30 pm
El doctor J. Galindo desea que me vaya quitando el Rivotril poco a poco, igual que como se quitan los grandes vicios. Le he explicado al doctor que el noventa por ciento de mi sangre es el compuesto químico del Rivotril, clonazepam, y que por ahora será sumamente difícil. ¿Qué debo hacer? Espero que el próximo año vengan los buenos cambios en mi vida. Sea.

Ø

Lunes 07 / 02:19 pm
Hago lo posible para que no me duela la cabeza. Me he tomado un Dolac, es un analgésico de excelencia.

Ø

04:57 pm
Me estoy enterando en los medios impresos: un hombre que logró escapar de un albergue de esos que abundan, denunció el maltrato y las vejaciones a las que eran sometidos por unas personas que se decían enviados de Dios. Se trata de otro horrendo caso: al parecer las autoridades de las delegaciones Cuauhtémoc y Venustiano Carranza, así como la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal, tenían conocimiento de la existencia de un centro de rehabilitación, una especie de antihigiénico hospital conocido como "Los Elegidos de Dios", donde se explotaba laboralmente a más de cien indigentes a quienes se les llevaba contra su voluntad y a golpes. Ahí, de acuerdo al comunicado de la Comisión de Derechos Humanos, eran torturados, obligados a comer verdura podrida y "caldo de pollo negro", según los testimonios. Los integrantes de "Los Elegidos de Dios", en sus recorridos nocturnos, detectaban y levantaban a cuantos se les pegaba la gana. Luego entonces los ponían a desempeñar una que otra labor que les permitiera ingresar un poco de dinero a la casa. ¿Cuántos albergues como éste no existirán en México? Y los de adentro, como sucede en los psiquiátricos, sufren ante la violencia y los maltratos de quienes se dicen sus protectores, sean enviados o no de Dios.

Ø

05:26 pm
Si en los hospitales psiquiátricos puede darse (y desplegarse) tanta patología de parte de los trabajadores de la salud, qué no podrá suceder entonces en los hospitalitos y los improvisados albergues. Recordé de pronto que escribí hace unos meses para mi columna "El día de los hechos", una nota que tiene que ver con los usos y abusos del electroshock. En pleno siglo XXI se sigue justificando su aplicación. Esto dije entonces: un accidente dio paso al descubrimiento del electroshock cuando el psiquiatra italiano Ugo Cerletti se dio cuenta, en un matadero de cerdos, que algunos de éstos no morían al aplicarles una potente descarga eléctrica. Los cerdos que no morían (los observó Cerletti), quedaban por un momento tranquilos, sedados. No tardó mucho en experimentarlo con los pacientes en los psiquiátricos de Italia. Al aplicarles una

dosis de terapia electroconvulsiva, desaparecían los síntomas agudos (como los arranques de ira, por ejemplo) en los aún mal llamados esquizofrénicos. Cerletti usó lo que llamaría electroshock para fines terapéuticos en pacientes con delirio y alucinaciones luego de experimentarlo en animales. Pensé que el electroshock estaba erradicado, lo creí en serio. Pero he leído en los medios que en un prestigiado hospital psiquiátrico continúa aplicándose como una forma de terapia. Es terrible la declaración de un médico adscrito a la Unidad Médico Quirúrgica. Dice que es un mito aquello que la gente sufre al sentir la descarga eléctrica y que el tratamiento se aplica mensualmente a "unos cuatro afectados". Y dijo más: que la terapia electroconvulsiva es ideal en embarazadas que padecen depresión. El doctor luego reconoce que cada vez el electroshock es menos frecuente pero sí necesario para beneficio de los enfermos. Pareciera que el avance científico (en cuanto a fármacos y terapias se refiere) no se ha dado en la ciencia médica, en la rama de la psiquiatría. ¿No es el electroshock una forma más, por parte de los médicos, de quitarse al paciente de encima con todo y sus problemas? Es una más, la otra lo fue la camisa de fuerza. Y sigue aplicándose, lo que es escandalosamente inhumano.

Ø

Martes 08 / 09:38 am
Anoche soñé una ciudad desconocida. Me dejan muy inquieto esos sueños porque veo lugares increíbles: calles que no van a ninguna parte, iglesias que uno casi toca con la palma de la mano, cielos lejanos y habitantes ajenos de miradas vacías. Casi no sueño porque --dicen quienes de esto están mejor enterados que yo-- que uno de los efectos del ansiolítico es desaparecer los sueños. Yo no lo sé pero a veces sueño como soñé de niño. Pero lo interesante de todo esto es que dentro del sueño, donde la vida puede ser tan real como la diurna, se va dejando uno abandonado a las propias circunstancias. Trato de escribir cuentos que toman el argumento prestado de la nota roja. Yo solamente reconstruyo --los llevo al plano de la ficción-- los hechos. Es --lo creo-- una manera de llevar mejor el tiempo encima. Hace frío y está nublado. En esa ciudad que no conozco y que soñé tan nítidamente como la mariposa negra que se ha

instalado en mi ventana, mis personajes se movían como en la ficción que escribo. Dato perverso del sueño mismo: ahora veo, recuerdo la ciudad, pero de los personajes --una mujer adulta y una adolescente-- sólo me quedan sus ojos, redondos y muy negros que me conducen a otra calle. ¡Ah!, es la calle que no tiene límites, la que nunca termina. Yo espero y ellas siguen caminando. Luego, nada más vuelve una de ellas, la adolescente. No me dice nada y vuelvo a traer hasta mí a una ciudad que quizá nunca voy a conocer.

Ø

10:32 am
De interpretar el sueño que he narrado, ¿cómo podría hablar una ciudad?: "Yo te preservo a diario, te cuido y te mantengo alejado de los peligros. Quiero que vivas en mí, que no te alejes y trates de conocerme bien. Yo te guío y te marco el camino al que no debes de ir. Me ilumino por la noche para que tu corazón y tu alma nose queden en la penumbra. Te ofrezco mis recovecos, ahí puedes desahogar y sin que nadie se entere tus miedos y tus secretos. Seré --pensémoslo así-- una especie de terapeuta para ti. Te pido que nunca me olvides y que cuando mires al cielo pienses que nada es eterno, nada..." ¿Pero yo a quién le estoy yo hablando?

Ø

09:56 pm
Me han llamado hace un momento y me han dado la mala noticia de que han asesinado a la hermana de un amigo mío. Todo indica que fue el propio marido, pues se llevó secuestrada a su hija de cinco años. Todas las campañas que los gobiernos han hecho para evitar el maltrato familiar siguen fallando. Fue con saña: la encontraron colgada de la regadera, como si se hubiera suicidado, pero golpeada como sólo un hombre lleno de odio al mundo podría haberlo hecho. Omito por el respeto que le tengo a la familia los nombres. Según me han dicho, la policía y la familia del presunto homicida (nótese que uso la jerga de los reporteros de nota roja) lo están protegiendo de más. Hasta

el momento no hay a quien castigar. Es penoso cómo se maneja la justicia. La familia de la víctima, así lo han expresado, lucharán todo lo que esté de su parte. Tengo aquí sobre el monitor de mi computadora una foto de ella sonriendo al lado de su hija: no se imaginaba en ese instante siquiera que sólo en unas cuantas horas la separarían de la vida.

Ø

Jueves 10 / 06:03 pm
ayer Ayer no toqué para nada este fragmentario. Me la pasé viendo televisión y corrigiendo un desperfecto del teléfono porque una sobrecarga arruinó el regulador de la corriente. Ya no tengo quien me deje mensajes, salvo en el buzón normal. He pensado que es lo mejor. Me topé de manera casual --se dice que nada en la vida es casualidad-- con un café acá cerca de mi casa. Pequeñito, sólo admite música de Francia. Ahí me voy caminando poco a poco a leer el diario y una muchacha de ojos de aceituna me atiende favorablemente. He cambiado, sin advertirlo, lo aseguro, mis rutinas. Y es que yo ya no puedo estar y muchos menos hablar con los mediocres. Cada vez que tengo oportunidad doy como referencia una entrevista que Pita Amor (ya casi al final de su vida) le concedió para un programa de televisión a Daniela Romo. Ante la pregunta ¿qué es de tu vida últimamente?, la poeta (o poetisa como prefieran, lectores) respondió que estaba recluida, que casi no salía porque ya no aguantaba a la gente tonta y agregó “pero menos a la gente fea” y recalcó: “es por eso que me tienes aquí, recluida”. Aquello que se dejó sentir como desprecio y altanería, al paso del tiempo, no lo veo tanto. Ella tenía el derecho de decirlo: he llegado a compartir la opinión de Pita Amor pero estoy convencido de que quiero alejarme más de todos los simuladores y de los traidores que los hay como alacranes debajo de las piedras. Y es por eso que ando por acá, descubriendo y (re)descubriendo otros nuevos espacios donde alojar la tranquilidad que me pueda restar en esta vida. Ya veremos qué sucederá para la otra.

Ø

07:11 pm
Difícil que alguien se proponga descifrar la maldad humana. Nadie lo ha hecho nunca jamás. Sea o no innata al hombre ahí aparece como el tordo que se asoma y se esconde luego. Ahí está descartado el nombre de la culpa: ésta no existe ante la verdadera maldad. Por eso los sicarios matan, por eso quienes delinquen despojan, aunque lleven el cuello almidonado. Por eso nada hay más allá de esa negra pared.

Ø

Viernes 11 / 02:24 pm
Si, como lo han escrito los psicoanalistas, quienes cometen actos de maldad no han desarrollado el sentimiento de la culpa, entonces ahí hay que incluir en ese género a todos los que de manera ilícita, engañando a los demás, llegan a acumular fortunas. Llámese a éstos: usureros, políticos, empresarios, falso gurú o simple simulador. Yo creo en el karma. Deben creerme.

Ø

03:08 pm
Un falso gurú es mucho más inteligente que un simple y llano simulador. Entre ambos hay marcadas diferencias, claro.

Ø

Miércoles 16 / 03:50 pm
No olvido la única ciudad del mundo que conserva de mi infancia mis momentos de alegría. En cada uno de sus sitios hay algo de mí. Y yo tengo todo de ella. Estaré ahí unos días, mientras pasan estas vacaciones. Espero un mejor año: menos fobias, menos miedos, mucho menos ansiedad: ésa me destroza. Caminaré bajo el cielo más azul y más profundo que conozco. Me he medicado bien, voy preparado anímicamente y he borrado ya todo pensamiento negativo de mi cabeza, las cosas deben ir bien. En el camino siempre

puede haber malos presagios pero los echaré a un lado, para eso nos sirven, además de ayudarnos a remontar las montañas, las alas de la imaginación.

Ø

Jueves 17 / 01:28 pm
Ahora estoy en una ciudad que sí conozco aunque vive --y pervive-- lo mismo en mis sueños. Viajé toda la noche en un cómodo autobús porque tengo miedo de que mi oído llegue a sufrir algún mínimo desajuste. Dicen que con el tiempo, y a medida que se va envejeciendo, llega el miedo a instalarse hasta más allá de la propia razón. ¿Miedo a qué? La ansiedad es la anticipación de los hechos. En la madrugada me alcanzó un poco de frío. Está el cielo bien despejado pero sopla el aire helado. En esta ciudad siento que mis muertos respiran: la amo tanto...

Ø

01:59 pm
El simulador dice que es artista plástico y no ha pintado una raya en la pared / dice ser poeta y no ha escrito un pinche verso / dice ser narrador y no ha descrito siquiera la fachada de su parroquia / dice ser amigo de grandes políticos / (a mí llenaría de vergüenza) / dice y dice / (...) / el simulador no es nada / en su fiebre él cree que lo es todo / Pero el simulador necesita que alguien más refuerce lo que afirma que es, aunque no lo sea / por lo general se trata de un perverso / que luego se ríe / a solas y en compañía / sin embargo el simulador sigue teniendo una autoimagen que no le corresponde / (...) / Los caminos de la esquizofrenia tiran pa'lante... tiran pa'lante, para usar una expresión muy catalana.

Ø

Domingo 20 / 12:26 pm
En la madrugada me despertó de mi complaciente sueño

una helada de proporciones escandalosas: los cristales que miran a la calle se empañaron y afuera, sobre los capacetes de los autos, se dejaba ver una capa de hielo. Cuando lo consideré oportuno, caminé dos calles en busca de unos garrafones de agua. No sé que mal movimiento realicé que me quedé adolorido del brazo derecho y luego pensé basta con la negatividad, no pasa nada. Hace frío y sopla el aire que no han podido detener los cerros que rodean la ciudad. Veo al cielo impaciente, o sólo me lo parece: pareciera que se mueve de aquí para allá. Eso es lo que tiene encantado al niño que fui.

Ø

12:37 pm
Volver a la infancia, escuchar las canciones de otro momento ya lejano... Una capacidad que no poseen los ingratos insensibles, los que no saben (o no quieren darse cuenta) que la ciudad resguarda para siempre una parte de nosotros. Y esa parte s

Ø

Miércoles 23 / 01:25 pm
Sigue arreciando el frío, en este momento las nubes cubren el cielo. Pero yo acá escucho a los Beatles: All you need is love. Me siento bien.

Ø

Jueves 24 / 12:39 pm
Leo en el diario una nota simpática y al mismo tiempo terrible. Se explica ahí que un intruso subió por una escalera a una casa ajena y que el verdadero dueño, al darse cuenta, llamó a la policía. Es un caso extraño pero en verdad suele ocurrir. Una vez me ocurrió, cuando vivía en la 3 Oriente, en el Centro Histórico, a sólo una cuadra del Zócalo. Vean: un abogado que tenía su despacho debajo de mi departamento, se trepó por una puerta enrejada que da

a la calle hasta mi balcón, tiró el cristal de la ventana usando su propio zapato y se metió a dormir. Yo lo noté en la madrugada que llegué de una reunión con un ron de más en la cabeza. Se me hizo curioso el hecho: lo conminé a salir de ahí y bajó por el patio interior hasta su pequeño despacho. Pero lo que cuento aquí sucedió en Kandern, Alemania, y se dio a conocer como "Un mundo raro". Transcribo a continuación la nota íntegra, ¡jo!:

**Tal vez debido a la inclemencia del tiempo, hombre de la localidad de Kandern, en Alemania, se coló en una casa ajena y se acostó a dormir en una cama, informó hoy la policía local.

La policía determinó que el intruso usó una escalera para subir hasta la ventana por la que entró en la propiedad, situada en el sur de Alemania, cerca de las fronteras con Suiza y Francia. La temperatura en la zona se halla actualmente a cero grados.

Una vez adentro, el intruso se quitó los zapatos y las medias, se puso una camisa de dormir y se metió sin más en la cama. Pero el ocupante de la casa escuchó desde el piso de abajo los ruidos que hacía para acostarse y llamó a la policía.

El hombre pasó el resto de la nioche noche entonces al abrigo de la celda en el destacamento de la policía local. El motivo por el que entró a la casa no está claro.**

Sería un buen --y travieso-- deseo para mis amigos: encontrarse a un ser al que jamás habían visto en su recámara, adentro de sus cobijas. Curioso.

Ø

12:56 pm
Mañana estará la ciudad solitaria y así va a lucir todo el día. Me provoca sentimientos contradictorios. Es como comenzar otra jornada sin ánimo... Pero hay aún tantos y tantos proyectos... El 2010 se espera agitado: será un año de crisis económica y moral. No pretendo ser adivino para hablar de lo obvio, de lo que ya está ocurriendo en el país. En México hay (me cuento orgullosamente entre ellos) más pobres que potentados. La mayoría vivimos o medio vivimos de nuestro trabajo cotidiano. Quienes se enriquecen

a costa de los demás, del engaño y de la charlatanería, han dejado abandonada la culpa en la misma caja donde cargan sus muñecos de ventriloquía. Allá ellos, su karma los espera. Las pésimas administraciones en el país, desde hace muchos sexenios, nos han mandado a vivir en las actuales condiciones. Pues no hay más que seguir viviendo, de cara a los delincuentes, de cara a los maleantes sin culpa. Testigos hemos sido muchos de la maldad humana. Sin embargo nuestros proyectos personales han de darnos la energía necesaria para continuar acá, en el mundo, admirando el cielo que se pierde y las estrellas que siempre resguardan bien sus secretos.

Ø

Enero / 2010
Sábado 09 / 11:46 pm
No creo en los largos --en los prolongados silencios-- no había abierto el fragmentario. Hace frío. He sufrido una que otra crisis de vértigo que suele acompañarse siempre de un agudo chillido --y dolor-- en la nuca. Lo entiendo: quienes me odian estarán encantados. Hay, sin embargo, dos o tres personas que sí me quieren en el mundo. A ellos les dedico parte de este escrito y ellos y ellas desde su propio corazón saben perfectamente que los estoy observando. Ha pasado la Navidad y todas esas cosas que por momentos me ponen ansioso. Soy como los perritos que no salen de casa y cuando lo hacen se les ve frenéticos corriendo por el parque. No he dormido bien pero a cambio del Rivotril ahora bebo un carajillo, me lo enseñó mi padre como una elegante medida contra el frío. No es nada del otro mundo: un poco de brandy o ron diluido en café. Se duerme bien durante algunas horas de corrido pero la madrugada tiene que llegar y me sorprende contándome una historia. Ahí viene el sol.

Ø

07:54 am
Escucho las noticias en la radio: es desolador el panorama informativo. El tiempo es malo, hay nubarrones en todas

partes. Me aqueja una sentencia que aún no reconozco del todo. Algo se esconde bajo la niebla. Muy abajo.

Ø

Jueves 25 / 08:12 am
¿Por qué --de dónde- provienen los largos silencios que nos inmovilizan?

Ø

08:14 am
Hace unos pocos días, el miércoles anterior, vi a los volcanes a lo lejos. Tenían la nieve hasta lo más bajo. He de decir que ante ellos tuve una visión que me paralizó. Los vi --lo escribí-- diáfanos. El concepto se me hace chocante pero así estaban. Diáfanos. Sobre ellos --así lo mostraba el citadino paisaje-- se azotaba una luz brillante y extraña. ¿Cómo explicarlo de otra forma? Fue un momento de contemplación que se ha vuelto infinito y que me hace vulnerable. Volveré a ver el mismo cuadro que será otro a la vez. Esa revelación me quedará ya para siempre, hasta la hora --también infinita y única-- de mi muerte. Diáfanos: no todo está perdido aún. Lo presiento.

Ø

Marzo
Lunes 15 / 08:42 am
Me han invitado a desayunar en un restaurante del Centro. No siento hambre, tengo náusea. Pero uno ha de sobreponerse a todo. Se lo he prometido a mi único hijo Nelson quien me observa y baja la cabeza angustiado. Tengo el ánimo suficiente para meterme a la ducha. Afuera se oye el ruido de los pichones.

Ø

08 / 58 am
¡Ah! Los Tenn Tops cuando cantaba con ellos Enrique Guzmán. Dejo que corra el CD mientras me doy un baño, buena falta me hace para despejarme. Colocaré un letrero en la puerta: “Alonso: no permitas que los pensamientos negativos te perturben”.

Ø

Abril
Viernes 16 / 08:25 am
He dejado que el tiempo corra sin abrir estas páginas a propósito. Estuve retirado de todo. Me alejé de la ciudad de Puebla y de todos los medios impresos. Cada mañana me levantaba con la esperanza de que en el mundo y en la vida estuvieran ocurriendo cosas nuevas, lejos de lo malsano. Por eso tarde me enteré de un caso muy complicado, de acuerdo a lo que ahora veo en la televisión o leo en los diarios. El caso Paulette, el de la niña desparecida primero y luego hallada muerta después de nueve días entre el colchón de la cama donde dormía y un tambor de madera... Los mexicanos siempre prestamos oídos a los escándalos de este tipo. Así hemos sido en nuestra historia. He tratado de ponerme al tanto del asunto pero me ha dado lo que se llama “flojera”: se han acumulado datos y hechos, todos terribles. Lo peor que la única protagonista es una inocente de apenas tres o cuatro años de edad. Pasan los días y nada se tiene claro. Se dice que sus nanas tienen mucho que ver o que los padres de la niña intentaron cobrar un seguro y que (inaudito) los perros de la policía no encontraban el cuerpo porque son animales que olfatean sólo a los seres vivos. Lo único que me queda claro es que Paulette, la inocente Paulette no merecía ese fin y menos el trato que le está dando la prensa día a día.

Ø

Mayo
Martes 18 / 07:42 pm
Hay mucho de verdad en que los largos silencios están cargados de sabiduría. He meditado todo este tiempo, he

meditado como he podido. Me veo cada vez con menos gente alrededor. No sé si eso sea benéfico pero creo que me he sentido cómodo. En estos últimos días (ah, los días que corren y corren como los trenes sobre los rieles) he leído al humanista doctor Arnoldo Kraus. Lo he seguido regularmente en sus artículos periodísticos pero el libro que leí con tanto placer, Una receta para no morir /cartas a un joven médico, un volumen editado en el 2005, me ha dejado invaluables enseñanzas y escribí un par de artículos. Me sigue dejando perplejo aún la vulnerabilidad del ser humano. El sufrimiento ha dejado de ser algo importante. Es entonces que la bioética se plantea muchas interrogantes. Resumo el contenido del pensamiento de Kraus en pocas palabras: necesitamos médicos que hagan suyo el sufrimiento del otro. Sólo así haremos mucho más habitable el mundo.

Ø

07:57 pm
Está rodando la tierra, aquí a mi lado he sentido que se mueve. Comienza a asomarse la oscuridad. El horario de verano permite que la luz del día entre por esa tonta ventanita ventana casi a esta hora todavía pero ahora llueve un poco y me auxilio de una lámpara de escritorio cuya luz admite que ronde una que otra mariposa nocturna. Sigo recluido. Veo televisión e interpreto el contenido de los noticieros. Todo es incómodo allá afuera. Algo que está aquí y que no puedo verlo me salva de las garras invisibles que presiento cada vez que debo abrir la puerta. Hoy sólo deseo dormir tranquilo. ::::::::::::::

Ø

Lunes 24 / 12:48 pm
Leí el libro de doctor Arnoldo Kraus, un texto magnífico, el pensamiento de un verdadero humanista. Escribí un par de comentarios en mi libreta. Reproduzco para ustedes parte de lo que en ese momento dejé como constancia: Es un libro compuesto de Cartas a un joven médico, un invaluable testimonio de la sensibilidad de un verdadero médico que no

teme a sus pacientes y que puede aún palparlos. No sólo es de interés para los médicos de profesión o para los trabajadores de la salud, sino para todo lector que se quiera acercar a él. Lo primero que sentencia Arnoldo Kraus es que, ante el avance tecnológico, la profesión del médico --paradójicamente-- se ha apartado de lo que verdaderamente tenemos los seres de humano. Los psicoanalistas pretendían el acercamiento al paciente todo lo que se pudiera con el fin de hacer suyo el sufrimiento del otro. En la práctica terapéutica esa medida comenzó a dar resultados. Me interesa el tema de la enfermedad porque es algo que está presente, de alguna manera, en todos. La variación consiste en afrontarla. No hay enfermedades, dicen los médicos, hay enfermos. O bien, cada organismo reacciona de manera distinta ante un mismo síntoma. La historia de la patología arroja mucho entendimiento al viejo asunto filosófico de la capacidad de ser vulnerables ante los ojos de quien está padeciendo algo terminal. Esa capacidad de ver, de palpar y de comprender al otro se ha perdido. Palpar --dice Kraus-- al igual que mirar y escuchar es el arte que le permite al médico acercarse al diagnóstico: el mito de Sísifo.

Ø

12:59 pm
Sin embargo, insisto: el tema que toca en su libro Una receta para no morir Arnoldo Kraus, es amplio. Me interesa esa visión tan humanista del autor, esa sensibilidad tan propia que debe tener todo médico frente a alguien que sufre. En efecto --perdón por la obsesión-- nadie, absolutamente nadie, entenderá ni siquiera un mínimo las circunstancias de alguien que está sufriendo. Es por eso que Kraus cita a Dostoievski: “todos somos responsables de todo y de todos, y yo más que los otros”. Entonces nadie debería ser ajeno a los malos momentos por los que atraviesan nuestros semejantes, nuestra especie. En la carta número nueve, Arnoldo Kraus define lo que es la bioética: “una disciplina científica que estudia los aspectos éticos de la medicina y la biología en general, así como las relaciones del hombre con los restantes seres vivos”. Debo incluir aquí entonces también a los animales. Me detengo un poco en lo que Kraus anota como “Los derechos de los enfermos”:

Derecho a la privacía privacidad (es el enfermo quien decide qué hacer qué hacer con la información acerca de su enfermedad)
* Derecho para aceptar o no un tratamiento (un principio que debe ser respetado por el médico)
* Derecho a la información (un enfermo entre más informado está más coopera)
* Derecho a participar o no en protocolos de investigación (los enfermos --ahora lo sé--tiene todo tipo de protección para rehusarse a participar en trabajos de investigación).
Hay un apartado aquí que tiene que ver con un "testamento en vida", derecho de todo enfermo: es un documento que le permite al interesado "adueñarse de su vida y ser copartícipe de su muerte". Y me da tema para escribir una ficción la pregunta que deja el doctor en el aire: si el enfermo confiesa al psiquiatra su deseo latente de matar a uno de sus más cercanos amigos, ¿éste debe alertar a las autoridades? Buena pregunta para la bioética. ¿El mito de Sísifo?

Ø

01:20 pm
Un testamento en vida... adueñarse de uno y cooperar con la muerte. Todas las cualidades del hombre sobrevienen a la hora en que éste deja de existir. Eso me da miedo porque se han cometido --justamente por eso-- muchos actos desagradables. Yo por lo pronto quiero instruir a mis familiares y amigos más cercanos, a mi hijo Nelson, y a quien me sobreviva y sienta lo que es la compasión, que por favor --lo pido encarecidamente-- no me hagan el ritual del velatorio. No he de merecer homenajes póstumos, no soy nadie, de eso debiera estar tan tranquilo... Pero de pronto aparece algún ocurrente que pide esas cosas tan incómodas y molestas... Nada de eso, el silencio es lo que a uno le corresponde cuando ya se está muerto.

Ø

Sábado 29 / 12:45 am
He de dormir un poco. Creo que me hace falta. No puedo

conciliar el sueño si no tomo una media tableta de Rivotril, el ansiolítico que me prescribe el neurólogo J. Galindo. Se lo agradezco tanto. Cuando no puedo dormir me cuento a mí mismo historias a la manera de Stephen King. “Me ha tocado el verano” --es una frase que soñé--. No sé si sea un buen comienzo para una más de mis ficciones.

Ø

09:39 am
Me sigue aterrando el caso Paulette. En este país la impunidad se traduce --obviamente-- en la ausencia de la justicia. ¿A quién se intenta proteger en todo esto? No creo en la investigación y mucho menos en lo que concluyen. He ido reuniendo poco a poco un archivo pormenorizado del caso. Creo que tendré que irlo revisando poco a poco.en este fragmentario.

Ø

10:39 pm
Hoy no ha llovido: el cielo está despejado. Al fondo de mi calle la luna aparece redonda, enorme y roja casi rebotando contra el piso. Y mi corazón más se ensombrece.

Ø

10:41 pm
Ayer me regalaron un CD con canciones que transmitía la radio en los años cuarenta y cincuenta. Al escucharlo recordé de pronto, en una de sus canciones, la sala de mi casa y su piso de madera y su humilde consola. Escuchar la letra del entonces todavía popular Antonio Badú en los increíbles sesenta me regresó la cara sonriente de mi padre, la amorosa mirada de mi madre y la solemnidad de mi tío Carlos. Esa letra la tenía un poco en el olvido pero el escucharla fue como recuperar un bloc lleno de notas largamente extraviado. Es seguro que a muchos lectores nada les diga y a otros quizá les traiga sólo un ligero pasaje.

A mí me trajo el generoso corazón de mi padre, la ternura de mi madre y los ojos a veces acuosos de mi tío Carlos. Pero mejor escúchenla ustedes, se llama Distancia:

Una tristeza hay en mí
es que por fin lograste apartar
de mi vivir tu raro mirar
porque te vas de mí
pero los besos que yo
te arrebaté al decirme tú adiós
esos ni tú ni nadie ni Dios
me los podrán quitar
con la distancia tú
muy pronto me olvidarás
sé muy bien que no me recordarás
pero los besos que yo
te arrebaté al decirme tú adiós
esos ni tú ni nadie ni Dios
me los podrán quitar.

Y la luna casi me toca.

Ø

11:48 pm
El piano es hermoso. Difícil recuperar la Distancia. Los años han pasado pero yo veo siempre hacia atrás para mantenerme vivo. El futuro siempre es incierto porque sólo es una posibilidad. Yo estoy allá, bajo la luna de entonces. Y sé que tendré que dejar de verla alguna vez y para siempre.

Ø

Junio
Viernes 18 / 10:05 am
No ha dejado de llover. Ha sido una lluvia persistente, desde anoche. No puedo, por lo tanto, salir de acá, de este pequeño espacio que es mi departamento. Estoy siguiendo el Mundial de Sudáfrica. Ayer la selección mexicana obtuvo un triunfo engañoso en Polokwane, sobre Francia. En todo México, los festejos de los aficionados se prolongaron por varias horas. Yo

sigo inestable, ésa es la palabra. Más de ocho días hace que el vértigo no me abandona. No he ido al médico, sólo me he tomado lo que me prescribe siempre: diuréticos, un poco de cortisona, un vasodilatador, ansiolíticos y reposo. Nada más. Me cuesta volver a estas páginas, me cuesta un poco. Me ha explicado el neurólogo que lo mío se debe ante todo a tensiones acumuladas. No lo entiendo. ¿Será cierto que ocuparse --y pensar-- en el cretinismo hace daño a los hombres? De ser así podría tener cierta razón el doctor J. Galindo.

Ø

10:15 am
Tengo hambre: buen síntoma. Tengo un poco de hambre y se me ocurre salir así, con todo y la lluvia, a traer un café y algo de fruta al restaurante que tengo más próximo. Buen síntoma.

Ø

10:17 am
¿Y para qué me manda esos medicamentos J. Galindo? No lo entiendo, me pregunta que si tengo olvidos en la vida. ¿Olvidos? No, le he dicho.

Ø

«Se ve que Alonso se pasó un buen tiempo aporreando la Remington, como él mismo lo dice. Se ve que transcribió obsesivamente este diariotestamento que llama *Fragmentario*: aquí están sus estados de ánimo, el terror que lo fue invadiendo sin que él se diera cuenta, su pánico incontenible hacia la violencia. No habla casi de Lorena, no menciona la fugaz relación que mantuvo con una mujer más joven que él, pero sí una vaga conciencia de que algo no comienza a funcionar en su interior. Y sabe, lo sabe bien, que su soledad

crece. Crece», piensa Nelson.

Ø

8

En el invierno los días son más cortos, siempre. Comienza a caer la tarde y la oscuridad. A Alonso las tardes opacas le gustan. J. Galindo acompaña a Nelson. Bruno y Norma fueron a traer algo de comida. Le avisaron a Nelson que a Alonso lo habían localizado, golpeado, en un hospital que nada más cuenta con una enfermera y un médico residente en la nómina. Es un hospital pequeño al sur de la ciudad, perdido sobre un amplio bulevar y sin las medidas de asepsia que debe tener todo nosocomio. Le llamaron de la PGJ porque ahí lo reportó un guardia de turno. Le pidieron entonces que fueran por él de inmediato, «lo van a someter a una valoración». J. Galindo imagina que debe ser una boba valoración: «ni siquiera saben qué sintomatología tiene», dice. «El pómulo está inflamado y tiene pocos hematomas en el pecho, además de una importante incisión cerca de la oreja izquierda», le informaron a Nelson.

Saben ya dónde está Alonso, el detective privado y reportero de nota roja egresado de los cursos de la vida, de los cursos por correspondencia.

—Le llamé a Lorena; no viene —Nelson se palpa el cuello como queriendo jalar aire.

—Creo que tienes razón —dice J. Galindo—. Hay cosas que a mí no me incumben. Lo que yo sí te dije hace mucho es que no lo descuidaran y que le pidieras un poco de ayuda.

—¿A Lorena? No, a ella no —objeta Nelson, tiene la mirada vidriosa como gotas de cristal.

—Es momento de que pienses en la sugerencia de Norma, no importa que me oiga cruel —sentencia J. Galindo—. Creo que puedo opinar porque es mi paciente y mi amigo. Habrá que checarlo de nueva cuenta, sólo entonces te diré, a mi

modo de ver las cosas, qué es lo que se puede y qué es lo que no se puede hacer. Independientemente si va o no a un centro de ayuda, él no debe andar solo. ¿No te sugerí, Nelson, que le colocaran una pulsera donde estuvieran grabados sus datos personales? Se habrían ahorrado todo esto.

Aún están en casa, esperando. Entran Norma y Bruno. Llevan refrescos y pollo frito. «Deben pensar que se trata de una fiesta», se dice Nelson. Dejan encima de la mesa todas las cosas. Norma destapa un refresco de mandarina y bebe en un vaso desechable.

—Vamos, yo debo trabajar —dice J. Galindo.

—Me apena, doctor —habla Nelson mirando hacia otro lado.

—No te preocupes, Alonso es mi amigo.

Nelson trata de arrancar el Chevy que no queda bien a pesar de que lo ha revisado el eléctrico.

Toman la ruta del sur, hacia el hospital donde tienen al detective Alonso Peralta.

∅

Inhóspito territorio. «Esto no es un hospital, si acaso es una clínica para emergencias donde atienden a borrachos accidentados», piensa J. Galindo. Bajan por una rampa que se aprecia sucia y se topan a una enfermera bajita y de manos gigantes. Ella es pálida y lleva el pelo recogido bajo la cofia. Muy seria, saluda a regañadientes. Si acaso hay tres habitaciones y las camas, de colchones gruesos, son todavía de latón, de las que se reclinan dándole vuelta a una manivela metálica. En una de esas camas está Alonso Peralta. Lo tienen en observación. Un policía de guardia vigila a las personas que llegan «por si en una de esas escapan o tienen líos con la justicia». A Alonso lo llevó alguien y lo dejó en el hospital, apoyado contra la puerta. No estaba inconsciente, hablaba y lo hacía de más. «Es delirante», dijo la pequeña enfermera. Sin embargo, entrevistaron a su acompañante y le permitieron que se fuera luego de unas cuantas horas. «Aquí están su nombre y sus datos: Dámaso López», expuso el administrador.

—Si lo trajo hasta aquí Dámaso, eso indica que anduvo por ahí, por La Concordia. Muy raro que después de que le había agarrado fobia al café regresara a buscar a la Dama —dice Nelson.

—Me extraña que no lo conozcas si es tu padre, es un maniático que no cambia —responde J. Galindo—. Ese parche que tiene encima es una exageración. Saquémoslo de aquí y ya en casa lo atiendo como debe ser.

Nelson se dirige a lo que parece la administración para afinar los últimos detalles.

Alonso está demacrado.

—¿Vienen a matarme? ¡J. Galindo es un protector de delincuentes! —grita tan alto que es escucha a lo largo del pasillo—. Pero no será nada fácil matarme —advierte.

J. Galindo lo mira, solamente lo observa.

—¿Cómo llegué aquí, qué diablos tengo? Estoy enfermo, ¿qué van a hacer conmigo?

Ø

—En cuanto puedas llévamelo al consultorio —le pide J. Galindo a Nelson.

—Hay que firmar un documento y un acta que levantarán, hasta la clínica más… rascuache tiene sus propias reglas —dice Nelson—. Y hay que pagarles.

—Te espero allá, afuera.

—Tardaré un poco, en lo que se mete a la regadera, el pobre Alonso huele a barrio abandonado.

—Bueno, los veo después, en consulta, me llamas antes y límpiale las heridas sólo con jabón y un antiséptico.

J. Galindo rodea un depósito de desechos quirúrgicos y percibe el olor de una clínica descuidada. «Ésta es zona de contagios», piensa.

Ø

Nelson sale a buscar un teléfono público y se comunica con

Bruno.

—Estaba durmiendo —dice él.

—No te muevas de ahí por favor, ya vamos.

—¿Vas a traer al abuelo?

—No lo sé, antes lo ayudaré a que se bañe.

—Está bien, los espero.

—No te muevas de ahí —es todo lo que alcanza a decir Nelson antes de que el crédito telefónico se le termine.

Le parece que van lentos los trámites: una hoja membretada de la PGJ, otra más de la clínica y una para que firmen al calce y de conformidad. «En qué lío me has metido, Alonso», piensa Nelson.

«Tu padre no está bien, dice cosas que no comprendo», recuerda la sentencia de Norma. «Un albergue, un centro de ayuda para los enfermos de alzhéimer».

La enfermera pequeña y de manos grandes le quita el suero, un líquido amarillo que gotea a la velocidad de la luz.

—Ya no lo necesita, son vitaminas porque no ha comido —dice.

Alonso se mete a la regadera; dice que él no quiere ver a J. Galindo, alega que ya no es más su amigo.

—¿Te trajo Dámaso, Alonso? —le pregunta Nelson mientras lo sostiene bajo el chorro de agua.

—¿Dámaso? No, Dámaso no, me trajo Marcia —res-ponde Alonso.

No insiste, Nelson comprende que en estos casos todo se vuelve confusa tortura, pero deduce que Alonso se refugió en La Concordia y que ahí se encontró a Dámaso. Entonces se fueron juntos a un bar. Es probable que ahí lo hayan golpeado y que Dámaso lo tuvo que llevar al hospital. «Ésta es una clínica de lo peor», dijo J. Galindo antes de irse.

Lo raro es que a Dámaso no lo retuvieron y lo dejaron ir. «No pudo sobornar a nadie, no tiene ni en qué caerse muerto». Nelson firma los documentos que le presentan. Antes, limpia otra vez los lentes, se llenan de vaho cada cinco segundos.

—Eso de limpiar los anteojos tantas veces es cosa de maniáticos —le reprocha Alonso. Lleva encima la misma ropa: un pantalón de mezclilla, una playera verde y un sobretodo gris al que casi se le están cayendo las mangas.

Nelson firma todo.

Ø

—Me vas a sacar de aquí y allá afuera estaremos en peligro —dice Alonso—. Yo no quisiera irme.

—No pasará nada.

Nelson vuelve al baño, sólo hay un lavamanos, un antiguo retrete y la regadera que tiene una fuga. Orina y sale, Alonso está en la orilla de la cama.

—Acércate, escúchame —dice Alonso—. Ya no me importa un cacahuate Lorena, ¿comprendes?

—Muy bien, hay que salir de aquí. Déjame que termine de ponerte los zapatos —contesta Nelson.

Alonso suspira, tiene en los brazos las marcas que le dejaron las jeringas.

—Afuera me van a matar, Nelson. Tengo miedo.

—Nadie te va matar —responde.

Salen a la rampa y caminan hacia arriba. Llegan a la puerta, acompasados. Nelson se dirige a una máquina automática y obtiene un café de lo más insípido, helado, grosero. Lo tira en la primera alcantarilla que se encuentra.

El Chevy no arranca, se llena de paciencia.

Deja que pasen los minutos…

Ø

«Se olvida de lo inmediato —piensa Nelson—. Dice que recuperará a Lorena, pobre».

Alonso toma el medicamento que le prescribió J. Galindo. Estas últimas y eternas horas, Nelson ha leído uno que otro texto que Alonso publicó cuando él mismo presumía tener «cobertura nacional». Sin duda se preparó, se informó hasta de la estructura de las huellas digitales, de los compuestos químicos, de los tipos de armas. Se pasó muchas horas de su vida tocando diversos temas con J. Galindo, quien le enseñó todos los secretos de la neurología y la medicina legal.

Ø

—Le pondremos una protección especial a las puertas.

—¿No hay matones en la calle?

—No pasará nada —dice Nelson—. ¿Puedes recordar quién te llevó al hospital?

—No.

—Fue Dámaso. ¿En dónde anduviste con él? —Nelson limpia una y otra vez, compulsivo, sus anteojos.

—¡Quién demonios va a saberlo! ¿Tú crees que regresaré con J. Galindo si ni siquiera tiene una secretaria que atienda las llamadas telefónicas?

—Tendrás que hacerlo.

—Tampoco iré a tu casa, Nelson.

—Estarás bien, ya verás, vas a estar bien —contesta Nelson.

—¡Que se vaya al demonio J. Galindo!

—Tienes que hacer lo que él te dice, te conoce bien…

—¿En dónde me tienes encerrado? —dice Alonso—. Esto no me gusta nada, nada.

Él ya es así: de la euforia a la tristeza, del olvido a la lucidez, del pasado a un presente que ha perdido. Dice J. Galindo que el tiempo lo agravará todo, «como estas tardes que se van alejando al lado de las nubes», piensa Nelson.

Ø

Nelson anota en una libreta, a la manera en la que lo hacía Alonso en su *Fragmentario*, una especie de bitácora. La llama *Cuaderno alzhéimer (Evocación de Alonso, mi padre)*. Recién inicia: «Un testimonio del horror al lado de lo que de él queda», escribe. Y sigue:

> Alonso, mi padre, era un hombre lúcido, dueño de muchas lecturas, reportero de nota roja, aprendiz de linotipista, voluble amante de la música: brinca

abruptamente de los tríos que oía en su casa, de chamaco, a Burt Bacharach o a Paul McCartney, además es autor de muchísimas ficciones que tienen su origen en lo policiaco, «en lo que la vida tiene de miserable»…

Ø

Nelson lee otro de los textos que encontró. Está fechado en un diario local en octubre de 1992:

Las felices incógnitas de la novela policiaca
Por Alonso Peralta

Hace ya muchos años, cuando era yo un despreocupado estudiante de preparatoria, solía treparme a la azotea de mi casa con el irremplazable propósito de leer novelas policiacas. Me encantaba enfrentarme a los personajes de las pocas obras del género que entonces conocía. No me fue nada mal: bajaba más feliz y más orgulloso de sentirme un experto en temas del alma humana. Lo malo del asunto es que la realidad se presentaba abrupta en forma de platos, tenedores y los gritos de mis hermanas. No sabía por qué esa preferencia por los temas policiacos pero leer todo aquello me provocaba un gran sentido de felicidad. Recién había concluido mis estudios por correspondencia para ejercer como detective privado y estaba enamorado de Lorena, una muchacha que fue mi vecina, la conocí de niño, se la llevaron sus padres a vivir a otro lado pero la reencontré luego, con el tiempo.

Quizá para hacer menos dolorosa la vida mezclaba las vivencias cotidianas con las ficticias: de pronto mi pobre abuelo era el principal sospechoso de un asesinato cometido en un lugar cerrado. Y así lo visualizaba: el rostro adusto y de gran estatura aventando al sillón más cercano su gorra de aficionado beisbolista.

Una tarde, no recuerdo ya ni la hora ni el día, a un maestro se le ocurrió la ingrata idea de ordenarnos que concluyéramos unas sumas aritméticas del tamaño del

averno. Como mi orgullo consiste en no ser amigo de los números, decidí escribir (según yo) lo que pensé un cuento policiaco. Recuerdo la primera línea: “Cerca del tiro al blanco cayó Lorenzo fulminado”. Lo demás consistía en que una mano invisible y asesina cambia uno de los rifles. Un personaje oprime el gatillo y la bala se incrusta en el pecho del protagonista quien investigaba un fraude cometido por el auxiliar de una Notaría pública. Tan metido me encontraba en la historia que no advertí la inquisidora mirada del maestro, pegados los ojos como manchas de catsup en la hoja de mi bloc. Trató de ridiculizarme. No lo logró: me sentí conforme de que mis compañeros supieran que yo escribía ficción policiaca. Aquel cuento era una pésima amalgama de Brian Garfield y Edgar Box, seudónimo de Gore Vidal para sus novelas de temática criminal. Apenas había leído El vengador de Garfield en una edición de entregas que mi padre dejaba, cada semana, encima de la mesa. No sé dónde quedaron esos ejemplares, pero me gustaría releerlos ahora. Las portadas mostraban a las mujeres solemnes y maquilladas y pelirrojas al lado de hombres de duras mandíbulas metidos en inacabables gabardinas, dubitativos bajo su inclinado sombrero de ala. Es la imagen que conservo de los detectives.

Al irse acumulando los días como bola de nieve, descubrí a otros autores, a otros personajes y, por consiguiente, otros mundos. Infinidad de traducciones de la obra de James M. Cain, de Chesterton, de James Hadley Chase, de Patricia Highsmith, del sorprendente y maravilloso Horace McCoy, de Wilkie Collins y su intensa Piedra lunar, de Raymond Chandler o de Carson McCullers y su agraciado Corazón solitario.

En un viaje que me vi obligado a hacer a la ciudad de Torreón compré un libro de Osvaldo Soriano que vi al fondo de un negocio de muéganos, en la central de autobuses, No habrá más pena ni olvido, y supe que en castellano también se estaban escribiendo buenas novelas policiacas.

Un argumento muy socorrido de la época --proveniente de la crítica infame-- decía que en el país no hay novela policiaca porque no existen los detectives ni la investigación como en Inglaterra o Estados Unidos. Lo curioso es que lo que da energía a la novela policiaca en México es la vida abismal de sus personajes y su gusto por las desdichas ajenas.

Los personajes son seres que muestran toda la miseria de la vida real. La locura de los personajes es también la locura de los lectores.

Sigo asombrado y feliz, continúo dialogando con los tiranos y los salvajes, los inocentes y los desprotegidos.

Es hora de dejarlos entrar, que sean bienvenidos.

«Fueron pocos los textos que se salvaron, como éste… Se hace tarde».

Ø

9

Cuaderno alzhéimer (Evocación de Alonso, mi padre)

A Alonso lo lastimaron. No lo asimila ni él mismo todavía. Se olvida de lo inmediato, aunque no pierde la conciencia del todo. Dice J. Galindo que en casos como éstos nada es predecible. Ya se quitó el exagerado parche que le colocaron en la ínfima clínica en la que cayó supongo que por mero accidente. Alonso me dijo que va a recuperar a Lorena, algo que veo lejano. Él tuvo su oportunidad, no funcionó; Lorena, mi madre, no se ha planteado la idea de alejarse del Pastor.

Ø

Van en el auto, Nelson conduce lento. Llegan a casa.

Norma no puede ocultar su molestia y le dice que Bruno no fue al colegio.

—Por un día que no haya ido a clase el mundo no se acaba —dice Nelson—. Lo siento, no pude dejar solo a Alonso. Mañana veremos a J. Galindo y ya todo dependerá de lo que él me diga. He pensado en tu sugerencia: el médico opina que te asiste la razón, pero sucede que la vida de mi padre es un péndulo todavía, es un hombre que se da cuenta de todo y se olvida a ratos de lo inmediato. No me digas otra vez que tú no eres enfermera, Alonso no se quedará mucho en nuestra casa, te lo prometo.

—¿Has hablado con Lorena? —pregunta Norma.

—Para qué, ella no tiene responsabilidad alguna.

—Yo no pude llevar a Bruno al colegio, no pude moverme y para colmo tenía que irme a trabajar. Se quedó aquí y yo

me la pasé preocupada porque no sabía nada de ustedes.

—Llamé a Bruno —dice Alonso—. Además él ya puede irse solo al colegio. No lo hagamos un inútil.

—¿Cuánto tiempo se quedará tu padre?

—Mañana J. Galindo me dará su opinión y en todo caso buscaremos dónde puedan atenderlo, tranquilízate, no eres una enfermera, de acuerdo, todo de acuerdo.

Bruno se sienta en una silla del comedor y Nelson toma sus lentes para quitarles el vaho: su tic, su terrible costumbre. Alonso tiene ahora una gasa más pequeña en la cabeza, está morado del pómulo y le duele el costado derecho pero puede levantarse y tomar un lápiz y una libreta cuadriculada de Bruno.

—Ayúdame, ese dibujo que hiciste de Marcia no quedó bien. Lo voy a hacer yo mismo, tú ve aprendiendo —le dice a Bruno.

—¿Ves? ¿Te das cuenta?, ya comienza.

Nelson le hace una seña con el índice sobre los labios a Norma para que guarde silencio: «Déjalo, ya no será por mucho», parece decirle.

—Mañana tienes que levantarte temprano —le dice Nelson a Bruno—. Ya no puedes faltar al colegio.

Alonso los mira a los tres. Nelson tiene aún los lentes entre las manos, Norma se limpia la barbilla con una servilleta y Bruno ve cómo Alonso traza unas débiles líneas encima del cuadriculado.

Ø

—Listo: ésta es Marcia, la recordé tal como era. Ahora ve a descansar, Bruno —dice Alonso.

Al periodista y detective privado le disgusta sobremanera quedarse en una cama que no sea la de él. Se siente entre incómodo e inútil. Piensa que nunca debieron echarlo del medio periodístico, que pudo seguir formando a las nuevas generaciones.

—¿Qué hay de la investigación sobre los periodistas asesinados, Nelson? —pregunta.

—No hay avances, según los boletines de prensa.

—¿Nada? Ocultan las cosas, no se da la información —se mueve la gasa de manera involuntaria.

—Debemos ir al consultorio de J. Galindo —dice Nelson.

—Ése me quiere matar —dice Alonso.

—Hablemos mañana con él.

Alonso concluye el retrato hablado.

—Hemos terminado, Bruno. Ahora ve a dormir.

—Tú también, Alonso, ya sabes dónde está tu recámara.

Bruno le ayuda a levantarse.

—Me mareo —dice Alonso.

Ø

Cuaderno alzhéimer (Evocación de Alonso, mi padre)

No lo sé, pero presiento lejano a Alonso. No puede dormir, está inquieto. Lo único que deseo es que no se acelere todo esto. Le pedí a Norma que echara el pasador a la puerta, temo que a medianoche se salga y no quisiera volver a lo mismo. En cuanto pueda buscaré a Dámaso, a él lo encuentro en las inmediaciones de la 6 Poniente, quiero conocer su versión, dónde y quién golpeó a Alonso y por qué lo llevó a esa clínica. Mañana lo busco.

Ø

La madrugada encuentra despierto a Alonso. Tarda en reconocer la habitación ajena. No le gusta. Oye afuera el movimiento: es Nelson, habla por teléfono con J. Galindo. «Es muy temprano para molestarlo», reconsidera. Nelson cuelga el auricular y le dice a Bruno que se prepare.

—Pronto deberás irte solo al colegio, ya tienes la edad —dice.

Alonso sale de la recámara. El pómulo se le ve más inflamado.

—Te escuché: estabas hablándole a J. Galindo, ¿no es así? De una vez te digo que no iré a verlo, no iré a entregarme a

quien desea que me muera. Yo no le tengo confianza.

—Alonso, debo ir a trabajar, te dejo en tu departamento y llevaré a Bruno al colegio. Luego regresaré por ti, vamos a comer algo y nos iremos a la consulta, ¿comprendes?

—No —dice él.

—Pues J. Galindo nos espera en la tarde.

—Nada, ése quiere matarme —dice él.

—Vamos, cámbiate que se hace tarde.

Norma está de pie en el pasillo y dice que Bruno duerme aún.

Alonso entra al baño y se lava la cara, luego pregunta si llegó el diario. Nelson le explica que es muy temprano y que habrá que salir a conseguirlo en el puesto de la esquina.

—Quiero ver si hay avances en la investigación de los periodistas ésos —dice.

—Lo conseguimos enseguida, Alonso.

—¿A qué hora vamos a ver al infumable J. Galindo?

—En la tarde —dice Nelson—. Se te inflamó un poco más el pómulo.

—Aparentemente —dice Alonso.

Ø

Cuaderno alzhéimer (Evocación de Alonso, mi padre)

Alonso Peralta está orgulloso del título que luce a todas vistas en la pared: es Detective Privado por correspondencia. Hombre sencillo, buen lector, sin ambiciones desmedidas, preocupado por el destino de los otros, aterrado ante la violencia que día tras día se recrudece en el país. Se separó de Lorena, pero nunca supuso que esa separación le dolería tanto, sobre todo cuando se dio cuenta de que ella se había largado a vivir con un miserable Pastor. Su nombre no lo puedo pronunciar, mucho menos ponerlo en esta evocación que es sólo para Alonso. Si tuviera que describir a Alonso en pocas palabras diría que es auténtico, imaginativo, humano, generoso y de buen carácter. Quiere mucho a Bruno, a mi hijo Bruno. Yo lo dejo que le hable de cosas que sólo él sabe. Pretende que Bruno sea un buen periodista de nota roja y

dibujante de retrato hablado, dice que ninguna otra profesión es para él. A mí me sentaba en sus piernas, siendo yo un niño —cuántos recuerdos— y me enseñaba a aporrear la Remington que todavía usa de vez en cuando. «Aporrear», la jerga de los periodistas. Así que yo de algo tenía que sobrevivir. Rápido supe que nunca sería un especialista en medicina nuclear ni nada parecido. Odié la matemática y me gustaba leer todo lo que Alonso me daba: novelas de misterio y sus propias ficciones extraídas de la nota roja, un recurso que a él se le ocurrió desde que comenzó a rastrear esas notas en el diario de Gabriel Sánchez A. Me atrajo el oficio. Él mismo me fue guiando, él mismo me fue diciendo cómo adentrarse a la psicología de los delincuentes. Y sí, vagos recuerdos: yo en sus piernas aporreando la Remington cuando apenas diferenciaba la *a* de la *u*. Conocí a Norma como él a Lorena, en plena juventud. Yo creo que ellos, mis padres, jamás lograron lo que el común de las personas llama «congeniar». Cuando nos dimos cuenta de que algo fallaba en Alonso y que lo corroboró el doctor J. Galindo, creímos de verdad que nunca volvería a ser el mismo. Sin embargo, J. Galindo logró proporcionarle una buena calidad de vida. Alonso empeora; aunque no ha perdido del todo la conciencia, recuerda el pasado y se olvida, se está olvidando, de lo inmediato. Cada vez es más y más frecuente. Y ahora está convencido de que J. Galindo quiere matarlo; Norma opina que él debe irse a un albergue o centro de ayuda. Norma me ha pedido que lo aleje de Bruno lo más que pueda, ella no quiere, dice, un delincuente como hijo. Y Alonso está solo porque tampoco pudo rehacer su vida al lado de nadie, ni de aquella mujer con quien lo intentó sabiendo, creo, que el futuro se le presentaba como una lejana parte del cielo gris.

∅

—Te dejo en tu departamento, Alonso, no te vayas a salir. Te veo de muy buen semblante, aquí me esperas, al rato te llevo a comer algo y de ahí nos vamos a ver a J. Galindo —dice Nelson quitándole, sin que él lo sepa, el juego de llaves. Piensa echarle doble pasador a la cerradura.

—Cómprame por favor los periódicos, quiero ver qué les pasó a esos periodistas. Ese retrato de Marcia, ya lo tengo aquí.

Alonso se toca la bolsa de la camisa, la que va encima del corazón.

Ø

Cuaderno alzhéimer (Evocación de Alonso, mi padre)

Sé que él se la pasa incómodo en casa. Norma no disimula sus emociones. ¿He dicho ya esto antes? Prometo solucionar esta siniestra situación. Ingrato y paradójico sería que yo mismo me entregara a escribir una historia sobre la vida de Alonso. Pero no, ni pensarlo: lo conozco demasiado. Me preocupa. Mucho, de más.

Ø

Nelson cruza el bulevar, deja a Bruno en el colegio y se va a la redacción.

Piensa, piensa en el futuro de Alonso.

Ø

10

«Todo se ha vuelto lugar común. Hasta la violencia de allá afuera», piensa Alonso mientras busca en las noticias alguna información que lo remita al asesinato de los periodistas. Está y no está: recuerda y no: sabe qué busca y luego lo olvida: intenta abrir y no puede y no se explica qué pasa. La idea de volver a La Concordia le obsesiona. «La Dama tiene sus secretos», se dice.

La puerta está trabada y él no puede salir. Busca las llaves. Imposible: no aparecen en ningún lado pero él no toma conciencia de que Nelson lo dejó así a propósito: «Me importa su seguridad», se dijo.

Entonces Alonso le da un puñetazo al vidrio de la ventana y ve correr la sangre que le brota de la mano derecha. La ve correr de ahí hasta el lavamanos, manchando el piso. Alonso cae, aterrado. El pómulo no cede, se ve todavía inflamado. Él se toca la cabeza y la sangre brota abundante, se piensa sucio, arruinado. Se le presenta oscura la vida.

Ø

Cuaderno alzhéimer (Evocación de Alonso, mi padre)

Lo recuerdo bromista, bebiendo un ron, platicando en La Concordia de la 6 Poniente con sus amigos periodistas. El tiempo ha pasado, sin duda. Quiero, y debo, escuchar la versión de Dámaso, quiero saber qué pasó, quién golpeó a Alonso. Lo debe saber J. Galindo. Tantas cosas dependen de eso.

Ø

Nelson se cubre del viento. El clima cambia.

En la redacción el silencio es unánime. Él se dedica a monitorear y a resumir las notas que el jefe de redacción llama «estrambóticas, sensacionales y de interés general». Nelson debe elegir cuáles, entre muchas de ellas, deben entrar al impreso.

Nadie le hubiera dicho hace años que él, el niño miope, tendría que estar luego al cuidado de su padre, de Alonso Peralta. Las cosas vienen solas y suceden por algo. En su portafolios descubre el ejemplar de la novela que le dio J. Galindo para que la leyera Alonso. «Me olvidé de dejársela», se dice.

Presiente algo. No encuentra sosiego. Escribe, resume las noticias. No hay nada que lo remita al caso de los periodistas asesinados. «Y Alonso quiere la nota», piensa. Retoma la libreta, la evocación: «Está solo por decisión propia. Él lo dijo cuando ya no pudo seguir con Lorena».

Norma insiste. Nelson aún cree que debe haber otra alternativa, otra posibilidad que no sea un sitio para enfermos de alzhéimer.

«Alonso está miedoso, la violencia lo tiene al borde del colapso. Si él ha sido hipocondriaco y paranoico casi toda su vida, ahora el mundo se le viene encima con más fuerza, como cuando tenía fiebre y soñaba que sombras espesas caían sobre él desde un alto ropero».

Ø

Pareciera que el mundo y el infinito han desaparecido afuera. Pareciera que nada existe, sólo él, Alonso tratando dificultosamente de levantarse del piso sin lograrlo, arrastrándose hasta la cama. «Esto me lo han hecho Marcia y J. Galindo, quieren matarme», piensa caótico y se arrastra. Le da vuelta todo el exterior. Se arrastra y no llega. Ve la cama lejos, lejos.

Ø

Cuaderno alzhéimer (Evocación de Alonso, mi padre)

El país es un ejemplo de violencia, impunidad y corrupción: el país, nuestro país, se desmorona y todo indica que no hay quién lo levante. En eso tienes razón, querido Alonso. Entiendo tus miedos, tus delirios, tu ansiedad, tu terror…

Ø

Nelson recuerda que en el escritorio de la redacción guarda el dictamen que le extendió J. Galindo. Lo busca. Lo revisa como si fuera la primera vez, se asusta como si fuera la primera vez. Siente la garganta seca. Lo revisa como si se tratara de otro fragmentario, el del olvido:

PARTE MÉDICO / 02 de marzo 2011
PACIENTE: ALONSO PERALTA
SÍNTOMA: PRINCIPIO DE ALZHÉIMER
* Una forma de demencia que gradualmente empeora y afecta la memoria, el pensamiento y el comportamiento. Causa desconocida hasta no someter al paciente a estudios precisos.
* Los síntomas aparecen antes de los sesenta años.
* Los síntomas abarcan dificultad de la función mental, como el comportamiento emocional o de la personalidad, del lenguaje, la memoria, la percepción, el pensamiento y el juicio.
* La demencia aparece primero generalmente como olvido.
* El paciente se da cuenta de su olvido y tiene problemas del lenguaje y dificultad para recordar el nombre de objetos familiares.
* Comienza por extraviar artículos.
* Cambia de personalidad y pierde habilidades sociales.
* Se observa un cambio en los patrones de sueño, delirios, depresión y agitación…

Nelson no quiere seguir leyendo y destruye las hojas.

Ø

No es necesario internar otra vez a Alonso. Nelson consiguió a una enfermera que le suturó el puño. Nelson comprende que quizá fue una imprudencia encerrarlo: Alonso entró en un cuadro de angustia aguda y rompió el cristal de la ventana. No mide el peligro. Al entrar lo descubrió Bruno, él iba adelante. Nelson se había quedado afuera buscando algo en la cajuela del auto. Verlo en el piso, sin conciencia y lleno de su propia sangre, aterrorizó a Bruno. Era la primera vez que veía tanta sangre y que presenciaba la desolación. Y ser testigo de todo eso en la persona de Alonso, su abuelo, lo llenó de un raro y desconsolado sentimiento, el primero en su vida.

Nelson lo entiende todo de pronto: ni un momento más solo, Alonso no puede quedarse solo.

Está impresionado, no sabe cuánto tiempo se la pasó tirado, desangrándose hasta formar un coágulo sobre el piso. «El pobre Alonso», piensa.

Ahora tiene un vendaje en el puño:

—No podré aporrear la Remington —dice pero no sabe bien a bien qué le ocurre.

Nelson se comunica con J. Galindo y se lo explica todo de un solo golpe, sin pausas. Le dice que luego de pasar al colegio por Bruno, tenían el plan de ir a comer a algún restaurante y luego a la consulta.

Y le cuenta que él lo dejó bajo llave.

—Sin duda una imprudencia, Nelson —dice J. Galindo.

—Qué hago con él —dice Nelson—. Le han suturado las heridas pero no sé si esté bien, casi se queda sin sangre, se ve débil.

—Ahí quédate, no se muevan, voy a verlo —dice J. Galindo y cuelga.

Ø

Cuaderno alzhéimer (Evocación de Alonso, mi padre)

Busqué a Dámaso antes de irme a la redacción, temprano. No

fue nada complicado: él se mueve sobre la 6 Poniente y merodea por La Concordia. Me dijo que Alonso le pidió que lo golpeara un poco, nada más un poco, pero que a él se le pasó la mano. Lo entiendo y no. O más exactamente, lo entiendo en su delirio. Alonso quería entrar a ese hospital, a esa clínica del sur, como dijo J. Galindo, porque está convencido de que se trata de un sitio clandestino donde se dedican, entre otros muchos ilícitos, a realizar cirugías plásticas y ocultar a los delincuentes y asesinos en serie como Marcia, dijo Dámaso. Alonso se encargaría de dar la noticia a nivel nacional: una bomba. Ahora sé que a La Concordia iba a buscar a la Dama. Según él, ella le podría haber ampliado la información que buscaba afanosamente acerca de Marcia. Alonso no está bien, cada día que pasa se agrava su estado. Lo que nunca me dijo Dámaso fue cómo es que lo dejó ir el policía que estaba de turno. Y toda esta historia la comenzó a escribir Alonso, en su imaginación, desde la última vez que estuvimos en el consultorio de J. Galindo, cuando se le ocurrió que esa mujer que sólo creció en su imaginación, era la misma Marcia, la asesina serial buscada por la justicia. Los recuerdos del Alonso que tengo aquí, me resecan los labios y me humedecen los ojos.

∅

Alonso permanece acostado. Le pide a Nelson que encienda la televisión y que le despeje las dudas que no le permiten estar en paz.

—¿Qué me sucede, lo sabes tú? —pregunta y el vaho llega a los lentes de Nelson.

—Te lo diré en otro momento —dice él.

Mira a Bruno y se acuerda del retrato hablado:

—Es Marcia —le dice.

—Trata de descansar, Alonso —le pide Nelson.

—¿Sabes algo de Lorena?

—No le he llamado —es lo único que se le ocurre responder a Nelson.

—Deberías hacerlo —sugiere Alonso.

Bruno mientras saca sus útiles escolares. Se dispone a

hacer la tarea.

—¡Pensé que ibas a dibujar a Marcia! —exclama Alonso—. Así era, así como está aquí —le muestra el dibujo que él hizo antes, el que traía en la bolsa de la camisa.

Ø

Nelson mira cómo Alonso se va quedando dormido. «Le hace falta», piensa.

Norma llega tranquila. «Ojalá haya dejado allá afuera los reproches», piensa Nelson. Platican un poco. Ve a Alonso detenidamente y dice «pobre». No dice más. No insiste, por lo menos en ese momento, en que hay que internarlo. Pero Nelson sabe que ella así lo cree. En un rato más se quedará él solo, cuidando a Alonso.

Ø

El sol ya está muy lejos y Alonso dormita.

—Nuestro país se sume en las tinieblas. Afuera alguien dispara contra la multitud. A diario las noticias hablan de mutilados y de injustas muertes. Me da pena, me da miedo, no quiero volver a pisar una banqueta —piensa en voz alta Alonso entre el sueño y la vigilia—. J. Galindo quiere matarme, esconde y protege a Marcia, creo que me lo dijo alguna vez la Dama —parece convencido, aunque la Dama de La Concordia nunca se lo haya dicho.

Tiene el vendaje sucio, la sangre no se contiene del todo.

—J. Galindo se dedica a encubrir a los asesinos seriales. Él quiere quitarme de en medio porque ya sé lo que hace, ya conozco su honesta forma de vivir.

«Empeorará —se dice Nelson—. Está empeorando y J. Galindo no llega».

Ø

«No puede quedarse así, no puede dormir eternamente», piensa Nelson. Toma el teléfono y llama a Lorena, no sabe ni por qué insiste.

—Estoy ocupada, Nelson —dice ella—. Lo siento, es la hora de mi meditación.

—Lo entiendo —responde—. Quería que estuvieras enterada.

—Sé que es duro para ti y yo estoy lejos, no puedo hacer nada. Lo quiero, es mi amigo pero, ¿qué podría hacer yo? Dímelo tú. Lo siento, ésta es la hora de mi meditación —dice y cuelga.

«Norma no es enfermera y Lorena medita», piensa.

Mientras Alonso duerme, Nelson toma la novela de Kenneth Cook, la lee a pausas: *Pánico al amanecer*. «¿Lo sentirá Alonso? ¿Cada amanecer será para él una sensación de pánico? El mundo es duro, pero al final todos nos quedaremos solos, siempre».

Reflexiona en la sugerencia de Norma: «Habrá que buscar un centro de ayuda. Será cruel, pero tendrá los cuidados que necesita», piensa. Lo mira: Alonso Peralta duerme y el vaho regresa a los lentes de Nelson, siempre regresa, aunque él no tenga ganas de llorar.

Repasa la frase de Cook: no se sabe por qué nos está permitido seguir con vida para saber estas cosas.

¿Y qué si Marcia no es un producto de su delirio? ¿Y si ha cambiado de identidad? ¿Y si la Dama no ha muerto? ¿Y si en ese hospital del sur se dedican a prácticas aberrantes?

—Yo escribiré la ficción de todo esto y Bruno hará los retratos hablados —le dice Nelson a Alonso, pero él duerme y mueve apenas la mano y el vendaje ensangrentado.

«No hay delirio y en su pensamiento todo es real. Pronto amanecerá y ya no habrá miedo, no más», piensa Nelson.

Y allá arriba —lejos, demasiado lejos— los pájaros vuelan como una iluminada obsesión.

AGRADECIMIENTOS

Hace algunos años, cuando Ignacio Betancourt leyó *Ojos de entonces*, mi anterior novela, me sugirió que, en otra historia y con otro argumento, retomara al personaje central de oficio reportero de nota roja y dibujante de retrato hablado que aparece aquí en *Cuaderno alzhéimer*. Alberto Huerta, pacientemente, me señaló errores de sentido y obvios gazapos que había en la primera versión. José de Jesús Sampedro me invitó a publicar el argumento en la revista *Dosfilos* y, gracias a sus observaciones de avispado lector, la novela dio un importante viraje. Gerardo de la Cruz, mi amable y generoso editor, mostró un gran interés desde que le envíe el manuscrito electrónico y me animó para que continuara corrigiendo la tercera versión de la novela.

Es por todos ellos que Alonso Peralta, reportero de nota roja y dibujante de retrato hablado, cobró plena vida imaginaria e independiente. Gracias, muchas gracias a ustedes también, lectores reales e imaginarios; para mí ustedes son como los mismos personajes: habitantes con los que se dialoga en toda ficción.

Entre Puebla y Zacatecas / 2013-2016

El viejo Alonso Peralta, el famoso periodista de nota roja, no tiene dudas: la mujer que reconoció en el consultorio del doctor J. Galindo, su neurólogo, es Marcia Galván, aquella asesina serial que escapó de la justicia a finales de los años setenta. Lo sabe con certeza porque él mismo hizo un retrato hablado de ella para la policía y recreó sus crímenes en «El día de los hechos», su columna del periódico. Conoce el caso de memoria, no pueden engañarlo. Por eso hará lo imposible por desenmascarar a Marcia y a sus cómplices, aunque trate de impedírselo su hijo Nelson. Todo encaja, excepto un dato: Alonso tiene principios de alzhéimer…

A los enfermos de alzhéimer y a los suyos los cubren el dolor y la desesperanza: todo es neblina, la vida duele. Somos memoria y pasado, pero ¿qué somos cuando desfallece la memoria? Sampedro se lo pregunta en esta novela donde el presente es también una obsesión por el pasado.

Arnoldo Kraus

Sobre el autor

Juan Gerardo Sampedro (Zacatecas, 1955) estudió Psicología Clínica en la Universidad Autónoma de Puebla. Narrador, periodista, editor y docente, en 1984 obtuvo el Premio Latinoamericano a Libro de Cuentos por *Lo terrible ya ha pasado* (1985), el cual marca el inicio de una sólida trayectoria literaria. Fue director de Literatura, Ediciones y Bibliotecas de la Secretaría de Cultura de Puebla, donde reside. Colaborador de *Milenio Diario*, actualmente es columnista de la revista *Corre, Conejo*. Entre sus obras destacan *Crónicas y (re)cuentos* (1997), *Puebla: la ira de Dios (testimonios de una tragedia)* (1999), *Nudos* (2007) y la novela *Ojos de entonces* (2004), que en cierta forma precede a *Cuaderno alzhéimer*, primero de sus libros publicados por Ediciones B, un registro realista y conmovedor de los primeros síntomas de una de las enfermedades más temidas en la edad madura.

Cuaderno alzhéimer

Primera edición digital: noviembre de 2017

D. R. © 2017, Juan Gerardo Sampedro
D. R. © 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

ISBN: 978-607-316-696-6

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice

CUADERNO ALZHEIMER

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10

AGRADECIMIENTOS

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE EL AUTOR

CRÉDITOS